

CCIO

PQ4683

.A3

M88



1020027106



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Obras de Edmundo De Amicis.

Muertos y Vivos

Impresiones íntimas y juicios públicos.

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

GERMÁN FLÓREZ LLAMAS

con un prólogo de

H. Giner de los Ríos



MADRID
S. DE JUBERA HERM. S EDITORES.
Campomanes, 10.

1901

86312

31051

850

A.

DQ 4683

A. 3

M. 81



Es PROPIEDAD.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imp. de Ricardo Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 316.

PRÓLOGO

FORMA el presente libro una colección de sentimientos íntimos y de juicios públicos acerca de hombres y cosas que ya pasaron ó que existen. Compendia, al hablar de las personas, pensamientos que se refieren á instituciones públicas y costumbres sociales á la manera de ser de órdenes distintos en las naciones, y singularmente en Italia. Sirve, pues, para dar á conocer de modo complejo la estimación de ciertas tendencias que han informado la vida moderna en la nación italiana. Es, en resumen, un tejido de apreciaciones literarias, de afirmaciones sobre sociología, bosquejos de la existencia nacional, gérmenes de la vida de familia y luchas particulares, fundadas, no en pasiones personales, sino en razones objetivas y en necesidades reales.

Todo eso es el esqueleto del presente volumen, donde la ternura se mezcla al entusiasmo, el arrebató á la delicadeza, la melancolía á los gritos arrancados por el aplauso ó la censura.

El primer trabajo de este libro se refiere á Garibaldi.

Jamás pude comprender hasta que llegué á Roma y vi á Garibaldi, y presencié la acogida que el pueblo le hizo al ir á jurar al Parlamento, lo que significaba este hombre extraordinario para Italia. Nunca olvidaré aquella figura venerable, con su cuerpo casi osificado, con movimientos lentísimos de los anquilosados brazos y con la mirada penetrante de águila con que contemplaba á la muchedumbre que á su alrededor se apiñaba para saludarle respetuosamente. Descubriáanse todas las cabezas, arrasábanse los ojos de lágrimas y contemplábanlo en silencio profundo como momento supremo de intensísima emoción que no puede desbordarse por respetos al hombre, á sus años, á sus dolores y enfermedad.

Antes de ir á Italia, había escuchado yo

de labios de unos y de otros y leído en los periódicos, que existían ídolos en aquel país tan extraordinariamente amados, que constituían como verdaderos dioses que en la fantasía popular habían tomado un cuerpo y valor como seres de otros tiempos y de otros mundos. Los nombres de Víctor Manuel, Cavour y Garibaldi, entre otros varios, figuraban en esa categoría de creaciones ilustres; pero hasta que recorri pueblos pequeños, caseríos insignificantes en medio del campo, palacios ostentosos, sitios públicos, viendo por todas partes los retratos de esos hombres queridos, y á veces los de Mazzini y Rattazzi, y á veces los de tal cual general afortunado; pero siempre, constantemente, los de aquellos tres personajes antes nombrados: Víctor Manuel, como representación del Piamonte, serio y grave; Cavour, como el carácter tenaz y persistente á quien la obsesión de una idea lleva con habilidad suma é inmenso amor á ensanchar las fronteras poco á poco, empujando hacia el Mediodía todo el Norte de Italia; y Garibaldi, en fin, como el corazón generoso abierto á todas las influencias, seguro de su éxito, entusiasta por las ideas nobles, impulsado de continuo hacia la de-

fensa de todo lo grande en la tierra, y, principalmente, viviendo para la idea de redimir al mundo por la democracia y la libertad, colocando en primer lugar sobre todas las naciones que aspiraban á esa regeneración, á su querida Italia, que al principio le miraba con temor, después con cariño, y luego con loco frenesi: hasta que contemplé todo eso, repito, no pude comprender la altísima representación del famoso guerrero.

Era en los últimos días de Enero de 1875 cuando fué á Roma á sentarse en el Parlamento y jurar á Víctor Manuel. El hecho del insigne revolucionario tenía una resonancia estruendosa. Se decía que íntima y secretamente se habían visto él y el Monarca, y convenido para afianzar más y más la unidad del reino de Italia, en esta adhesión siquiera fuese meramente formal del antiguo jefe del bando republicano y de los voluntarios de Italia. El Parlamento rebosaba de gente, por las calles del tránsito no se podía andar. Garibaldi, en coche descubierto, pasó, como antes hemos dicho, llegando hasta la plaza de la Representación Nacional en medio de un silencio profundo. Una vez dentro, extendió el brazo

desde el asiento que le correspondía, y habiéndose quitado antes el birrete con que acostumbraba cubrir su hermosa cabeza, pronunció con voz segura y entonación robusta la palabra sacramental de su juramento á la Constitución del Estado. Al salir ¡todo el mundo creyó que se había consolidado para siempre con aquella frase del ilustre batallador, la unidad de Italia! Mientras él permaneció alejado, sin querer intervenir de una manera activa en la gobernación del Estado, ni en el trato de los hombres públicos, siempre se cernía sobre todo el mundo el temor de que un día ú otro podría sucumbir la Nación italiana por el empuje rebelde de una intentona garibaldina.

Dijose más en aquellos días. Que Víctor Manuel le recibió en Palacio después de este hecho, no esperándolo en lo alto de la escalera según costumbre de etiqueta entre Príncipes, sino bajando, extendiéndole los brazos, al primer peldaño y estrechándolo contra su corazón como á uno de los fundadores de ese hermoso reino de Italia, sueño de tantas generaciones y que la Providencia consintió que se llevara á cabo en 1870, bajo la casa de Saboya.

De niño había yo oído siempre en España el nombre de Garibaldi mezclado á leyendas y consejas tremendas, atribuyéndosele horribles intenciones, propias de un enemigo de la sociedad, de un corruptor del orden; y de igual modo en el tercer cuarto del siglo pasado, la palabra democracia infundía horror y espanto á los jóvenes en España después de los pronunciamientos de 1854 y 1856; y así también se hablaba de los movimientos revolucionarios del año de 1848 en Francfort, y de toda aquella sacudida general que despertó la Europa, asombró al mundo y agitó á los convencidos impulsándolos hacia la libertad; el nombre de Garibaldi sonaba como el de un agitador famoso, pareciendo á los que lo pronunciaban que tenían que un día ú otro surgiese en las provincias españolas á la cabeza de todo su séquito, para remover nuestra patria, volcándola en una nueva vida aventurera, social, política y religiosa.

* *

Cavalotti, persona querida en España por periodistas y literatos, es otro asunto interesante del tomo. La importancia del

estudio que Amicis le dedica, consiste en reconstruir la significación del gran batallador, despojándolo de las fábulas inventadas acerca de él. Todo el mundo lo ha tenido por un espadachín y pendenciero, que no sabía contener sus arrebatos impetuosos en los límites de lo racional y correcto. Amicis demuestra que era un alma sencilla, á quien indignaba la injusticia donde quiera que la viese, y que se lanzaba como caballero andante á la defensa violenta de todo principio sagrado. Noble y generoso, se movía por consiguiente al compás de los latidos de su corazón, en vista, no de sus internos odios, sino de sus levantados propósitos.

* *

Otra personalidad saliente, que ya no pertenece al mundo de los vivos, es la del actor famoso Modena que ha educado á más de una generación. La obra que cumplen los comediantes, desdeñados por tantas gentes y hasta despreciados por las leyes desde los antiguos histriones hasta nuestros cómicos del día, motiva el estudio que se contiene en este libro. La lectura de

esas patentiza cuán justo sería que la sociedad remunerase los servicios recibidos de esos artistas que la hacen llorar y reír, la educan en sus sentimientos, y depurando el gusto proporcionan grandes beneficios á la humanidad.

No hay que decir cómo trata Amicis los capítulos relativos á la muerte de su madre y de su hijo. No pueden leerse sin el corazón oprimido. La serenidad falta en cada página, y las lágrimas se agolpan á los ojos.

Hay, sin embargo, una placidez en el recuerdo de su madre, que visiblemente choca con el dolor latente de los párrafos dedicados á la memoria de su hijo.

Una tremenda desgracia anubla su pensamiento, y no escribe línea que no sea de una desconsoladora desesperación. La impotencia del entendimiento humano para someter la mente á decir lo que se quiere y á ocultar lo que se teme aclarar, se advierte en todas las cláusulas de este maravilloso estudio. Es un prodigio de psicología, como severo examen de conciencia de un padre

herido en lo más profundo de su sér por inesperada desventura; el capítulo parece continuado suplicio en que se recrea el autor, removiéndolo sus propias tristezas y sus duelos íntimos, como si á fuerza de abrir la llaga y de manar la sangre, pudiera mitigarse un tanto la pena que ahoga y la melancolía que aniquila. Acaso sean en la gama de los sentimientos humanos estas páginas las más profundamente sentidas que se hayan podido escribir después de una desdicha semejante.

Para descansar el ánimo después de las elegías que constituyen la primera parte del libro conmemorando la muerte, ora en términos épicos al cantar el luto nacional por la pérdida de personalidades á quienes debe la patria, la Historia, la literatura ó el arte grandes servicios; ora en forma lírica producida por las tristuras subjetivas, viene una segunda parte en el libro que contrasta con esa primera, y hace que el espíritu se encuentre solazado, y se mitigue la tristeza con la jovial donosura y las gallardas descripciones de personas que

hoy viven y que intervienen de modo eficaz en el mundo por medio de sus escritos y de sus creaciones, ora modestas en el periódico, ora importantes y extraordinarias en la novela, en el poema y en el teatro.

Nada tan interesante para el público como saber las minucias de la vida interna de los autores á quienes se lee y juzga con predilección entre los contemporáneos. Y como muchos de los italianos de que habla en esta parte son conocidos en España por haber sido traducidas repetidas veces sus obras históricas, sus libros científicos, sus trabajos periodísticos, sus novelas, encierran estos bocetos verdadero interés, despertando la curiosidad de todos.

Con la seguridad con que dibuja Amicis en un solo trazo, como al carboncillo, caracteriza perfectamente á Mantegazza ó á D'Annunzio. Todos los trabajos de éste, tan en moda en la actualidad por su simbolismo, á veces por su naturalismo sencillo en el gusto griego, en ocasiones por su sensualismo realista, se explican perfectamente por el autor, apuntando algo de su historia personal y de su vida íntima.

Farina, cuyas obras han estado tan en moda entre nosotros; Giacosa, tan estima-

do entre nuestros literatos; Lombroso, que traducido hoy, constituye amplia enseñanza para nuestros criminalistas; Mosso, en quien beben la psicología multitud de hombres de ciencia en toda España; Carducci, popular entre los poetas que quieren profundizar los secretos de nuevas rimas; Panzacchi, estimado en el círculo de los jóvenes; Bonghi, el famoso Ministro de Instrucción pública, que á pesar de figurar en el partido conservador, tan radical fué en sus reformas como profundo en sus estudios de crítica histórica y de filosofía de la Historia. Las pinceladas con que lo retrata son magistrales. Yo recuerdo perfectamente al personaje, porque hube de presentarme á él por la misión que llevé á Italia para estudiar el estado de la Segunda Enseñanza. Afable me habló entonces y afable me escribió luego con motivo de la traducción que hice de dos libros suyos.

Las escritoras italianas, en fin, que como Matilde Serao, son predilectas entre nosotros, también son consideradas de modo interesante; y todas estas personalidades y algunas menos conocidas del público español, son presentadas por Amicis con el ingenio y gracejo que le son propios, y con

la brillantez encantadora y atractiva que recrea y subyuga, alegra y persuade juntamente y en todo momento.

En cuanto á la traducción hecha por mi queridísimo amigo Flórez (mi colaborador en otra ocasión), sólo consignaré pocas palabras.

Con decir que el traductor residió en el Colegio español de Bolonia y estudió en aquella famosa Universidad, dominando la lengua á la perfección; con indicar que en las traducciones que ha hecho anteriormente siempre ha sido elogiado; con apuntar que ha desempeñado la cátedra de italiano durante muchos años en algunos establecimientos de enseñanza de Madrid, basta para hacer el elogio de su trabajo al verter en el idioma de Cervantes los conceptos no siempre de fácil expresión de Edmundo de Amicis, quien á veces también presenta dificultades de concepto que es preciso penetrar, y que continuamente ostenta un estilo rico y variado, el cual ofrece grandes inconvenientes para poderse imitar al ser transcrito á otra lengua.

El lector juzgará del acierto del traductor á medida que lea las siguientes páginas; y estamos seguros de que el autor mismo, al pasar la vista por la versión, quedará asombrado de la fidelidad con que los más ligeros matices de su pensamiento han sido estereotipados en el idioma castellano.

Bien puede decirse, por consiguiente, que en pocas ocasiones habrá tenido Amicis un intérprete más afortunado que el del presente volumen.

H. GINER DE LOS RÍOS.

Barcelona y Abril de 1901.



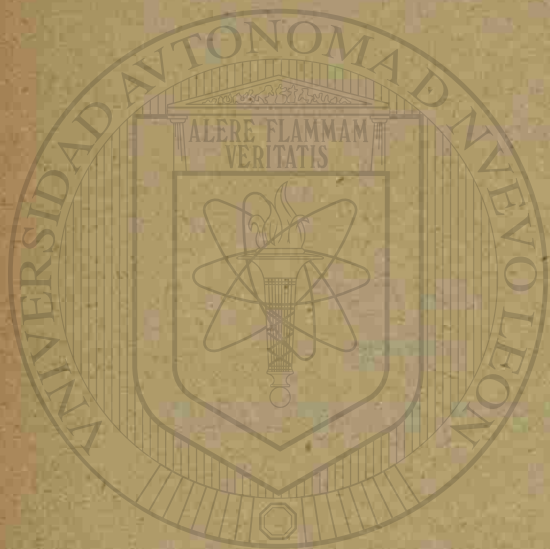
DISCURSO

EN HONOR DE

GIUSEPPE GARIBALDI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



EN HONOR DE GARIBALDI

(CONMEMORACIÓN POPULAR)

INVITADO á honrar la memoria de Garibaldi en este día, en el que todo corazón italiano siente con mayor viveza el dolor de su pérdida, no me extenderé en amplio y ordenado discurso sobre su obra y la misión histórica que llevó á cabo; porque nada ó casi nada queda por decir que no resulte superfluo para cultos oyentes italianos. Hablaré el lenguaje sencillo y fogoso del patriota, que en vez de disertar sobre el pasado, lo resucita, le da nueva vida y deja penetrar toda su alma por el sentimiento y los recuerdos. Espero, hablando de este modo, contar con la buena disposición de mis oyentes, á quienes quizá no parezca ocasión oportuna para discurrir serenamente el primer aniversario de muerte

tan llorada. De todas suertes, os pido perdón por este mi atrevimiento, como ya lo he pedido en el interior de mi alma á la querida y augusta memoria á quien consagro mis palabras.

La prueba mejor de la grandeza de José Garibaldi es ésta: ninguna narración, por extensa y elocuente que sea, de sus aventuras y hechos heroicos, puede tener la eficacia que alcanza la exposición brevísima de su historia en sus rasgos capitales.

Permitidme que haga la prueba, á manera de exordio, con aquella sencillez que constituye una forma de respeto ante la elevación del asunto, y con la precipitada rapidez que impone un larguísimo camino.

Nació en Niza en 1807, hijo de un modesto capitán de barco, y comienza su vida con dos actos heroicos: á los ocho años salva á una mujer que se ahoga en un canal, y á los trece, libra de seguro naufragio á una barca de compañeros. Adora el mar, se embarca siendo mozo en un bergantín y viaja por Oriente. A los diez y siete años acompaña á su padre en la goleta de éste á Fiumicino, y visita por vez primera á Roma, donde, en medio del entusiasmo patriótico por los grandes recuerdos, brilla en

su mente por vez primera la idea de la canalización del Tíber, que cincuenta años más tarde defenderá con juvenil ardor en la capital de Italia. Continúa sus viajes, y asaltado varias veces por piratas y desvalijado, retorna pobre á Constantinopla, donde enferma, y tiene que dedicarse á preceptor de niños para poder vivir. Vuelve á Niza hecho capitán de barco, y reanuda sus travesías arriesgadas y llenas de aventuras, adquiriendo en ellas fama y simpatías, de tal modo, que á su vuelta la multitud corre presurosa al muelle para festejarle y regocijarse con el que honra en los mares y hace honrar en los puertos de Italia y de Francia el nombre de la ciudad natal.

Tal es la aurora de su gloria.

En uno de sus viajes á Levante oye hablar por vez primera de la *Joven Italia*, y contagiado por la llama que arderá en él hasta su muerte, apenas llega á Europa se presenta en Marsella á Mazzini, se alista en la asociación y se consagra para siempre á la patria. Vuelto á Liguria, pone manos á la obra, estrecha relaciones con los más ardientes patriotas, se alista como simple marinero en la flota real para hacer propaganda entre la tripulación y cooperar con

ella al movimiento inminente de Génova. Fracasado éste, y el del Piamonte y la expedición de Saboya, fué á parar á Francia; es arrestado, logra escapar, es condenado á muerte y con nombre supuesto se embarca de segundo en un bergantín, y después de salvar de las aguas á un jovencillo en el puerto de Marsella, zarpa para Oriente. Pero aburrido de la vida mercantil, entra á sueldo en la flotilla del Bey de Túnez, y descontento también de su nuevo puesto, arroja las insignias, vuelve á Marsella consternada por el cólera, se hace enfermero en los hospitales, cumple su obra piadosa mientras dura la mortandad, y sin esperanza de que en Italia luzca la aurora, se embarca para América en un bajel mercante.

En este punto comienza el período heroico de Garibaldi. Habiendo llegado al Brasil, se dedica al cabotaje para poder vivir; luego con una barca y diez y seis hombres hace guerra de pirata contra el imperio en la provincia rebelde de Río Grande. Habiendo conquistado una goleta, es asaltado en el Plata por dos lanchones del Uruguay, que habían sido enviados para apresarlos; los rechaza, y cae gravemente he-

rido, siendo recogido casi moribundo por una nave brasileña y llevado prisionero á Gualaguay; se cura, huye, es perseguido y vuelve á caer en manos de sus enemigos, que le fustigan y le torturan; pero logra volver á Río Grande, donde le confían el mando de una flotilla. Lucha, vence, naufraga, vuelve á navegar y combatir, arroja al enemigo del puerto de Imbituba, protege la retirada de los de Río Grande, resistiendo con tres naves el ataque de veinticinco, y luego, con sesenta hombres, á quinientos; se bate en Santa Victoria, se bate en la estación de Taquary, se bate en el sitio de San José, y extraviados su esposa Anita y Menotti aún niño, y vueltos á encontrar, á quienes había llorado como perdidos á través de interminables florestas; sufriendo lluvias torrenciales, frios y hambre; cazando con lazo potros y domándoles, lanzando y llevando por delante un rebaño de bueyes que caen muertos por el camino, logra al fin llegar á Montevideo, donde para ganarse el sustento se dedica á enseñar matemáticas.

No fué esta más que una corta tregua. Uruguay está en guerra con Rosas, dictador de la Argentina. Apremiada por el pe-

ligro, recurre á él la República, y acepta el mando de una flotilla, empeñándose en una empresa desesperada. Zarpa de Montevideo, burla las baterías de Martín García, se escurre por entre las naves amenazadoras de la escuadra argentina, pasa bajo una tempestad de fuego en la Boyada, en las Concas, en Cerrito, y siguiendo por Corrientes, asaltado por fuerzas superiores en Nueva Cava, después de una heroica resistencia de tres días y tres noches, se pone en salvo con los suyos, incendiando las naves. Perseguido de cerca por las tropas de Rosas, á quien burla combatiendo, vuelve á Montevideo sitiada, sostiene la defensa de ésta, dirigiendo salidas temerarias de la legión italiana, y salvando al ejército defensor de una desastrosa retirada, asume el mando de una nueva flotilla, con la que remonta el río, uniéndosele parte de la legión del Uruguay, bate al general Lavalleja en Eridero, y avanza por el río hasta Salto y por tierra llega á Tapevi, venciendo en la terrible batalla de San Antonio, por lo cual se le proclama benemérito de la República. Prosigue sin descanso la lucha en torno de Salto por agua y por tierra, hasta que reclamado por el Gobierno, que le confía nue-

vas naves y nuevas tropas, remonta nuevamente el río hasta Vacas, venciendo una vez más á los ejércitos reunidos del lugarteniente de Gómez, y volviendo por fin á la capital de la República, donde su espléndida campaña americana, que ha hecho palpitár el corazón de Italia en cada victoria, se cierra al cabo de diez años al llegar las primeras noticias del movimiento del 48, que le reclama á su patria.

Hace rumbo hacia Europa con una compañía de sus legionarios, y salvado el navío de un incendio que estalla en alta mar, llega á Niza, abraza á su anciana madre y va á ofrecer su espada á Carlos Alberto. Rechazada la oferta, corre á Milán, donde el Gobierno provisional le confiere el mando de cinco mil voluntarios; era ya tarde. Pero resuelto á combatir á toda costa, aun después de haber caído Milán, rechazando la orden del Duque de Génova de disolver los grupos de voluntarios, llama á las armas al país, arenga á los pueblos, atraviesa el Ticino, ocupa á Arona, remonta el lago Mayor, deshace una columna austriaca en Luino, se hace dueño de Varese, y estrechado al fin por tres cuerpos de ejército enemigos, se abre paso á la bayoneta

por entre las tropas del general d'Aspre en Murazzone, donde, disfrazado de campesino, andando día y noche por derrumbaderos y matorrales como una fiera perseguida, va á parar á Suiza á esperar los acontecimientos.

Pero lejos de esperarlos, los provoca; y desde Suiza se dirige á Niza, y desde Niza, entre los aplausos de toda la costa de Occidente, á Génova, de donde zarpa con quinientos voluntarios para prestar ayuda á Sicilia insurreccionada. Detenido en Liorina por el pueblo, se ve obligado á tomar el mando del ejército toscano, se encamina á Florencia, de donde, variando de intento, sale al punto con su columna para prestar auxilio á Venecia. Detenido por el general Zucchi en Filigare, retrocede y acude á Roma, y después de haber combatido el bandolerismo y destrozado á la reacción en Rieti, nombrado general romano, vence á los franceses en la villa Panfilí, sale al encuentro de los borbónicos, los rechaza de Palestrina, les bate en Velletri, se apodera de Rocca d'Arce, retorna á la ciudad asediada, dirige con inaudito valor la defensa, y escapando á la muerte casi por milagro en el desesperado combate de Villa Spada,

sale fuera de murallas con su legión, cuando todo se habia perdido, á levantar en armas la Umbría y las Marcas, y logra burlar, después de una marcha maravillosa por los recursos que pone en juego, por el esfuerzo y por la audacia, á cuatro ejércitos, el francés, el austriaco, el borbónico y el español, que en vano pretenden darle caza durante veinte días de Monte Rotondo á San Marino, donde, bajo la protección de la República, depone las armas.

No renuncia por esto á combatir. Rebelándose contra el archiduque Ernesto, que le impone la vuelta á América, desaparece una noche con doscientos fieles compañeros, deslizándose por entre centinelas enemigos, y llega á orillas del Adriático, donde intenta con una escuadra de barcos de vela llegar á Venecia. Asaltado por los cruceros austriacos, se arroja contra la costa de Magnavacca y huye por entre matas y cañaverales, perseguido por gendarmes y croatas; muere en sus brazos su mujer, á quien no puede dar sepultura, y reanuda la carrera por los pantanos de Ravenna; y doblando el confin toscano, logra refugiarse en Chiavari, donde es arrestado por las autoridades piamontesas. Obligado á aban-

donar el Piamonte, busca asilo en Túnez, el Bey se lo niega; se recoge en la Magdalena, donde salva del naufragio una canoa sarda, pero el Gobierno de este país lo expulsa de la isla y lo manda á Gibraltar; rechazado también en Gibraltar, vuelve sus ojos á España, que lo rechaza también, y entonces se guarece en Tánger, donde emprende la obra de escribir sus Memorias. Pero de pronto arroja la pluma y desde Tánger se dirige á Liverpool y de Liverpool á Nueva York, donde se dedica á fabricar cerillas, y desde aquí (siendo comandante de un barco mercante y después de estar en peligro de muerte en Panamá), al Perú, y del Perú á la China, y después á Nueva York otra vez, y de Nueva York á Europa, donde se entrega nuevamente al comercio de cabotaje, y sienta sus reales en la isla de Caprera, de donde lo llama Víctor Manuel en 1859 para mandar los tiradores alpinos.

Estalla la guerra y con una brigada de tres mil quinientos Cazadores, sin una sola pieza de Artillería, rechaza á los austriacos en Ponte di Casale, entra en Lombardia, bate al enemigo en Varese, lo bate en San Salvador, lo bate en San Fermo,

entra victorioso en Como, en Bérgamo, en Brescia, en donde sólo su presencia aleja al enemigo; pasa á las órdenes del Rey, y se bate valerosamente todavía otra vez en Rezzato. Y apenas concluida la paz, vuelta á empezar. Llamado por Ricasoli, ordena y reorganiza el Ejército toscano; elegido segundo Comandante del Ejército de la Italia central, va con dos divisiones para provocar la insurrección en las Marcas, á los confines del Estado Pontificio, donde le reclama Víctor Manuel; y en Génova promueve la suscripción para un millón de fusiles, y en Turín funda la *Asociación de la nación armada*, y, siendo Diputado por Niza, acude á combatir en el Parlamento la cesión de su ciudad natal á Francia. Pero desde las orillas del Po, una inspiración divina lo arrebató hasta las orillas del mar. Sale con los mil de Quarto, escapa á la persecución de los cruceros borbónicos, desembarca en Marsala, vence en Calatafimi, vence en Palermo, vence en Milazzo, pasa el estrecho y se apodera de Reggio, vuela como un rayo, barriendo delante de sí toda resistencia desde Reggio á Salerno, entra triunfante en Nápoles bajo la amenaza de los fuertes que no habian sido ren-

didados, destroza el Ejército de Francisco II en el Volturno, rechaza una salida desde Capua, proclama la anexión de las Dos Sicilias, depone la dictadura, no acepta recompensa alguna y desaparece.

Desde Caprera, visitada por sus admiradores del mundo entero, se dirige, siendo Diputado por Nápoles, á Turín, á defender la causa de sus voluntarios en la Cámara, donde levanta una tempestad; se reconcilia, sin embargo, con Cavour tres días después, y habiendo salido ileso de una tentativa de asesinato en su misma isla, habiendo rechazado el mando del Ejército que le ofrecieran los Estados Unidos, armonizadas en la Asamblea de Génova las aspiraciones del partido revolucionario, lleva á cabo un viaje triunfal por Lombardía, preparando en secreto un golpe de mano contra Austria. Fracasado éste, corre á Palermo y lanza el grito: *Roma ó muerte*; atraviesa Sicilia, zarpa de Catania y desembarca con tres mil voluntarios en Calabria. En Aspromonte es detenido por el Ejército real, herido, aprisionado, libertado y llevado á su escollo; donde después de extraída la bala del pie, pero todavía enfermo y con muletas, promueve una expedición

á Polonia que se había alzado en armas; después de lo cual, invitado por Inglaterra, se dirige á Londres, en cuya ciudad entra en medio del frenético entusiasmo de un millón de criaturas humanas que le saludan como á un dios. De regreso á Italia, se encamina á la isla de Ischia, donde, bajo los auspicios del Rey, prepara una expedición á Oriente, á fin de promover un alzamiento contra Austria en la Galitzia y Hungría. Falla este intento, pero otro campo de guerra le llama al punto, y á la cabeza de treinta mil voluntarios invade el Trentino, pelea contra los austriacos en Monte Suello, de donde sale herido de bala en una pierna, se bate en Vezza, se bate en Condino, somete el fuerte de Ampola, se apodera de Monte Notta, conquista á Monte Giovó, vence en Bezzeca y no depone las armas hasta llegar á las puertas de Trento, donde le detiene el armisticio.

Vuelve á su isla y á poco la abandona para hacer un viaje por el Véneto y por la Toscana predicando una expedición á Roma; muévense miles de voluntarios; pero cuando está á punto de pasar la frontera lo prenden, lo reducen á prisión en Alejandria, y es nuevamente conducido á Caprera.

y sometido á vigilancia por nueve barcos de guerra. Todo es en vano. Huye solo, de noche, en una lancha, burlando la vigilancia de la escuadra, llega á la Magdalena, y en una barca de pescadores á Cerdeña; se traslada sin ser conocido á Liorna, y de aquí á Florencia, y sin darse punto de reposo, vuela sobre el Estado Pontificio; vence en Monte Rotondo, se apodera de Viterbo, de Frosinone, de Velletri, y marcha sobre Roma. Vencido en Mentana, encarnizada batalla donde en vano busca la muerte, por las tropas del Pontífice y francesas reunidas, pasa la frontera, es arrestado en la estación de Filigne, obligado á meterse en el tren, reducido á prisión en Varignano y vuelto á llevar otra vez á Caprera, de donde sale otra vez más para acudir en ayuda de la republicana Francia, invadida por los alemanes. Y bate á los alemanes en Chatillon-sur-Seine, vence en Prenois, vence en los hechos de armas de Saint-Martin y Saint-Symphorien, defiende por tres días á Dijon, arranca una bandera al enemigo en Pouilly y, glorioso en veinte combates sin haber sufrido ninguna derrota, elegido Diputado por Argel, pagado con la ingratitud en la Asamblea de Burdeos,

renuncia la diputación y vuelve, apenado, pero sin rencor, á su escollo.

Ya no combatirá más: su grande epopeya de Capitán ha concluido, pero no la de tribuno de la patria y de apóstol universal de justicia y de paz. Habla con elevada y serena palabra en la cuestión formidable que surge con la *Internacional*, va á Roma á remover su antigua idea de la canalización del Tiber, se pone al frente de la *Liga de la democracia*, una vez más se dirige á Milán para conmemorar solemnemente á Mentana, truena con generoso desdén contra la invasión francesa de Túnez, y vuelve por última vez á su amada Palermo para festejar las Visperas. Todavía en sus últimos días emplea un momento de respiro que le deja la enfermedad que ha de llevarle al sepulcro, en hacer oír su voz en pro de los oprimidos de todo el mundo, y en predicar la esperanza de un mejor porvenir para su Italia y para los demás países. Finalmente, un mes antes de cumplir los setenta y cinco años, en la noche del 2 de Junio de 1882, entrega su alma grande al infinito. ¿Cuántos siglos transcurrirán antes de que en otra vida humana se encierre una tan maravillosa historia de

luchas, de afanes, de atrevimientos, de portentos de valor, de genio y de fuerza, encaminados todos á un fin tan santo y coronados por tan brillante fortuna? Oh, glorifiquémosle, pues. Ninguna alabanza es excesiva sobre su tumba. Dante, habríale dedicado un canto; Miguel Angel, una estatua; Galileo, una estrella.

Y ahora, ¿qué más se puede decir sino lo que todos saben? que el mérito supremo de Garibaldi fué haber hecho popular el movimiento italiano. Y digámoslo también, puesto que es una de aquellas verdades que el común consentimiento hace precisamente más grato repetirla siempre. Quite-mos con el pensamiento á Garibaldi de la historia de nuestra revolución. No se puede juzgar históricamente como posible que la libertad y la unidad de Italia se cumplieran sin el concurso de su obra. Podemos suponer al ejército de los Borbones vencido y disperso en tres grandes batallas sucesivas por el ejército de Víctor Manuel, que bajaba de las Marcas, ó á la insurrección de Sicilia, vencedora algunos años más tarde, con la ayuda de aquella misma brigada Reggio, que Garibaldi había pedido al Rey, mandada por un general del ejército, y

desembarcada en Marsala por la flota real. ¡Qué inmenso vacío no nos encontraríamos delante! ¿Podemos representarnos á Nápoles sin el Vesubio y á Venecia sin San Marcos? El pueblo italiano estaria redimido y sería igualmente uno; pero casi nos parece que sería otro pueblo, porque ni Víctor Manuel, ni Cavour, ni Mazzini hubieran podido encender en su alma la llama por la cual nuestra revolución se propagó como un incendio ante el mundo. Mazzini era, en efecto, un apóstol, poderoso nada más que por la fuerza de su palabra, la cual ni llega á todos, ni todos la comprenden, y es siempre de resultados lentos y diseminados; además de que á Mazzini le faltó la avasalladora virtud de la fortuna. Cavour era un grande hombre de Estado, pero solitario y casi invisible en su altura para el pueblo; ni la naturaleza de su genio ni la de su obra eran tales que pudieran ser comprendidas y despertar el entusiasmo de las multitudes alejadas del campo en que él trabajaba. Víctor Manuel era un Rey popular y guerrero; pero no era hijo del pueblo, y su fuerza, su acción, iba confundida y mezclada con la de su Gobierno, inspirada por elementos tan di-

versos, manifiestos y ocultos, fáciles y no fáciles, para ser comprendidos y graduar su valor, que el pueblo, especialmente el del Mediodía, no podía ver en él la encarnación de la revolución de Italia, como si en sus entrañas sintiera la gloria de su pueblo y en sus venas corriera su propia sangre. Ahora bien: Garibaldi reúne en sí todo lo que á estos tres insignes italianos faltó: tuvo la buena estrella, de que careció Mazzini; la aureola maravillosa, que no logró alcanzar Cavour, y aquella seducción de guerrero batallador por natural impulso y de vencedor genial por su propio valor, que no podía tener Víctor Manuel. Y á todo esto uníase una atracción infinita para hacerse amar. Y todo esto era necesario á Italia. Diez millones de italianos libertándose por el odio mortal que les hacía sentir contra la tiranía borbónica vuelven á encontrarse unidos de corazón por el inmenso amor á Garibaldi. No fué solamente una gran fuerza: fué la originalidad, la belleza, la poesía de la revolución italiana. Tuvo este gran merecimiento ante la historia, como dijo un ilustre apologista de Conde de Cavour en Alemania: el de enseñar á sus contemporáneos y á las futuras

generaciones esta consoladora verdad: *Que aun en tiempos muy civilizados, la santa energía de una pasión primitiva es una potencia entre los hombres.*

¡Y qué potencia! Fué de tal naturaleza, que el haber visto sus encantadores prodigios es uno de los mayores consuelos de la vida para los italianos de la generación que se extingue. É importa hacer notar ante todo que Garibaldi reavivó de improviso el entusiasmo de las multitudes en un momento en el cual era éste una necesidad suprema. La paz de Villafranca, truncando de pronto á orillas del Mincio la guerra que debía «libertar á Italia hasta el Adriático», habíanos colocado en condiciones difíciles y tristes. Amenazados por Austria, con la cual no podíamos solos medir nuestras armas, aun siendo nosotros más fuertes sobre el Mincio que sobre el Ticino; desconfiando de Francia, á quien estimábamos aún no satisfecha con la Saboya y Niza, y atenta á pedir nuevos territorios en pago de su protección necesaria; irritados contra el Gobierno de Turín, que parecía tímido, casi resistente, por razones que no todos alcanzan á comprender, á la anexión de las provincias centrales,

nos encontrábamos en un estado tanto más intolerable, cuanto que teniendo conciencia de que que no podía durar, no veíamos por dónde se podía salir de él. Día por día fermentaban los entusiasmos, crecían las sospechas y se encrespaban las pasiones de los partidos, agravando las dificultades que ya por todas partes agobiaban la obra administrativa del nuevo estado, lanzado hacia adelante y retenido al mismo tiempo por fuerzas contrarias. A nosotros, que no medimos ahora el tiempo con la impaciencia ardiente que agitaba entonces los ánimos, nos parece un período muy breve el que transcurrió desde Julio de 1859 hasta Abril del 60; entonces los meses valían por años. Parecían ya tan lejanas, habiendo pasado menos de un año, las hermosas victorias de Palestro y de San Martino, después de las cuales ningún otro hecho había ocurrido que hiciera levantar la frente á los italianos y reavivar la fe en su propio ideal y en su propia fuerza! ¿Qué eran los movimientos por los cuales las provincias del centro se habían libertado? Sucesos faustos y honrosos; mas no glorias militares. Después de aquella grande embriaguez de triunfos sobre el campo de batalla, resultaba

mezquina y casi vil la acción diplomática lenta, circunspecta, encubierta, que daba pábulo á los más extraños temores y era blanco de las más negras acusaciones. Ocurría algo grande. El pueblo, la juventud sentía esta necesidad y se agitaba y se revolvía en derredor, tascando el freno, esperando que por alguna parte se desplegasen una bandera ó sonase un toque de corneta. Era un hervidero de anhelos, de iras, de lamentos, de discordias, que si á poco no se abre una salida, quizá hubieran estado en una guerra civil.

Entonces apareció Garibaldi. Decimos que apareció entonces, porque su verdadera y grande popularidad no comenzó para las tres cuartas partes de Italia hasta el 1860. Entonces se oyó aquella voz mágica, que á través del mar Tirreno llamaba á la juventud italiana á la Santa Cruzada de Sicilia, y apenas habia llegado á nuestros oídos la noticia de su arrojo, cuando dos inesperadas victorias, seguidas una á otra, fulminantes, levantan eco inmenso en torno de su grito de guerra. ¿Quién era este Garibaldi? Muchos en el pueblo no lo sabían todavía más que vagamente. Un nizzardo, un soldado que habia peieado en

América y en Roma; el que en 1859 había mandado á los emigrados lombardos; un hombre rubio, vestido de encarnado, bueno, instruido, pobre, con una voz y una mirada que fascinaban; un paladín de todos los oprimidos, un vengador de todas las injusticias, que con una mano lanzaba ante sí rayos, y con la otra acariciaba la frente á los heridos y prodigaba consuelos y esperanzas. Viéronse entonces verdaderos prodigios. Su nombre volaba como un soplo de fuego sobre el país; por él dejaban los operarios sus talleres, los escolares sus cátedras, los señores abandonaban los palacios y las esposas decían:—¡Véte!—Las madres reprimían el llanto, las prometidas besaban su imagen, los viejos bendecían, los niños se estremecían. Marchar, ir á su encuentro, atraer su mirada combatiendo, una palabra suya al caer, morir viéndole pasar victorioso á lo lejos, era el sueño de todos los jóvenes de Italia. El entusiasmo por él apagaba en todas partes innobles pasiones y bajos pensamientos, redimía los corazones escépticos y las almas desesperadas, y suscitaba propósitos de sacrificio y varoniles ambiciones en todos los estratos del mundo social. Y también fuera de

la sociedad. En conventos solitarios vióse que monjes toscos é inertes, que jamás habían amado ni comprendido la patria, amarla y comprenderla por vez primera en su nombre y llevar á cabo ó meditar el propósito de ir á combatir á su lado. Hasta en las cárceles y galeras, donde se agita el homicida no arrepentido pensando nuevos delitos, se vió á veces en aquel fango humano, herido por el caliente rayo de su gloria, abrirse la flor de un entusiasmo generoso, se oyó pronunciar su nombre por las bocas más nefandas, como una palabra de redención y de amor. Si no hubiera hecho otra cosa en la tierra, por esto sólo tendría derecho á la bendición de su patria y á la gratitud del mundo.

Y todo ello, que parece leyenda, es historia, ó mejor: es una y otra cosa al mismo tiempo, toda vez que la vida de Garibaldi tiene de la leyenda la vaga y grandiosa belleza, y no necesita, como la de otros hombres semejantes, que la imaginación le preste nada con el tiempo. ¿Qué podría añadirle, en efecto, la fantasía popular, si hoy ya la mente del pueblo se resiste á creerla y á abarcarla entera en toda su realidad, casi palpitante y visible todavía?

Y la prueba mejor de esta apariencia de prodigio histórico de que gozó Garibaldi en nuestro tiempo, es la dificultad casi insuperable que encontraron muchos contemporáneos de la clase culta y aun de inteligencia no vulgar, pero cerrada en un estrecho círculo de ideas, y de ánimo no innoble, pero frío, para comprenderlo y admirarlo. No descubrían la verdadera razón de su enorme poder, que atribuían á una casi milagrosa coincidencia de condiciones propicias, en las que no tenía parte alguna ó casi nada su propia virtud; confundían sus heroicos errores de niño sublime con vanidosas aberraciones de un cerebro estrecho; juzgaban monstruosidad lo que en él era grandeza, y sobre ésta discurrían con pedantería, llegando hasta reprobar como inconveniente y risible su manera singular de vestir, que ha llegado á ser hoy gloriosa é imborrable en la mente de las generaciones, como el uniforme de Bonaparte; porque no comprendían de qué varias é infimas razones de sentimiento poético de la vida, de amable juventud del alma, de desprecio instintivo de toda servidumbre y de intuición del instinto artístico de nuestro pueblo, derivaba aquella

originalidad suya. Hacían con él lo que los académicos severos: notar en señal de triunfo las ofensas que á la geografía infiriere Ariosto y los errores y faltas de gusto de Shakespeare. Mirándole con ojos falsos, veían un Garibaldi falso, un grande hombre extraviado, llevado á los altares por la pasión de los astutos y por la idolatría ciega de los cándidos. Todavía no se ha extinguido la raza de estas gentes. Pero fueron ó serán severamente castigados por su mismo error: murieron ó morirán sin haber amado á Garibaldi!

Todos éstos y también muchos de los que en el campo político contrario le admiraron, hubieran querido un Garibaldi prudente y dócil, una especie de «General á disposición del Ministerio», que no diera un paso sin que se lo mandaran, y hablase el lenguaje mesurado de un diplomático; que no fuera otra cosa, en suma, que una hermosa bandera de revolución, que el Gobierno pudiera desplegar al viento en tiempo oportuno y replegar cuando le pareciese. Pero el Garibaldi podado y recortado que ellos soñaban, era un Garibaldi imposible. Y no podía ser sino lo que fué. Á sus censuradas rebeliones le arrastró aquella

misma virtud que le lanzó á todos los actos audaces, afortunados y alabados, con los cuales prestó grandes servicios á su propio país y á otros. Y esta virtud era una fe absoluta en la fuerza de entusiasmo y de sacrificio de su pueblo, una fe absoluta en que la causa de la justicia era invencible, y en el favor de la fortuna, que desde su primera juventud se le había mostrado propicia. Creía firmemente que al estallar una guerra contra Austria, contra Francia, aun contra Europa entera confederada para oprimir nuestro derecho, se levantarían de la tierra italiana millones de hombres valerosos como él, resueltos á una resistencia desesperada, felices como él al dar su vida por la patria. Capaz de obrar él milagros, creía en los milagros de su nación. ¿Cómo pretender que tal hombre tuviera de la oportunidad política, de la importancia de los tratados, de la necesidad de las alianzas, de las tradiciones, de la legalidad, de las conveniencias diplomáticas, el mismo concepto que tenían los Ministros de la Monarquía? Y aun en los dos intentos temerarios que le salieron fallidos, y por los cuales fué reducido á prisión tres veces, ¿cuánto no contribuyó á lanzarle á estas

aventuras y á persistir en ellas la incertidumbre ambigua del Gobierno que no se opuso en sus principios, y le gritó: ¡atrás! demasiado tarde, dejando hasta lo último que millones de italianos creyeran que bajo la prohibición manifiesta había un oculto consentimiento, conforme á la doble política que había seguido, también aun con respecto á sus empresas más afortunadas. Fué llamado Garibaldi *rayo de la guerra*: y á sus imprevistas explosiones, y á los incendios que suscitó, y á las destrucciones que llevó á cabo, debe Italia en parte su propia redención; mas el rayo, ni se guía ni se rige; no se doma más que difundiendo su fuerza por la tierra. Creo firmemente que considerando la índole y las virtudes, sin las cuales Garibaldi no hubiera sido lo que fué, los procedimientos de Gobierno á los cuales sirvió y desobedeció alguna vez, y la fuerza inmensa que tuvo en su mano, las generaciones venideras se maravillarán de que no haya hecho de la ley bastante mayor desprecio del que hizo.

No es, sin embargo, que sus intemperancias y sus temeridades, porque produjeran turbulencias y peligros, no hayan acrecentado al país más que daño. ¿Quién no

comprende ahora cuánto no sirvió para realizar la libertad de la patria, aquella voz infatigable que gritaba:—Armémonos, agitémonos, obremos,—que mantenía en constante agitación á la juventud, como el estampido continuo de un cañón, que, predicando sin reposo fe y valor, hacía el efecto de un acicate enrojecido, perpetuamente clavado en el flanco de la Nación? ¿Quién puede negar que también hayan contribuido á persuadir al mundo que Roma era necesaria á Italia, las dos desesperadas empresas de 1860 y 67, con las cuales probó Garibaldi que Italia no tendría paz sin su capital histórica, que el incendio cien veces sofocado se encendería de nuevo cien veces, que Roma no italiana hubiera sido una eterna amenaza de guerra en Europa? ¿Quién puede afirmar que el ejército diseminado de los impacientes y de los audaces no hubiera sido causa de mucho mayores y más graves disturbios interiores, si no le hubiera contenido la esperanza, más bien la certeza, de que ninguna ocasión de obrar, por arriesgada que fuera, dejaría escapar; que viviendo él, era siempre imposible una política de retroceso, lo mismo que una política inmóvil, que no hu-

biera podido sostenerse aun cuando asaltarán el poder enemigos enmascarados con careta de revolucionarios? Siempre que el país irritado por las lentitudes y la parsimonia de los gobernantes comenzaba á agitarse, se echaba él adelante con la cabeza baja, se estrellaba contra un muro de bronce, y caía; para muchos era un delito, para todos un dolor; mas era un desahogo, una protesta, un cartel de desafío, un grito que no moría sin eco en el mundo. Caído el rebelde, á todos les parecía más evidente é imperiosa la necesidad de alcanzar el fin común; una chispa de la llama sofocada penetraba en el alma aun de los más fríos; la diplomacia se sacudía como herida por un latigazo, y por los rastros que la audacia fracasada dejaba tras de sí, hasta la prudencia daba un paso hacia adelante, y el miedo sentía vergüenza. Vivía él aún, y ya su error más grande se nos aparecía con muy otro aspecto que bajo el cual fué juzgado primeramente. En 1870 por todas las vías por las cuales el ejército italiano se dirigía á Roma, precedía á las columnas como ideal vanguardia, Garibaldi, y les señalaban el camino las gotas de sangre destiladas de sus carnes ocho años antes.

Aun aquellos que juzgan con mayor severidad sus temeridades y sus rebeldías, se ven obligados á reconocer la alta clarividencia política de que dió pruebas, el consciente imperio que supo ejercer sobre sus propias pasiones en los momentos supremos. Este es uno de los caracteres singulares de su grandeza; ser admirable por las virtudes opuestas. Cuando fué necesaria la unión de todas las fuerzas de la patria contra el extranjero, él, *enemigo de la causa de los reyes*, ofrece su brazo y el de sus soldados de América á un Rey que «se ha constituido como el regenerador de la península», y por aquel Rey «está pronto á verter toda su sangre». Diez años después, por la misma urgencia de la patria, es de los primeros fundadores de aquel nuevo «partido nacional» que agrupa en torno de la Monarquía las más elevadas inteligencias y las espadas más valerosas, devotas hasta entonces á la idea republicana. Con la bandera de Victor Manuel parte para la gran empresa en 1860, y sin cegarle la fortuna, antes bien iluminando su camino, de tal modo obra en Sicilia, que en dos meses basta su autoridad para sustituir al Gobierno y á las leyes; por lo cual, el Conde

de Cavour, que en un principio temía, acababa por escribir á Persano:—Si Garibaldi no quiere la anexión inmediata, déjesele en libertad de hacer lo que le parezca.—En Octubre del mismo año, en Nápoles, en aquel terrible momento en que disputándose su alma los fautores del plebiscito inmediato y los de la elección de una asamblea, corrió peligro la unidad nacional, su repentina inspiración; este grito suyo: *no quiero asamblea, hágase Italia*, fué lo que salvó á Italia. En 1861, la inesperada, sabia, nobilísima templanza con la cual respondió á una carta dura y provocativa del general más popular del ejército, fué lo que cortó en el acto un conflicto que podía ser principio de un período funesto de discordias y de desdichas. En 1862, después del hecho de Sarnico, espontáneamente cambia de opinión sobre la oportunidad de una expedición contra Austria, desiste del propósito, licencia á los alistados y con prudentes palabras disipa del horizonte todas las nubes. Cuatro años más tarde, cuando recibe la orden de retirarse de la frontera del Tirol, en el momento mismo en que ante él se abre, después de tantos trabajos y sangrientos sacrificios, el perio-

do más fácil y espléndido de la guerra, con infinito pesar, pero sin vacilar un momento y sin pronunciar ni una palabra de queja, obedece. Y durante su viaje triunfal por Inglaterra, aun cuando en su corazón lleve un alto propósito, y ardientes patriotas de todos los países lo estrechen, y le tienten mil ocasiones, no profiere ni una sola palabra que pueda provocar contra el Estado que le hospeda, la más leve queja de los Gobiernos contra los cuales solía desencadenar sus enojos. Y aun en el último año de su vida, cuando aún ardía en ira por la ofensa sufrida por Italia en Túnez, llega á Palermo para conmemorar las vísperas, cuando todos los amantes de la paz temen que prorrumpa contra Francia en palabras terribles que subleven las pasiones que ya se habían aquietado, él, con soberana previsión, dirige al pueblo palermitano un discurso en que no pronuncia el nombre de Francia ni toca para nada la cuestión de Túnez. Bien dice el más apasionado de sus apologistas, que él «podía lanzar inyectivas, amenazar, arrojar en medio de la Nación palabras tremendas que eran peligrosos tizones encendidos, pero que cuando les veía hechos ascuas amenazar con sus lla-

mas el sagrado edificio de la patria, acudía el primero á sofocarlas con el pie», y cierto es lo que éste mismo añade, que «tampoco sus más exaltados y temerarios secuaces habían osado jamás lanzar el grito de la discordia, ni dar la señal irrevocable de la guerra civil, mientras él viviera». Sangre fratricida corrió una sola vez ante sus ojos, en Aspromonte; mas él mandó cesar el fuego á los primeros disparos. Con qué palabras tan nobles, y justificándose también en parte, confesó su error en sus *Memorias*. «Yo debí irme de allí antes de que llegara la tropa, *y no lo hice*. Hubiera debido también fraccionar más á la gente, *y no lo hice*. Todas las medidas que podían alejar la catástrofe, tenía el propósito de ejecutarlas, pero debieron haberse llevado á ejecución con la celeridad con que otras veces lo había hecho... *y no lo hice*.» ¡Cuánta tristeza, qué sincero y profundo pesar en la repetición de aquellas tres sencillas palabras! Dolor tanto más generoso, cuanto que muy bien pudiera haber podido decir: Si antes de asaltar me hubieran intimado la entrega, yo me hubiera rendido antes de que estallara el primer disparo. — Si no se hubieran venido sobre nosotros apenas nos

vieron, no se habría derramado sangre.— Para hacernos deponer las armas, bastaba con que nos hubieran dejado tiempo para rehacernos de la sorpresa... y no lo hicieron.

Grande imperio tuvo siempre sobre sus propias pasiones en los momentos supremos—se dice. Pero yo creo que con esta expresión no se dice la verdad. A cada uno de los hechos que fueron calificados de rebeldes y peligrosos para la patria le incitó el convencimiento profundo de hacer algo útil á la patria; que era como decir, la conciencia de cumplir un deber que sólo á él se le imponía; y no desistía, ni se retrajo nunca, sino cuando se persuadía de que estaba en un error. Cuando la idea absoluta de lo verdadero, de lo justo, de lo útil, cruzaba por su mente, cesaba todo conflicto de la voluntad con la pasión, porque una pasión que su conciencia juzgase contraria al interés de la patria, no cabía en su alma. En esos momentos supremos, no tuvo que dominarse á sí mismo; trató de comprender, se dió cuenta y cedió sin esfuerzo á los nuevos impulsos armónicos de su inteligencia y de su corazón. Recordemos uno de aquellos días, el más glorioso

de su vida y el más afortunado para nuestra historia, aquel espléndido 26 de Octubre de 1860, cuando en la pequeña aldea de Cajanello las avanzadas de sus legiones victoriosas que venían de Capua, y los primeros batallones del ejército real que bajaban de Venafro se encontraron. Jamás iluminó el sol de Italia un encuentro de vencedores tan fausto y tan hermoso. Desmontado de su caballo, en medio de sus oficiales inmóviles, Garibaldi esperaba. El alba teñía de luz blanca el Apenino, el viejo castillo de Teano y todo aquel hermoso austero país de Campania, sobre el cual hacia pocos días, después de muchos siglos, se respiraba el aire de la libertad. Acá y allá, por la campiña, entre la bruma de la mañana, brillaban por una parte los uniformes de los voluntarios, descollaban por otra los penachos de los cazadores. De un lado estaba la revolución, de otro la Monarquía; ambas coronadas por la victoria, llenas de fuerza y de orgullo, recordando ambas recientes rencillas y contrastes, no reconciliadas aún en el fondo del corazón, presagiando discordias y conflictos para lo futuro. En uno y otro ejército reinaba el silencio de una solemne espectación. Y Ga-

ribaldi, encerrado en sus pensamientos, esperaba y callaba. De pronto suenan las trompetas reales, y un estremecimiento agita ambos ejércitos. ¿Qué habrá pasado por el corazón de Garibaldi, quizá como un relámpago, al oír aquellas trompetas? Aquel toque, que marcaba el fin de su mando supremo, que sonaba como un soberbio *jalto ahí!* opuesto á su carrera de triunfador y le ponía de frente otra gloria que por necesidad había de ofuscar la suya, quizá le hizo meditar, sintiendo que en su alma se levantaba todo su pasado, el rencor por su Niza perdida, y la ira por haberle cerrado el paso á Roma, y la conciencia de tener todavía en su mano media Italia. Quizá todo esto, confundido en un impetu de ambición y de orgullo le arrebató la sangre y le veló la razón... Ciertamente, suponiendo ésto, parecerá más admirable el arrojo con que echando hacia adelante su caballo, tendió la mano, gritando:—¡Salud al Rey de Italia!—y se comprende cómo más de un orador se decida á sacar de tal suposición un efecto dramático de gran fuerza en su honor. Mas por nuestra parte, creemos que ni uno de estos pensamientos, ni una sombra de estos senti-

mientos haya pasado por su alma en aquel momento. Su voluntad estaba firmemente decidida, su ánimo tranquilo desde que un repentino destello de su mente le había hecho decir en Nápoles:—*No quiero asamblea, hágase Italia.*—No, el sonido de aquellos clarines no turbó, ni por un instante siquiera, la serenidad de su alma; el espectro de la guerra civil ni por acaso se asomó á su mente; no tuvo necesidad de reflexionar, ni que vencerse á sí mismo; fué grande sin lucha. Tuvo un solo pensamiento en aquel instante, y le expresó; el deseo de hermanar en los campos de batalla á voluntarios y soldados, de proseguir la guerra á la cabeza de los libertadores de Nápoles, al lado de los libertadores de las Marcas, vanguardia de Víctor Manuel, porta-estandarte de los ejércitos unidos! Pre-sintiendo inminente una batalla en Garignano, pidió al Rey el honor del primer encuentro. No le obtuvo. *Él se batía hacía ya mucho tiempo, sus tropas estaban cansadas, debía colocarse en la reserva.* Sólo esto turbó la serenidad de su alma. Mas aun entonces fué grande. Más grande que cualquier desdeñoso desahogo de dolor, fué la tristeza resignada de aquellas sencillas pa-

labras:—*Nos han puesto á la cola*—con las cuales anunció á sus fieles que se había desvanecido aquel sueño.

¡Singularísima naturaleza, sencilla en la apariencia, mas en el fondo tan compleja, dotada de tales virtudes y capaz de pasiones tan raras para encontrarse reunidas en un hombre, que aun en vida puede ser juzgado á veces por los mismos jueces de cien modos diferentes, aparecer á los que le contemplan desde lejos, bajo ciertos aspectos, infinitamente distinto de lo que es; revelar aun al que vive á su lado largos años, con inesperadas palabras y actos imprevistos, lados nuevos y admirables de sí mismo, ser en su mismo país adorado, odiado, bendecido, vilipendiado, elevado hasta el cielo como el mayor bienhechor de su pueblo, y maldecido secretamente como un azote vivo, como una calamidad de su patria! Los más le creen de ánimo incierto, plegable á todas las presiones de los que le rodean, obrando casi siempre más por ajeno impulso que *motu proprio*; y es, por el contrario, tan tenaz en sus ideas y tan fuerte en su voluntad, y mantiene tan firmemente su independencia, que el discutir con él—como dice uno de sus biógrafos—

aun para quien él más estima y escucha, es la más ardua, la más hercúlea de las empresas. Y tan fuerte como es de voluntad en las cosas grandes, es accesible como el que más en las pequeñas, incapaz de negar un favor aun cuando le cueste un sacrificio, á quien se lo pida con dulzura, fácil como un niño para dejarse engañar por la más leve apariencia de generosidad y de rectitud. Casi toda su vida ha transcurrido entre luchas y sangre, frente á la muerte, experimentando todas las formas de la iniquidad y de la ferocidad humanas; y sin embargo, estaba dotado de una dulzura tan suave de alma, que una noche de invierno se levanta para ir en busca de una corderilla extraviada, que oyó balar entre las rocas de su isla, y ama los árboles y las flores como á vivas criaturas, y se detiene conmovido ante la belleza de una aurora ó el canto del ruiseñor, y desahoga en versos sus afectos como un enamorado de veinte años! El anatematizador del Papado, que quiere fundar la religión de lo verdadero, y el flagelador furibundo de toda superstición, que es para millones de creyentes el más sacrilego propagandista de infidelidad demagógica, cree firmemente en

Dios, cree en la eficacia de las súplicas de su madre muerta, que se le presenta delante en pleno día, cree que las almas de las hijas que ha perdido han transmigrado á dos pájaros que todos los días se posan en su balcón. El hombre que parece forjado por la naturaleza para las batallas y para las tempestades, que hace suyo el dicho del Capitán español: —*la guerra es el verdadero estado del hombre*,— y del cual diríase que el hálito inmenso de las multitudes es un elemento necesario de vida, ama por el contrario con tan profundo amor el recogimiento y la soledad, que siempre que puede, interpone el mar entre él y el mundo, y vive meses y años en el silencio de una isla desierta, como si hubiera nacido para esta vida y no para otra; y no hubiera salido de ella nunca, sino es por la fuerza de los acontecimientos, á pesar suyo y haciendo violencia á su naturaleza. ¡Y este hombre que necesita tanta paz y reposo de cuerpo y de espíritu, ni á uno ni á otro da descanso ni en la soledad de su isla, donde trabaja infatigablemente con el brazo y con el pensamiento: estudia agricultura, rotura el campo, cría animales, escribe novelas y memorias, contesta á infinitas

cartas, trabaja en su mente mil designios, intenta todos los problemas é incita al trabajo á cuantos conoce! Por último, y esto es aún más digno de admiración: habiendo ascendido desde humilde cuna á una altura á que nadie llegó en su tiempo, habiendo vivido tanto que pudo ver realizado en gran parte por su propio esfuerzo, lo que en su juventud le parecía un sueño, la redención de Italia; habiendo llegado á ser objeto de admiración y de amor de todos los pueblos, el que severamente podría gozar de su gloria, considerando cumplida su misión y confiando en que lo que queda por hacer lo harán otros, no se aquieta con el estado presente, y más grande que su propia obra, se preocupa, no sólo del estado de su país, al cual no ve poderoso y feliz como había soñado, sino de la marcha de las cosas en el mundo entero; y se afana por toda cuestión importante que esté pendiente de resolución en Italia ó fuera de Italia; y por cualquier grito de dolor de los desventurados ó de los ofendidos, se apiada y se aflige, é impreca á los violentos, trueca contra los ricos, saetea á los cobardes, lanza anatemas, invoca reformas, y olvidándose de su gloria, pareciéndole no ha-

ber hecho nada porque no lo ha hecho todo, se atormenta, se entristece, se encoleriza su sangre, se siente infeliz. Su alma es como su vida, maravillosa. Marinero, negociante, maestro de escuela, trabajador del campo, conspirador y general, corsario y dictador, libertador de pueblos y escritor de novelas, seguido como un numen y arrestado como un bandido, poderoso como un Rey, pobre como Job, llamado el león, el filibustero, *Garibaldi el Santo*, héroe, niño, mago, loco, antecristo, enviado de Dios!!!... Tendrán razón las generaciones venideras si dicen:—es un misterio!

Y aquí nos detenemos, porque si quisiéramos penetrar más allá, en el estudio del alma de Garibaldi, nos faltaría atrevimiento é ingenio. Para llevar á cabo dignamente tal estudio, para iluminar toda su grandiosa figura, deberíamos primero indagar el origen de la mayor parte de sus ideas políticas, sociales, morales y aun de muchas costumbres de su vida privada en aquella especie de Edad Media del nuevo mundo; en aquel caos ardiente de pueblos jóvenes, salvajamente indómitos, irreflexivos y heroicos que se agitan tumultuosamente buscando una forma social y poli-

tica; que luchan á un tiempo contra la naturaleza, contra la barbarie, contra la anarquía, contra el despotismo: en medio de los cuales templó Garibaldi su alma y su espada y se vistió con la armadura de la gloria para las futuras guerras de Italia. Tendríamos que explicar cómo en los largos viajes oceánicos, en los largos silencios meditabundos de marinero enamorado del mar y del cielo, y habituado á contemplar la sociedad de lejos, á través del deseo y de las imágenes dulces y queridas del regreso, haya podido surgir en él y afirmarse tan fuertemente, que resistir pudiera el choque de la experiencia más dura de las cosas y de los hombres, aquel ideal suyo de una humanidad sencilla y buena, de una sociedad renovada desde los cimientos, regida por el amor más que por las leyes, y viviendo casi en el estado de inocencia de las edades primitivas, á cuyo ideal aludía de continuo en forma vagamente profética como si temiera que al determinar sus propios pensamientos se viniera á tierra su amada ilusión. Y todavía en este ideal suyo, espléndido y firme, tendríamos que demostrar el motivo primario de aquel amargo y generoso desdén que le dominó

en el último período de la vida, cuando después de haber trabajado tanto por la patria, vió que el prodigioso movimiento de la revolución nacional se detenía en la unidad y en la libertad políticas, dejando como estaba la miseria de la plebe, permanentes la ignorancia y la superstición; intactas instituciones decrépitas y privilegios odiosos, y mil ruinas informes y siniestras del pasado, que él creía posible barrer con decretos y leyes. Y que esto no se hiciera, parecíale delito contra los principios, traición de los ministros, perfidia de los Parlamentos, estolidez y abandono cobarde de los pueblos. Y por último, en aquella cultura suya, varia y extraña, llena de obscuridades y de lagunas, en la que se juntaban la poesía, la agronomía y las matemáticas, cinco lenguas vivas, muchos y claros conocimientos de ciencia militar y de historia antigua, y cantos enteros del Dante y del Tasso, y con la predilección por Foscolo, Hugo y Guerrazzi, la noble admiración que le llevó á abrazar á Alejandro Manzoni; en aquella cultura multiforme é incompleta, que le consentía las simpatías intelectuales más opuestas y las tentativas literarias más arriesgadas y

diversas, tendríamos que desentrañar las fuentes de su singularísima elocuencia, hablada y escrita, de aquel estilo suyo, ingenuo y enfático juntamente, cortado y retorcido, resplandeciente á veces de selvática belleza, á veces terrible, del cual dió pruebas inolvidables en páginas que centellean y hierven como cataratas de lava, y como suprema prueba fulgurante, la alocución guerrera á sus legionarios romanos de 1849. Y cuando el patriota, el idealista, el apóstol, el orador, el escritor, hubieran sido desentrañados, siempre quedaría como admirable objeto de estudio el Capitán. Y no ya para resolver la cuestión tantas veces planteada durante su vida por admiradores y adversarios de si habría desplegado sus vastas dotes de gran Capitán si hubiera mandado un gran ejército; cuestión ésta académica y vana; mas para demostrar cómo desde las estratagemas afortunadas que le sirvieron de eficaz auxilio en los combates que con un puñado de hombres sostuvo en las orillas de los ríos y en las florestas de América, ascendiendo paso á paso por la maravillosa retirada de Roma, por el estupendo avance sobre Palermo, á la batalla admirable del Volturno y

á las sabias campañas del Tirol y de Francia; sus facultades poderosas de Capitán se iban ensanchando según se ensanchaban los campos de acción y surgían nuevas facultades sobre las antiguas al engrandecerse las empresas.

Aun después de explicar todo esto, quedaría por explicar una cosa que será objeto de curiosidad para nuestros nietos, á saber: de dónde nacía verdaderamente la fascinadora virtud de su persona antes de que poseyera la que le vino de la fortuna y de la gloria de sus hechos heroicos. Esta explicación, como la de muchas otras cualidades singulares de su índole, tendríamos que ir á buscar más allá del Océano. Y puesto que allí la busqué yo, y la encontré en parte, concededme que evoque á este propósito un recuerdo personal.

Un día, en una de las más grandes y bellas ciudades del río de la Plata, fui llevado, sin previo aviso, á la residencia de una Asociación popular, donde en dos pequeñas salas blanqueadas se apiñaban muchos hombres silenciosos.

Había en la pared un retrato de Garibaldi en un marco con algunas palabras

suyas de salutación; en la pared opuesta una vieja bandera negra desplegada con la efigie del Vesubio, que despedía llamas. Componíase aquella Asociación solamente de viejos, los más entre los sesenta y cinco y setenta años; varios octogenarios eran antiguos colonos, trabajadores, artífices, comerciantes; pocos mulatos y criollos; todos los demás italianos, ligures y piamonteses en su mayor parte; caras morenas surcadas de arrugas profundas, grandes barbas encanecidas, rudas manos y trajes foscos, frentes severas, cuerpos todavía gallardos. El aspecto de todos aquellos viejos inmóviles, aun antes de saber quiénes fueran, despertó en mí un vivo sentimiento de simpatía y de respeto. Imaginad cuál fué el estado de mi espíritu cuando me dijeron: «Estos son los restos de la antigua Legión de Montevideo, y esta es su bandera.» Son los supervivientes de aquella memorable batalla de San Antonio, que en Italia fué saludada con un grito de entusiasmo como la primera victoria de nuestra causa; son aquellos legionarios garibaldinos que, muertos de hambre y de sed, rodeados de agonizantes y de cadáveres, atrincherados detrás de montones de caba-

llos, combatieron desde el medio día á la media noche contra un enemigo cuatro veces más fuerte, y salieron victoriosos de uno de los más desesperados cercos que la historia de las guerras recuerda. Mi conmoción en aquel momento es la podría explicar, pero lo que de ningún modo sabría describir es el orgullo, el ardor, la impetuosa elocuencia con que todos aquellos hombres cargados de años, probados en mil vicisitudes, ocupados algunos en graves asuntos, y otros pobres y forzados á un duro trabajo para poder vivir, se lanzaron como rejuvenecidos de improviso á hablar de su antiguo Capitán; primero uno después de otro, luego diez á la vez, por último, todos en coro, contando, describiendo, imitando:—Así era su cara, de este modo andaba y gesticulaba, así llevaba la capa de *gaúcho*, de este modo se echaba á nadar, así manejaba la carabina.—Yo fui el que le sostuvo el estribo cuando montó á caballo para correr á Las Cruces á salvar al Coronel Nera, herido de muerte.—Yo estaba presente cuando cogió prisionero á aquel verdugo—Millán,—que lo había puesto en tortura, y dijo:—¡No quiero verlo; dejadlo libre!—Yo estaba á su lado en

San Antonio cuando aquel caballero endemoniado de Gómez se lanzó solo sobre nosotros para prender fuego á nuestras tiendas, y Garibaldi nos gritó:—¡No matéis á ese valiente!—Y se veía que aquellos recuerdos eran el orgullo y la alegría de todos, que no los hubieran cambiado, como decía Garibaldi, *por un globo de oro*; que hacía cuarenta años era la pasión que les alimentaba y que parecía acrecentar su vida. Y yo les miraba, les oía maravillado y me venía á la mente aquel proverbio turco: «Quien una vez ha bebido en la fuente de Tofané, se enamora de la Reina del Bósforo para toda la vida.» Así aquellos hombres que habían bebido de jóvenes el encanto de Garibaldi, después de casi medio siglo aún lo sentían. Él había marcado con fuego sobre sus frentes su nombre. Y según iban acalorándose al resucitar recuerdos, en sus palabras, en sus ojos, en sus gestos, se me aparecía la imagen del Garibaldi antiguo, y con ella, la razón íntima y primera de su poder. Sí, era aquel semblante de león en que se juntaba á la fuerza de un busto romano la belleza del perfil griego; eran aquellos ojos azules que despedían los fulgores del acero y los rayos de amor; era

aquella boca vibrante de la cual salían toques de trompa bélica y acentos de bondad infantil, aquel arrojo que no contaba los enemigos; aquella fortaleza que sonreía en medio de los espasmos, aquella jovialidad que entonaba cantos frente a la muerte; y sobre todo esto, como dijo George Sand, algo de arcano en que nadie se le asemejaba y que hacía pensar: la irradiación de los grandes predestinados, el reflejo de la visión interna de un mundo. Sí, era todo esto. Y dije á aquellos viejos:—Continuad: vosotros sois la prueba palpitante de su grandeza; él está más vivo en vuestras palabras que en mil páginas de historia; seguid hablando de él; yo llevaré el eco de vuestra voz á nuestra patria lejana!—Y hoy por vez primera cumplo mi promesa. ¡Envíemos juntos un saludo á aquellos valerosos veteranos que en su mayor parte viven todavía; dentro de veinticinco días llegará hasta ellos, y será como un beso de la patria sobre su frente gloriosa!

Mas como suele ocurrir con las personas amadas que hemos perdido, que volvemos á verlas siempre con el pensamiento en su último aspecto, la imagen de Garibaldi se nos representa con más insistencia,

no como era el Garibaldi floreciente y poderoso de América, de Roma y Palermo, sino tal como estaba en sus últimos años. ¡Qué cambio! Durante sus mejores días habíamos soñado para él una vejez reposada y risueña, que fuera como un desfloreamiento lento y casi insensible de su vigorosa madurez, un descendimiento triunfal y sereno como de un astro que se pone. Su vejez fué, por el contrario, trabajada y dolorosa. Nosotros debiéramos haber visto cómo la enfermedad que lo torturaba iba alterándole poco á poco, violentando aquellos lineamientos sagrados para todos nosotros de su rostro y extender casi sobre su frente el velo de la muerte antes que de ella huyera la luz de la vida. Todos los milaneses y millares de otros ciudadanos recuerdan como una de las emociones más profundamente piadosas de su vida el espectáculo de la última entrada que hizo en la capital lombarda para la conmemoración de su última batalla italiana. El pueblo, que hacía años no le había visto, creía que iba á ver, si no el antiguo Garibaldi, una imagen aún resplandeciente de él. En vez de esto, le vió avanzar, arrastrado lentamente en un gran carruaje, tendido sobre

un lecho como un herido de muerte, con la cara consumida y blanca como la cera, con las manos crispadas y vendadas, con el cuerpo inmóvil, volviendo la blanca cabeza con esfuerzo y con la mirada extraviada. Parecía—como dijo uno de los espectadores—el cadáver de un santo llevado en procesión por un pueblo de devotos, más que el cuerpo vivo de un hombre. Aquel no era ya Garibaldi. La inmensa multitud que se había preparado para festejarle con su voz gigantesca de mar tempestuoso, callaba consternada y lo miraba con estupor y desaliento. No, nadie podía resignarse á creer que Garibaldi no se levantaría ya más de aquel simulacro de féretro en que se mostraba. Que la ley de la vida hiriera inexorablemente á todos los demás, que la vejez, que la enfermedad derribaran con el tiempo á toda planta humana, la más firme y soberbia, se comprendía; pero que también hubieran encadenado aquel brazo, apagado aquella mirada, postrado aquella energía, casi parecía un error, una violencia cruel de la naturaleza. Nos parecía ver á la misma juventud de Italia y á todos nuestros pasados entusiasmos moribundos bajo aquella especie de capa fúnebre que

envolvía el cuerpo del héroe. Descubríanse las cabezas, tendíanse las manos hacia él, acompañábanle los ojos, humedecidos por las lágrimas; pero las bocas permanecían mudas. Sólo un murmullo dilatado y suavísimo, como una oración dicha en voz baja por la multitud, le precedía y le seguía. Eran las voces de los jóvenes de la nueva generación, que murmuraban: Nosotros que no hemos combatido, no combatiremos ya á su lado.—Eran las voces de las mujeres del pueblo que decían á sus hijos: Miradlo bien, porque pronto morirá.—Eran sus viejos compañeros de armas que suspiraban: ¡Ya nunca lo volveremos á ver!—¡Era la ciudad de las cinco jornadas que daba al capitán de las treinta victorias el adiós supremo!

Desde entonces contamos con extreme-cimiento sus días; alimentando, sin embargo, la esperanza, y regocijándonos cada vez que la gallarda vitalidad de su espíritu se manifiesta en algún hecho inesperado, como ocurrió por el ultraje que Francia nos infirió con el tratado de Bardo, cuando su lacerado orgullo italiano prorrumpió en aquellas palabras terribles que por un momento conmovieron á Italia, como rayo

lanzado por una tempestad. La obra de la naturaleza, sin embargo, proseguía sin tregua, despiadada, rápida; tras de cada uno de estos arranques impetuosos, volvía á plegar cansado su hermosa cabeza sobre la almohada como el pensamiento en el pasado. ¿Para qué acompañarlo con la palabra hasta el último instante? Aquella estancia desnuda, en una de cuyas paredes está colgado el retrato de su madre, aquella ventana por donde se ve el cielo sereno y la marina inmóvil; los dos pajarillos que, como siempre, vienen á posarse sobre el antepecho de la ventana, y que él, con su voz apagada, recomienda á los suyos para que sigan alimentándolos cuando se haya muerto; el último esfuerzo de cabeza con el cual se vuelve para preguntar por su pequeño Manlio que está ausente, el último movimiento convulso con el cual se enjuga la frente, la última mirada lenta y sonriente que dirige á sus hijos y á su mar... este cuadro está vivo en la memoria de todo el mundo. En su muerte, como dice Thiers de la muerte de Napoleón en Santa Elena, *todo fué grande, solemne, sencillo*.

Y ahora ¿qué homenaje más digno podemos rendir á su memoria que el represen-

tarnos en el pensamiento aquella que debe ser la predilecta de sus visiones en el mundo sobrehumano, donde él esperaba volver á ver á su madre? Representémonos esta visión, que es de nuestra historia de ayer, y parece ya de hombres y sucesos de remotos siglos; pasen ante él y ante nosotros sus diez ejércitos, sus banderas desgarradas, sus héroes, sus hermanos, sus hijos; y de sus corazones valerosos, conmovidos por el recuerdo de las sacras batallas, no de nuestros labios, arranque el himno de gratitud y de gloria.

Erguido, inmóvil sobre una roca que resiste el flujo de las generaciones, bello, rubio, soberbio como en los años más floridos de su juventud, alzando el rostro espléndido y dulce de redentor, sonrientes sus fieros y profundos ojos celestes, con los hercúleos brazos cruzados sobre el pecho rojo y los cabellos de oro y la capa gris agitados por el viento, él los ve cruzar á sus pies y revive con toda el alma en el pasado.

¿Qué Capitán en el mundo asistió jamás á un desfile más maravilloso de gentes de guerra y de recuerdos heroicos?

Al primer puñado de combatientes que

llevó consigo en la pequeña flotilla de la República de Río Grande contra los treinta navíos de la escuadra imperial brasileña; á aquel escaso y temerario pelotón tan abigarrado de indígenas italianos, españoles, mulatos, negros, inflamados todos por su primer grito de guerra por la libertad, entre los cuales brilla el rostro atrevido y honrado de Carniglia, el gigante genovés, fiel á su persona hasta la muerte,—sigue impetuoso cantando el himno nacional de Figueroa, y lanzando al viento la bandera negra, en la cual campea la imagen del Vesubio coronada de llamas, la aguerrida Legión de Montevideo, con los uniformes verdes, blancos y purpúreos, que va á combatir en defensa de su *patria de destierro*; —italianos de todas las provincias, ricos y pobres, comerciantes y aventureros, antiguos sargentos del ejército sardo, futuros Generales del ejército italiano, el joven Medici, que treinta años más tarde llevará á la tumba del panteón la espada del primer Rey de Italia, Francisco Anzani, su hermano del alma, un segundo Garibaldi á quien no le faltó más que la suerte; Cayetano Sacchi, su primer Alférez, los primeros compañeros, los primeros espectadores

de su aurora gloriosa, aquellos á quienes recordará por toda la vida con la más dulce predilección de su corazón de héroe.

Pasa la Legión de Montevideo, y otro ejército avanza más tumultuoso, más ardiente, más italiano, que agita la bandera de José Mazzini: la legión de los de Vicenza, el batallón de los de Pavia, las reliquias de sus comilitones de América, la flor de los valientes de las Cinco jornadas, una multitud de señores lombardos, un grupo de nizardos y de ligures, una colección de combatientes de todos los cuerpos francos de la alta Italia, con prendas de soldado y trajes de ciudadanos, envueltos en casacos arrebatados á los croatas, vestidos con el traje itálico, con la chaqueta de terciopelo y el sombrero con plumas, armados con fusiles y espadas de todas formas y con picas, palos y puñales: el ejército de voluntarios de 1848 que pasa y le saluda con vivas frenéticos, recordándole la primera sangre italiana esparcida en tierra italiana bajo las alas victoriosas de su nombre...

He ahí otro ejército más hermoso, más pujante, más glorioso: el ejército de Roma; sus valientes de villa Panfilí y de villa Spada, el batallón de los veteranos, los cua-

trocientos universitarios, los trescientos aduaneros, los trescientos emigrados, su brava legión del 49; y primero entre los primeros el heroico Luciano Manara, abrazado á Emilio Dandolo espirante, en cuyos brazos exhaló el último suspiro; Gofredo Mameli, hermoso como un dios; Emilio Morosini, el héroe de diez y ocho años, manando sangre por tres heridas; el valeroso Dalla Longa, muerto por salvar el cadáver de un hermano; y en medio de las filas, montada á la grupa de un potro, su Anita, intrépida y amada, que fustigó á los cobardes en el camino de Orvieto, y su fiel Hugo Bassi, coronado en Bolonia con la muerte que anhelaba, y el gentil Luigi Montaldi, el gemelo de Mameli, acribillado por las bayonetas de los vencidos en 30 de Abril, y Montanari, Isnardi, Marocchetti, que aceptaron su fiera invitación en la plaza del Vaticano y fueron sus compañeros en todas las vicisitudes de la épica retirada. ¡Y gloria á ti—le gritan todos,—oh gran reivindicador de Roma!—y el himno inmortal del hermano caído asciende desde el alma de ellos á su corazón!

Las notas de los *hermanos de Italia* se pierden en los aires, y otro ejército se pre-

senta, de aspecto diverso y nuevo, ordenado y disciplinado como legión veterana, una oleada de capotes grises y de gorros azules, marcados con la cruz de Saboya, batallones apretados y veloces de estudiantes, de artistas, de doctores, de patricios, de operarios, de poetas, mandados por antiguos oficiales de Venecia, de Roma y del Tirol, el ejército del 59, los valientes tiradores de los Alpes; y entre las primeras filas el teniente Pedotti con una bala en el corazón, y Guerzoni con un hombro roto, y De Cristofaris con el vientre destrozado, y Narciso Bronzetti orgulloso con tres heridas mortales, sonríen á su general adorado, y agitando las carabinas y los sables victoriosos, le gritan los nombres de sus tres batallas, y al sonido de los tres nombres benditos por tres veces, brilla la frente augusta!...

Y ahora: ¡tres veces gloria! Ahí está el ejército legendario, los treinta mil vencedores del 60, un torrente de color de fuego, los *mil* inmortales, soldados de todos los pueblos, centenares de jovencillos y de hombres encanecidos, bandadas de calabreses y de una pléyade de generales cuyos nombres ha registrado la historia, Sir-

tori, Cosenz, Tur, Lamasa, el antiguo campeón de Vascello; y á la cabeza de las filas de los más bravos, los muertos memorables y los heridos dignos de recuerdo: Turkery, que cayó como herido por un rayo en el asalto de Palermo; Benedetto Cairoli, que arroja sangre por la frente; Nino Bixio, que se arranca del pecho con sus propias manos la bala borbónica; Deodato Schiaffino, hermoso como una figura de Da Vinci, caído bajo una completa descarga de balas en Calatafimi; Achille Majocchi, que agita entre el humo el brazo roto; Elia, que recibió en la boca el plomo dirigido al corazón de Garibaldi; Filippo Migliavacca, el héroe de Varese, muerto como un antiguo romano en Milazzo, Pilade Brouzetti, cuyo sacrificio sublime en el Volturno salvó al ejército de un golpe mortal. ¡Todos pasan lanzando las notas triunfales del himno de Mercantini á la imagen luminosa de su dios!

Otro ejército se adelanta, ¡cuán diferente del que se aleja!; mas, sin embargo, hermoso y solemne en su austera tristeza: dos legiones de soldados aguerridos de todos los rincones de Italia, el batallón elegido de los palermitanos, una multitud iner-

me, bandadas de muchachos descalzos, veteranos con los cabellos grises y el pecho resplandeciente de medallas, desgarrados, calados por las largas lluvias y extenuados por las marchas forzadas y por el hambre, meditabundos todos y taciturnos como el que lleva en el alma una santa esperanza muerta. Mas á la vista del gran caído de Aspromonte, todos levantan la cabeza y le lanzan el antiguo lema: *¡Roma ó muerte!* con la altanería y el entusiasmo antiguo, y le gritan: ¡Bendita tu herida, oh capitán y padre nuestro, puesto que fué el plomo fraterno, al cual te ofreciste, el que rompió en una colina tus carnes, la primera piedra de los muros de Roma!—Y él dulcemente les contesta: ¡Bendita sea mi herida!

Y otros tres ejércitos avanzan á la carrera, llenando los aires con sus gritos. Pasan los veinte regimientos rojos del 66, flanqueados por la artillería del ejército real, llevando en triunfo al intrépido Lombardi con la frente partida, el fortísimo Chiasi herido en el corazón, el temerario Castellini acribillado de balazos en Vezza, y sus guías y sus ayudantes que hicieron una barrera de pechos entre él y la muerte en la calle de Tiarno, y el tropel heroico

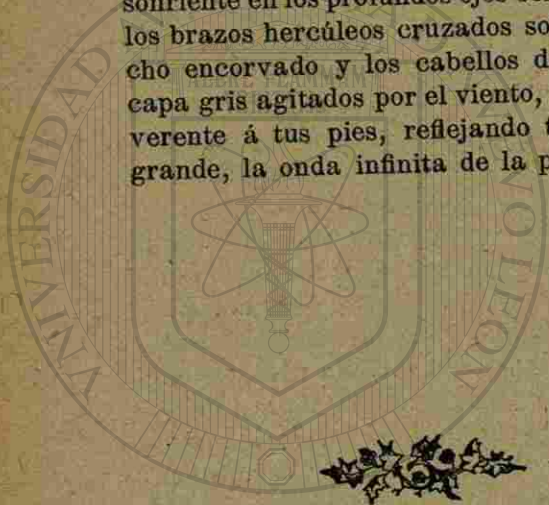
que él mismo empujó al asalto de Bezzecca. Y luego otra oleada inmensa de blusas purpúreas, blanqueadas por el polvo, los tiradores de Burlando y de Stallo, los carabineros genoveses de Mayer, últimos en abandonar el campo fatal, los lombardos y los romañolos de Missori, destacándose por encima de todos, sofocados por la rabia y por el dolor, resueltos á morir, el viejo Fabrizio, Alberto Mario, Friggeri, Pezzi, Cantoni, muerto; el Conde Bolis, muerto; Giovagnoli, muerto; todo el ejército de Montecitorio y de Mentana, iluminado por un rayo de oro, por la gloria de Roma. Y finalmente, el ejército internacional de los Vosgos, vestido de mil formas, y armado con toda clase de armas, una multitud tempestuosa de italianos, franceses, españoles, griegos, polacos, argelinos, soldados permanentes, voluntarios, franco-tiradores y guardias móviles, que también levantan en alto sus muertos gloriosos y sus banderas ensangrentadas, y confunden sus voces con las voces lejanas de los que pasaron, gritando: ¡Gloria á tí, que nos guiaste al combate por tantos caminos y en tantas regiones y siempre por una causa grande como tu alma! ¡Gloria á tí, siempre el primero en el

asalto, siempre el último en ceder, siempre el más fuerte en la desgracia, siempre el más dulce en la victoria, siempre igualmente grande en la ira y en el amor, en la obscuridad y en el poder, en el triunfo y en la muerte! ¡Gloria á tí, tribuno infatigable de todos los pueblos, caballero generoso de todas las patrias, amor y orgullo de tu sangre y de la raza humana!

Y cuando los últimos ecos del último ejército mueren en el espacio, otra multitud avanza aún con el dulce murmurar de un río tranquilo, y son las criaturas desconocidas á quienes él salvó la vida, los enemigos con quienes fué benigno, los ofensores á quienes perdonó, los heridos á quienes recogió del campo de batalla, los moribundos á quienes sostuvo la cabeza en los hospitales, las madres abandonadas á quienes enjugó las lágrimas é hizo erguir la frente, las prometidas á quienes arrebató un niño y devolvió un héroe, y los humildes y los infelices de todas partes á quienes él socorrió, acarició y bendijo; y ¡gloria á tí—gritan también éstos alzando el rostro y las manos—y sea bendecida tu gloria!

¡Permanece, pues, eternamente sobre tu roca solitaria, bello, rubio, soberbio como

en los años floridos de tu juventud, con tu semblante espléndido y dulce de redentor, sonriente en los profundos ojos celestes, con los brazos hercúleos cruzados sobre el pecho encorvado y los cabellos de oro y la capa gris agitados por el viento, y pase reverente á tus pies, reflejando tu imagen grande, la onda infinita de la posteridad!



EN MEMORIA

DE

FELICE CAVALLOTTI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



FELICE CAVALLOTTI

HAN transcurrido siete días. A la primera opresión del desconsuelo y del dolor, que nublaron nuestro espíritu y arrancaron lágrimas á nuestro corazón, ha sucedido la tristeza profunda y lúcida que recuerda, medita y lamenta; y, sin embargo, aún no podemos pronunciar sin estremecernos de angustia rebelde á toda resignación, sin repugnancia del corazón incrédulo y de los labios temblorosos—como si fueran una horrible mentira,—estas cuatro desventuradas palabras:—¡Felice Cavallotti no existe!—No podemos resignarnos á pensar:—Otras injusticias públicas, otras violaciones de la libertad, otros conatos de la reacción ocurrirán,—y él las ignorará; la patria sufrirá nuevos dolores, correrá nuevos peligros, soportará quizá nuevas

vergüenzas—y sus labios permanecerán mudos; otros defraudadores del haber común, otros corruptores de las instituciones patrias y profanadores del santo nombre de Italia cometerán mil maldades, y su mano vengadora—implacable con todos los que trafican con el patriotismo—permanecerá inerte; se discutirán supremos intereses nacionales, se librarán grandes batallas políticas, fiestas queridas de la patria, aniversarios de gloriosas jornadas, conquistas y triunfos de la libertad y del derecho se celebrarán en fraternales y solemnes Asambleas,—y él no concurrirá. Felice Cavallotti que significaba fuerza, movimiento, acción, esperanza inextinguible, juventud perpetua—Felice Cavallotti que para nosotros valía por una legión, cuyo hálito poderoso sentíamos aun desde lejos, y cuya voz repercutía en todo el país como toque de trompa bélica—Felice Cavallotti, á quien nuestra imaginación, avanzando en el curso del tiempo, se complacía en representar brioso é incansable en la edad proveya, rodeado del respeto y de la gratitud públicas..., forzoso es que nos resignemos á proferir, á repetir, á grabarnos en el cerebro y en el corazón estas terribles y casi

increíbles palabras:—¡Felice Cavallotti ha muerto!

¿Conmemorarlo? ¿Á qué, si desde su muerte no se habla más que de él? ¿Si su vida entera está presente en el pensamiento de todos? ¿Ni cómo sería posible, mientras dura el intenso dolor, tener libre discernimiento para ordenar los hechos, agrupar detalles, esclarecer y juzgar los móviles y objetivo de las pasiones y de los actos? Otro hará esta labor en su día, quizá la hagan muchos, y realizarán una obra útil y bella. Lo tomarán en su niñez, creciendo en el seno de amorosa familia, más cercana á la pobreza que al bienestar, avezado desde los primeros años á soportar con ánimo varonil las privaciones, educado en los severos estudios del padre, docto filólogo á quien él ayuda en sus trabajos; explicarán cómo en la furia de sus primeras lecturas de libros caballerescos, está el origen de aquel espíritu generoso, aventurero, batallador, inquieto que agitó toda su vida; lo seguirán paso á paso desde que, todavía casi niño, se pone al frente de una manifestación patriótica, y vaticina en un opúsculo la unificación de Alemania, siguiendo las varias etapas de soldado de

Garibaldi en Milazzo y en el Volturno, colaborador del *Indipendente* de Dumas en Nápoles, luego en Milán, estudiante de leyes, poeta y periodista al mismo tiempo, trabajando afanosamente para ganarse el pan; soldado otra vez en el 66, combatiente en Vezza, en Val Camónica; luego vuelta á empezar la vida de periodista en la capital lombarda, polemista gallardo é indomable, que á cada paso tiene que dejar la pluma para empuñar la espada; envuelto en continuos procesos, fugitivo en el extranjero, oculto en Milán, haciendo versos en la cárcel, y después de cada proceso y de cada prisión, más inflamado y más audaz que antes.

Y habiendo llegado á este punto el biógrafo, no habrá pasado del principio. Tendrá que acompañarlo por toda su vida parlamentaria durante un cuarto de siglo, Diputado por Corteolona, por Pavia, por Milán, por Piacenza; firma siempre en su fe republicana, pero como él dijo:—*italiano primero, republicano después*;—luchando, salvo raras y muy breves treguas, contra todos los ministerios; paladín de la Italia «irredenta», enemigo de la alianza austriaca y de los armamentos ruinosos, adversa-

rio de la política africana, denunciador de todas las violaciones de la ley, de todos los abusos del poder, de todos los despilfarros de la Administración; fiero, infatigable reivindicador de la moralidad pública, fué fustigador de todos los prevaricadores corrompidos y de sus cómplices, poderosos ú oscuros, en el Parlamento, en la Prensa, en los Tribunales, en los comicios, en todas las regiones y desde todas las tribunas de Italia. Mas tendrá que añadir el biógrafo: cómo en esta larga y batalladora vida parlamentaria, marcada con discursos y tempestades memorables, entrelazaba, casi sin interrupción, durante muchos años, la obra poética y dramática, alternada con luchas duras y victorias trabajosas, y cómo á la labor poética acompañaba la labor erudita, crítica y de polémica, sostenida con largos y pacientes estudios, en el campo del teatro, de la historia, de la nueva poesía: obra interrumpida á su vez por nuevos procesos, por nuevos duelos, por nuevas tempestades, por conmemoraciones inspiradas y memorables de grandes hechos y de grandes muertos, y por fatigosas y atrevidas campañas electorales; y cómo, por último, en medio de las luchas, de las cai-

das y de los triunfos, atento siempre y sobre todo á la voz del país, abandonaba todo lo suyo cuando sonaba el grito de una desventura pública, acudiendo á Nápoles y á Palermo á socorrer y confortar á las víctimas de la epidemia con el valor de un héroe y con el amor de un hermano. Una vida tan digna de admiración, en la cual, según los principios políticos y la indole propia, podrán encontrar errores, violencias, temeridades, desarmonías, pero no desconocer una gran fuerza dirigida por una conciencia honrada, por un profundo amor de la patria, por una ardiente pasión por la verdad, por la justicia, por el bien; ni tampoco desconocer y admirar una maravillosa conjunción de virtudes de la mente y del alma, que es muy raro encontrar juntas, como son: el ímpetu del entusiasmo y la férrea tenacidad de la voluntad, el vigor incansable del pensamiento y de la acción, una noble ambición de gloria, la vivacidad en los sentimientos y todo lo que hace querida y bella la vida, junto con la fuerza de un corazón siempre pronto á afrontar las persecuciones, los odios, el dolor, la pobreza, á renunciar sin vacilaciones y sin lamentos á todo bien en la vida,

y aun á la vida misma, como si para él la paz, los afectos, la gloria, la existencia, no tuvieran valor alguno aceptadas como precio de una transacción con la conciencia ó de una violencia hecha á su propia razón. Vida ciertamente admirable la suya, que pudiera simbolizarse en esta hermosa figura: un soldado con la blusa roja, una corona de poeta en la frente, y de pie sobre una tribuna, el cual muestra sus manos á la patria, por la cual ha combatido durante cuarenta años con la espada, con la pluma y con la palabra, y le dice:—¡Míralas, están puras! ¡No han sido manchadas más que por mi sangre!

Veamos ahora rápidamente el poeta lírico, el dramático, el orador, el polemista, el ciudadano, el hombre.

Fué poeta en lo más profundo de su alma. Tuvo de poeta—para usar las palabras de un ilustre adversario suyo,—el soplo, la alada esencia, el alma lírica. No buscó nuevas formas: empleó con las de la poesía patriótica que palpitaba en todos los corazones cuando él asomaba á la vida, las formas de Rossetti, Berchet y Manzoni. Él mismo le dice al autor de la *Batalla de Macclodio*: — esta humilde cítara aprendió

las formas de ti, y mi canto modula, según tu escuela, los acentos de una esperanza que no es la tuya.—El ímpetu de la pasión excesiva, no le podía consentir las pacientes y sutiles ingeniosidades de estilo y de armonía que más tarde estuvieron en auge. Su poesía fué propiamente un canto que salía con ímpetu del alma, poesía de batalla, llena del estrépito de las armas, de los estallidos del rayo, de los estremecimientos del pueblo, de gritos de ira y de dolor. La sucesión de sus estrofas de decasilabos asemeja al avanzar presuroso de los grupos de combatientes que corren al asalto, en las cuales las rimas son puntas de espada y los finales, hurras de victoria. Pero en medio de la uniformidad de metros fáciles y sonoros, cuánta variedad de inspiración, desde el himno á la sátira, á la balada, á la romanza, á la elegía, al epigrama, y también cuánta sinceridad y frescura juvenil en la pasión. El alma fatigada por los choques y las borrascas, herida alguna vez por el filo del sarcasmo, se refugia en sí misma, busca consuelo en los afectos nobles y tranquilidad en fantasías y sueños de soledad y de olvido: y entonces, se nos presenta un nuevo poeta, de una dulzura y de una de-

licadeza exquisita, que hiere las fibras más íntimas del corazón. Mas este poeta ya le presentimos aun en las mismas poesías de batallas, donde á cada paso brota una flor, brilla una lágrima, suena una nota de suavísima tristeza. Recordáis cuando dice á Manzoni muerto:—*Duerme, ¡oh, viejito y sobre tu tumba te conforte los plácidos sueños larosa que te dió Garibaldi!*—Y cuando dice á Adelaida Cairoli, recordándole el día en que oraba en la tumba de su primer hijo muerto:—*¡Mas entonces, después de la oración, te levantabas más fuerte, porque te quedaban, te besaban todavía en el rostro cuatro hijos; y te era tan dulce buscar en aquellos cuatro rostros la sonrisa de tu muerto!*—Y cuando al poeta que impreca, lleno de ira, al cadáver de la mujer amada que le hizo sufrir, dice aquellas dulces y sabias palabras:—*¡Ah, no; no insultarla! ¡Ah, no encontrarás, pobre poeta, en las maldiciones y en el desprecio el consuelo que vas buscando! ¡Tú no te curarás sino el día que perdones!*

Y quisiera proseguir: quisiera imitar el ejemplo de Emilio Augier, que, en la Academia Francesa, teniendo que tejer el elogio de un poeta ilustre, dijo:—¿Qué mejor homenaje que recitar sus versos? Y con-

cluyó:—No añadamos más: llevemos con nosotros la emoción entera, y que el poeta se oculte en su gloria.—Pero recitar aquellos versos que fueron la expresión más pura y fervorosa de su alma, y gozar de este modo la ilusión de volver á oír aquella voz que no tornaré á escuchar, no podría hacerlo: la emoción los ahogaría en mi pecho. Evoquemos una sola, quizá la más bella de sus creaciones, aquella en que más admirablemente se enlazan la elevación del concepto, la grandeza del plan y la marcha grave y solemne del ritmo, que parece seguir el paso de Leonidas armado, en el silencio de la noche. Á la mente de todos, sin duda, está presente la figura augusta del héroe, que á la luz de las estrellas, resurgiendo de la tumba de Antelo, con la gran lanza empuñada, desciende, rodeado de águilas, para ir á buscar si ha aparecido en el mundo una nueva gloria igual á la de las Termópilas, y reposar allí, entre los hermanos dignos de sus trescientos. Se detiene, mas no se pára en Chermea. No—dice á los tebanos muertos que le llaman:

¡No, no; dormid en paz! héroes, fué vana
la sangre: perecisteis, sin ser salva
la helena libertad!

Llega á Maratón; pero no se pára:—
No—grita á los caídos que le invocan,—
aquí no me detengo:

Vosotros, todo lo tuvisteis, todo:
¡la gloria y la victoria! ¡Por los lares
que es harto dulce sucumbir así!

Llega á las islas Arginusas, las ondas
cuajadas de triremes rotos y de ensangren-
tados cadáveres; mas no cede á la invita-
ción de Calícrates:—*No—dice;—fuisteis va-
lientes, cinco contra veinte; pero fuisteis he-
lenos contra helenos—y fué misera lucha.*

Llega al campo de batalla de Isso; y
pasa adelante, diciendo á los soldados de
Alejandro, vencedores de los persas:

... ¡Oh, muertos! yo os saludo. Leonidas no duerme
donde á un tirano, el griego acero lauros dió.

Y no se detiene en Jerusalén, donde le
invocan los cruzados muertos, porque,
dice:—*yo no peleé para expiar pecados, ni
fui en busca de aventuras y de riqueza.* Y no
se detiene en las Pirámides, á la voz de los
soldados de Bonaparte, porque, grita:

¡No dirigi en Dito al monte á mis Trescientos,
la libertad en el labio y al pecho la conquista!

Y no se pára en Zama, donde claman su

nombre los soldados de Escipión, destructor de Aníbal:

¡Y vos yacéis! ¡Yo paso! ¡Pues érais demasiados en el campo
Y los nómadas elefantes os abrieron el sendero.

Y pasa más allá del campo de Munda, sordo á las voces de los legionarios de César, á los cuales echa en cara el dicho del Capitán:

Sobre el monte luché yo por la patria,
no por la existencia.
¡Vencedores de Munda, paso, pues!

Y atraviesa ríos y montes, pasa el Píreneo, llega á Provenza, se detiene en el Ródano, donde Mario destruyó á los teutones; mas no hace alto al oír las voces de los soldados de Mario, porque sobre la colina sagrada él no puso mientes, escrutando las estrellas, en la hora en la cual pudieran combatir con la seguridad de la victoria.

Y traspasa los Alpes y desciende á Lombardía; mas suspenso al recordar la paz de Constanza, ni siquiera en Legnano se detiene, porque

Si la sangre no da frutos, ¡qué merece la gloria, del laurel!
Si la libertad no germina, ¡qué vale la virtud de las armas!
Muertes fecundas busco, que no vencedores ó vencidos:
Muertes fecundas, libres, de aquellos que no son!

Y llega finalmente á orillas del Tiber, á

la vista de San Pedro, ante una ara modesta, donde mil voces débiles lo saludan:

También, nosotros cinco, luchamos contra veinte!
Y no fué en vano, ¡oh patria, ni sangre, ni morir!

Á nos, no la victoria, sino el desdén del débil:
No horóscopos felices, el pálido deber:
No lauros fraticidas, sino abandono tierno:
No el sueldo de un tirano, el rayo de la mente.

Las almas á los hados, y no mentidas voces,
Del fondo de las tumbas mirando al porvenir...
La sombra, inclina el hierro, y grita:—Quiere ahora
Leonidas con los muertos de Méntana, dormir!

Y de este modo «ocúltase el poeta ahora en su gloria», al lado de su Leonidas, él, que en las Termópilas habría muerto de los primeros, y que en defensa de la libertad y de la justicia combatió por trescientos.

El autor dramático. Nadie, ciertamente, esperará que haga yo en este momento un análisis razonado de la obra compleja y varia, coronada por éxitos clamorosos, provocadora de ásperas batallas, fecunda en tantas vivas discusiones históricas y artísticas, en la cual, desde el drama histórico en verso *Los Mendigos* (I. Pizzanti), *Guido*, *Inés* (Agnese), donde la poesía y la fantasía predominan, y la historia no era otra cosa que fundamento y fachada, pasó Felice Cavallotti al gran drama histórico

en prosa — *Alcibiades* y *Los Mesenios* — apoyado en una indagación más minuciosa del tiempo y en un estudio más profundo de la realidad, para pasar luego con *La Esposa de Menecle* á la comedia íntima de asunto antiguo, y, por fin, al drama psicológico moderno, llegando hasta el idilio y el proverbio. El corazón y la inteligencia unidos se rebelan también para poder hacer hoy una crítica respetuosa. Nos bastará recordar que si tampoco en el teatro buscó nuevas formas, ateniéndose, conforme con la naturaleza de su ingenio, á la tradición romántica, siguiendo las huellas de Víctor Hugo y de Schiller, también al teatro llevó el soplo de su alma lírica, que todo lo reanima y vivifica, la santa llama del amor de la patria y de la libertad, una gran fuerza de sinceridad juvenil y de varonil conciencia, un continuo, amoroso, potente anhelo hacia la belleza y lo grande, que nos eleva el espíritu y nos mueve el corazón, aun sin llegar á donde pretende. ¿Quién podrá hoy examinar, ponderar, discutir, mientras las criaturas de su mente se nos agolpan en derredor cubiertas de negro como su imagen, formando cortejo de dolor y de gloria, como hijos alrededor del

simulacro fúnebre del padre? No podemos hacer otra cosa más que recordarlas y saludarlas. Es deslumbrador Raul, que levantando la espada en presencia del cadáver de Maria, grita al Duque de Alba: — *¡Demasiado tarde. Hoy seremos muchos en los funerales! ¡A mí, mendigos!* — Es trágico el viejo padre, traidor á su sangre, que revela al hijo adorado la propia infamia, mientras suenan los toques de campana que le llaman al combate con aquellas sencillas y terribles palabras: — *¡Detente! Yo soy Guido.* — Es bello y generoso el joven Scandiano, que narra al Duque de Mantua, ébrio de placeres y de orgullo, en medio de los esplendores de la fiesta, el hambre y la desesperación del pueblo de Mantua. Es espléndido el viejo rey de Messenia, que, de pie sobre el precipicio, arranca la bandera tiránica de Esparta y llama á la revolución de su pueblo con el soberbio grito: — *¡por donde pasa Aristomenes, Esparta no tiene bandera!* — Y piadoso y venerado es el viejo Menecle, que descuelga de la pared el escudo y la espada antigua para pedir á la muerte, por la patria, el olvido de la dulce ilusión perdida. Y más alto que todos, como una estatua de oro y

de bronce, marcada con mil golpes, pero firme y triunfante aún sobre su pedestal de mármol de Paros, se hiergue delante el griego gigantesco y multiforme que reunió en sí á César y á Coriolano, Sardanápalo y Antonio:—*todas las caras del poliedro humano*,—y mientras pasan detrás de él, como visiones, los jardines y las plazas, las salas de Atenas, la playa de Sicilia, las costas de Esparta, las aguas del Helesponto, las montañas de Frigia, y aquella fuga maravillosa de asambleas, de ejércitos, de campos de batalla, de fiestas triunfales y de soledades, que parece que un mundo gira en torno de un hombre, nosotros no saludamos en él al Alcibiades antiguo, vencedor en Bizancio y en Calcedonia, sino á la creación más grande, más afortunada, más querida del poeta muerto; lo saludamos con la certeza de que aun cuando las demás fueran arrastradas por el tiempo, aquélla permanecerá espléndida y palpitante de vida inmortal. Y si á pesar de todo, tanta riqueza de pensamiento y de inspiración no resplandecieran en sus obras dramáticas tan aplaudidas y tan combatidas, todavía serían por nosotros amadas y reverenciadas por el

tesoro de estudios amorosos y de doctos comentarios como él acumuló en torno suyo, por las tempestuosas ansias juveniles que le costaron, por las ardientes embriagueces que le produjeron, por los profundos y dulces consuelos que prodigaron á sus grandes dolores y á sus afanosas fatigas por la libertad y como tribuno de la patria.

Y, sin embargo, la más alta y poderosa manifestación de su ingenio y de su alma está, á nuestro juicio, en la oratoria. Grande, quizá insuperable orador si la naturaleza no le hubiera negado alguna de aquellas pequeñas dotes auxiliares, puramente físicas, con que se integra el gran orador. Existían en él dos oradores, igualmente poderosos. El orador popular, improvisador, que comenzaba trabajosamente, que os hacía asistir á la interna labor, á la lucha intensa y violenta del sentimiento y del pensamiento con la palabra, y que luego, poseído de vehemencia que su mismo esfuerzo atizaba, arrastrado por la pasión, desencadenaba un torrente de ideas y de imágenes, oleaje invasor y sonoro, que avasallaba cualquiera resistencia, por obstinada que fuera, del auditorio; y el orador parlamentario de las grandes ocasiones, que

préviamente urdía la trama de su discurso, en el cual las ideas se desenvolvían ordenadas y eslabonadas, con el curso amplio y lleno de un grande río, y la lógica, el sentimiento, la precisión científica en la forma, todos los primores más finos del arte, se unían con el ardor de una elevada inspiración que todo lo levantaba. El orador nato al servicio del artista literario se revelaba en la arquitectura atrevida y grandiosa del período que sostenía una gran cantidad de ideas accesorias, agrupadas armónicamente en torno de la idea principal, incrustado con paréntesis y con incisos, que sin estorbar iluminaban el concepto con sucesivos rayos de luz, y llevado victoriosamente por entre todo género de peligros hasta una frase genial que superaba á todas las demás en eficacia, y que al mismo tiempo se presentaba inesperadamente aunque pareciese necesaria.

Era verdaderamente maravilloso cómo un hombre de naturaleza tan impetuosa sabía, si llegaba el caso, encontrar las palabras graves, medidas, respetuosas, que hacían pasar sin choques las ideas más audaces respetadas por la dignidad del ropaje; cómo alguna vez, en el furor de una

tempestad, casi por efecto de una iluminación repentina de la inteligencia y del alma, lanzaba, en lugar de las palabras excesivas que todos esperaban, una tan sincera y noble invocación á la concordia por el interés supremo de la patria, que todos los ánimos quedaban desarmados y aplacados; cómo de aquella boca, de donde brotaban tantos truenos y tantas llamas, pudiera afluir, siendo necesario, un río de elocuencia tan dulce y tan serena. ¿Recordáis aquel admirable paralelo entre el general della Lunigiana y el general di Sicilia que, hecho por otros, habría desencadenado un huracán? ¿Os acordáis de la defensa que él hizo *de la flor besada por la desventura*, cuando del banco de los Ministros se lanzaba un ultraje á una jovencilla, mientras sobre la cabeza de su padre político acusado, pendía una sentencia tremenda? ¿Recordáis con qué dignidad de sentimiento y de palabra hacía en el Parlamento el elogio de un adversario muerto, y reconocía en un adversario vivo la bondad y la rectitud; y cómo alguna vez, si se le escapaba alguna frase ofensiva, la templaba según demandaba la justicia, de modo que no era la suya una retractación del pensamiento, sino del senti-

miento; no acto de simple conveniencia, sino cortesía sentida y exquisita de caballero y de hombre honrado? ¿Recordáis la oración en honor de Garibaldi muerto, pronunciada el 3 de Junio de 1883 en el *Castelli* de Milán, la cual arrancó lágrimas á tres mil corazones, y la gran conmemoración épica de los que perecieron en Domokos, y las bellas, austeras, fraternales palabras que pronunció en la primera reunión de los partidos extremos, discordes hasta aquel día, para la fundación de la Liga de la libertad?—Era la elocuencia de un poeta y de un sabio; era una inspiración tan elevada y conmovedora, que casi resultaba dulce á los demás oradores el no poderla alcanzar; eran la razón, el entusiasmo y la fe hablando el lenguaje más selecto que pueda salir del alma de un ciudadano. Cuántas veces Vittorio Alfieri le habría puesto la mano sobre la cabeza repitiéndole los versos de Esquilo á Timoleon:

¡Ah! nunca más fogosas, jamás más verdaderas
palabras, infundiera en corazón mortal,
tan fuertes y divinas, el numen liberal.

Y no por esto se podría afirmar con certeza que fuese la oratoria, ni tampoco al contrario la facultad puramente razonado-

ra, ni la fuerza analítica y polémica su virtud intelectual preeminente. De él pudiera decirse lo que del autor del *Emilio* dijo Enrique Taine. No existe lógico más riguroso. Su demostración se enlaza en hilos de acero, malla á malla, por largas páginas como enorme red sin salida, en la cual, queriéndolo ó no, se queda atado. No se le escapa ni un hilo ni se le rompe, y tiene constantemente á la vista, y en su mano, la red entera. De los infinitos y bien ordenados compartimientos de su firme memoria, salen prontamente, á la primera llamada, nombres, fechas, palabras, hechos, circunstancias de los hechos que se aclaran y se sostienen unos á otros, disponiéndose y enlazándose lógicamente como las fórmulas sucesivas de una operación matemática que no puede desenvolverse en otra forma ni producir otro resultado que aquel á que él aspira. Apenas la punta de su idea entra en nuestra mente, creéis que ya no puede penetrar más en ésta, y todavía os la clavará más adentro á fuerza de un martilleo continuo y preciso que logra vencer hasta las últimas resistencias inconscientes de vuestro ánimo. No es maravilla que quien poseía un arte dialéctico tan poderoso le

empleara, aun cuando á otros les pudiera parecer superfluo ó inoportuno, ó sin esperanza de efecto útil. Y es también maravilloso que á él recurriera y lo ejercitara magistralmente aun en los momentos de mayor excitación de ánimo, que razonara de aquel modo con la pluma en la mano una hora antes de ir á arriesgar la vida empuñando las armas, que ni aun el presentimiento de la muerte, que alguna vez le asaltó en aquellos momentos, pudiese turbar en él aquella facultad delicadísima á la cual parece indispensable la serena quietud del alma y la libertad absoluta de la mente. Y esto prueba cuánta sinceridad, cuánta pensada firmeza había aun en las determinaciones que pudieran parecer más violentas: cómo su pasión era producida siempre por una idea, y regida y vigilada por la conciencia; cómo existiese en él á modo de convicción vigorosa y tenaz, lo que muchos creían que no era sino ira, odio, sed de represalias y de venganza; cómo su espada, aun en las cuestiones que parecían más rigurosamente personales, fuese casi siempre la espada de una idea. No, no se batió por impetu de cólera ó por fiebre de vanidad quien veinte veces, antes

de cruzar sus armas, escribió de su propio puño su defensa y su testamento, con la expresión precisa de las últimas voluntades, con la previsión clara y detallada de todas las consecuencias posibles de su muerte. Seguramente asomaría una sonrisa en los labios de quien le oyera decir:—Yo soy un hombre pacífico... fueron las circunstancias las que me forzaron... es la naturaleza de las cuestiones en que me encontré metido... Y sin embargo, en su conciencia era la verdad. Mas perdonenos la memoria querida: lamentemos el concepto de donde la razón arrancaba, y expresemos la esperanza de que su fin lacrimoso y funesto sirva al menos de advertencia á la generación que se levanta. Pues ¡cómo un pasado de treinta años de fecunda labor intelectual, de nobles luchas, de servicios á la patria, un porvenir de quizá otros treinta años de vida igualmente benéfica, un tesoro inestimable de entusiasmo, de elocuencia y de fuerza, una mente privilegiada, de la cual mil cuestiones altísimas de interés público aguardaban luz é impulso, en la que millones de hombres fundan esperanzas de protección y de ayuda; todo esto, por una palabra, debe exponerse á una prueba en

la cual un paso en falso, la traición de un músculo, la equivocación de un instante pueden destruirlo todo! ¡Ah! ¡es una locura, un error, una vengüenza! Y precisamente este pensamiento es el que acrecienta nuestra angustia; el tener que reconocer que nos encontramos todavía en este punto de barbarie; el tener que confesar que aun reconociendo lo absurdo de esta idea del honor que en un tiempo de tan decantada igualdad se circunscribe en una sola clase social, no se tenga todavía el valor cívico de salir de ella, y que la sociedad culta, que, sin embargo, en su conciencia la condena, tolere, fomenta, acaricie con el auxilio de una ley hipócrita, el necio prejuicio, la tradición del uso estúpido y feroz que la mancha de sangre y la deshonra.

Quizá también pensaba él que en las luchas políticas tuviese el duelo esta justificación: que muchas veces aquieta y reconcilia dos adversarios que se estiman; entre los cuales, de otro modo, sería imposible, ó bastante más difícil, la reconciliación. Esta y cualquiera otra razón podemos admitir para explicarnos su conducta, menos la falta de bondad de ánimo de que le acusaron sus enemigos. ¡Ah! no puede me-

nos de sonreír de tal acusación, y sonreír amargamente, quien sintió su fraternal abrazo después de una larga separación, y sabe cuántas calurosas y fervientes amistades tuvo aun entre sus más apasionados adversarios; quien recuerda la bondadosa y amable expresión de aquel rostro cubierto de cicatrices, cuando abría su alma á las expansiones con los amigos íntimos, sonriente á su vez, con tantas ingenuidades juveniles de su corazón y de su palabra; quien recuerda con cuánta amabilidad, en las familias que le hospedaban, su gallarda mano se apoyaba sobre la cabeza de los niños, y su boca avezada á levantar tempestades exhortase á los jóvenes al estudio, al amor del bien, al culto de la verdad y del ideal. ¡Le faltaba la bondad del alma á Felice Cavallotti! ¡Ah! no lo piensa quien ha visto su frente soberbia inclinada sobre la almohada de los enfermos; quien ha sentido sus sollozos desesperados al lado del cadáver de su hija; quien ha asistido una sola vez á la expansión de su gozo y de su ternura de niño entre los brazos de su vieja madre adorada, que le repetía con tanta dulzura: Félix, Félix mío, sé prudente...— como si presintiese el destino! Era bueno,

y constituye una gran prueba de ello el hecho de que muchas veces cándidamente él mismo se echase en cara, doliéndose, el no poder ser mejor de lo que era. ¡Pobre Cavallotti! No hace mucho tiempo que, contestando á los consejos de un amigo, decíale con ingenua sonrisa:—Ya tú eres mejor que yo.—Pero el juicio fué concienzudamente rechazado.—No, Cavallotti—le respondió.—Yo no soy mejor que tú, no soy tan bueno como tú. Fácil es la bondad para quien lejos de la lucha no se expone á la ofensa que lacera y envenena el alma y no siente en el rostro el hálito violento de los enemigos que, no dándote tregua en la guerra, y negándote toda virtud elevada, te endurecen para la nobleza y para el perdón. ¡Ah, no! Yo sé bien discernir lo que es en tí violencia necesaria y dureza adquirida de luchador, de lo que es primaria y pura naturaleza. De ésta, que es todo oro, tú has salvado en las batallas cuanto era humanamente posible, y lo que te queda es todavía un tesoro que te envidio. ¡Ah, le faltaba la bondad del alma á Felice Cavallotti! Pero si contra mil pruebas de este aserto, sólo posible para el que no lo conociera, existiese sólo aquella inolvidable poe-

sía, aquel desgarrador y divino grito de amor y de angustia que desde el tren de Gallarate lanza al rincón del cementerio donde duerme su hija: si él no hubiera pronunciado en toda su vida otras dulces palabras que aquellas con las cuales se imagina que su criatura siente pasar su dolor y puede responder á la desesperada invocación de su corazón traspasado, si en cincuenta y cinco años no hubiera lanzado su alma más que aquel único grito, bastaría él solo para hacernos creer, afirmar y jurar que fué bueno!

La acusación de falta de bondad y de nobleza, varias veces fué repetida en el último período de su vida. Y en este punto me ocurre hacer una declaración: Yo me he propuesto, conforme á mi estricto deber, conmemorar al nunca bastante llorado ciudadano, libre de toda idea y de todo sentimiento de partido político; pero á riesgo de ser acusado de quebrantar este propósito, debo referirme á la última gran lucha que sostuvo en nombre de la justicia y de la moralidad pública, puesto que el rechazar, por no hacerse sospechoso á los vivos, un honor debido á un muerto, no me parecería generosidad, sino cobardía.

Desde lo más profundo de mi conciencia, libre en este momento de toda sombra de odio y de rencor, sale la voz que me impone un tributo de admiración y de aplauso al campeón de última hora. Día vendrá sin duda, en que se reconozca que hubiera sido una vergüenza imborrable para nuestro país que al menos no se levantara una voz de acusación y de desprecio; y que si esta voz no hubiese quedado sin eco, que si la justicia que ella pedia hubiera tenido curso y cumplimiento, no se hubiera quizás llevado hasta lo último la desatentada empresa del Africa, quizás se habría al menos evitado la matanza miserable que la cerró. *Obra negativa* fué llamada la suya con la misma lógica con que se llamaría negativa la obra del magistrado que, acusando y condenando, quita y no da ciudadanos al país, ó la obra del soldado que, defendiendo la patria en el campo de batalla, mata y no crea.—Ha pasado el límite—dijeron otros,—no debía obstinarse y ser cruel; obliga el respeto aun hacia los caídos por su propia culpa. Y, ciertamente, la palabra es generosa, es la expresión de un sagrado deber de todos hacia los caídos que se arrepienten ó se confiesan, ó ceden las armas y per-

manecen mudos. Mas cuando los caídos levantan la frente y amenazan, se rebelan contra la justicia y contra la suerte, provocan la conciencia pública é intentan engañar ó obscurecer la historia, el obstinarse en la lucha es deber de conciencia y necesidad de vida. Y puesto que hubo tantos sacerdotes de la Prensa que mientras él sostenía solo aquella áspera batalla, blanco de mil golpes y cubierto de vituperios, le aplaudían en su conciencia y encubiertamente le animaban y le deseaban la victoria, pensando quizás en su corazón que si ellos hubiesen tenido su independencia, su ingenio y su valor, no por amor á la justicia, sino por desembarazar el camino para otras ambiciones, hubieran sostenido la misma lucha con pertinacia aún más implacable; puesto que se vió á tantos de ellos lamentar su muerte y cantar alabanzas á su vida sin arriesgar ni siquiera tímidamente un elogio á su última obra, cumplamos nosotros más resueltamente nuestra deuda, afirmando en alta voz, y con toda la energía de nuestro corazón, que aquélla fué la más fuerte, la más honrada, la más admirable página de su vida.

Y si todavía alguna vez, si todavía mu-

chas veces, al flagelar á los traficantes de la propia conciencia y á los depredadores del dinero público, se hubiera él excedido —suponiendo que en esto quepa exceso— mucho, todo se debería perdonar á quien en este respecto era uno de los pocos invulnerables y puros, y de los poquisimos en quienes la pureza fué verdadero mérito. En toda su vida se ve rastro ni indicio de acto alguno cumplido por puro interés material. Todo lo dió á la patria y nada solicitó de ella. Dedicándose á la política, se desposó con la pobreza. Y no se dió á la política, como otros, para ser dado de baja en el arte y en las letras; se entregó á ella en el colmo de sus triunfos de artista. Tuvo ofertas de cátedras y las rechazó; hubiera podido obtener ganancias de su fecunda pluma de publicista, y se abstuvo por dignidad de tribuno; hubiera podido alcanzarlas de las obras dramáticas, sólo con que hubiera aflojado algo en su trabajo político, y no lo hizo por altísimo sentimiento de su deber de ciudadano. Aquellas prolongadas polémicas, que se decían inspiradas por espíritu de ambición y de orgullo, no eran para él solo un esfuerzo doloroso del ánimo, sino un gasto enorme de tiempo y de

fuerzas, que luego tenía que descontar en privaciones de comodidad, de libros, de ansiadas expansiones. Su gasto diario era el de uno de los más modestos empleados, su habitación en Roma un cuarto de estudiante, su quinta de Dagnente una pobre casilla; y en el vestido no se le distinguía nunca de un operario de buen jornal. Y, sin embargo, nunca, nunca pronunciaron sus labios una palabra de enojo, jamás una expresión vaga de aspiración á una vida más holgada y más señoril. De una sola cosa se lamentaba de cuando en cuando: del arte del cual se había tenido que separar. Pero por más que dijera, entre las dos divinidades enemigas, el arte y la política—la una bella, espléndida, sonriente, que lo llamaba—la otra austera, dura, celosa, que lo retenía—era ésta la que él amaba con más ardiente amor—era la tirana ingrata y despiadada que le torturó y le dió muerte.

¡Qué existencia! Recorrámosla con una mirada. ¡Qué portento continuo de acción, de pasión, de trabajo! Hay una frase de una carta suya que define su vida. Aquí estoy — escribe á un amigo — en medio de una tempestad de cosas, que me enloquece. Y esta tempestad duró toda su

vida; y nadie podrá imaginar cuán tempestuosa fuese ésta si no vivió á su lado algún tiempo. La mayor parte no conoce más que su trabajo asiduo en el Parlamento, su actividad insuperable en los periodos de lucha electoral, sus viajes fatigosos por remotas provincias para fines de propaganda y de información, y su producción extraordinaria de publicista; mas al propio tiempo, con la obra pública, dirigía otra que solamente conocen pocos, y era el patrocinio generoso de causas obscuras y de desconocidos oprimidos, era una correspondencia cortés y pronta con innumerables amigos, pretendientes desconocidos de todas castas y naturalezas, eran visitas y viajes por todas partes, donde fuera reclamado para consolar una desgracia, para arreglar una diferencia, para proferir una palabra útil. Y entre una y otra de estas infinitas atenciones públicas y privadas encontraba tiempo para nutrir con nuevos estudios su espíritu, para recoger documentos sobre las cuestiones del día, para dar forma poética á sus gozos, á sus tristezas, á sus ensueños. Algunas veces bien necesitaba refugiarse en su casita de Dagnente para tomar respiro; mas hasta allí llega-

ban de todas partes, los telegramas, las cartas, los ruegos de todas clases que en pocos días le envolvían y le empujaban al trabajo. Una voz inexorable apenas cerraba los ojos, le gritaba:—Despierta, escribe, habla, lucha, anda.—Estoy cansado—respondía.—Haz un esfuerzo.—Estoy enfermo.—No importa.—Mas así me acorto la vida.—Es tu destino.—Y se despertaba, escribía, hablaba y combatía.—Decía últimamente en Turin, pasándose una mano por la frente con un gesto suyo habitual:—¡Ah! si pudiera descansar un año... algún mes... Pero no puedo.—Y parecía resignado. Un solo pensamiento turbaba su espíritu: el pensamiento de una vejez enferma, en la cual no hubiera podido trabajar, ni luchar, teniendo que permanecer en un rincón, inútil como una espada mohosa. Y añadía:—¡Antes prefiero morirme! Desdichadamente, se cumplió su deseo. La noble espada no se enmoheció, se rompió, y pasará mucho tiempo, por desgracia, antes de que sobre el campo de batalla donde él cayó, brille otra tan valerosa, tan tersa, tan gloriosa.

Mas él fué muy otra cosa, y mucho más que la espada de un partido. Más alto fué

su destino, más alta la misión que realizó. Con derecho fué llamado el continuador del pensamiento de Garibaldi, no circunscrito en una fórmula precisa, sino amplio hasta comprender todas las aspiraciones de los nuevos tiempos. Sobrevivió y habló por su boca la juventud ardiente de la revolución italiana, con todos sus más sagrados entusiasmos, con todas sus más luminosas esperanzas. En toda manifestación de su inteligencia y de su corazón hay una indicación vaga, pero calurosa, á algo más grande que no sea el concepto abstracto de la libertad ó una determinada forma de gobierno. Á cada paso se desatan su espíritu y su palabra de los vínculos estrechos del programa político del presente y se lanzan hacia el porvenir. Dijo él un día: —No siento necesidad de cambiar de ideal— mostrándose en estas palabras de cuerpo entero. Su ideal abarcaba vagamente todas las necesidades y todas las reivindicaciones populares de nuestra edad. Si él no combatió más que por la libertad y por la justicia es porque comprendió que eran éstas las primeras batallas que era preciso ganar, y consideraba prudente no perder fuerzas en un campo más amplio, cuando todas eran

necesarias para sostener en alto su bandera. Mas en su alma se recogían y brillaban en una sola invencible pasión el odio contra todas las injusticias, la piedad para todas las miserias, el sentimiento de todos los derechos, el amor de todos los pueblos. Comprendió, sintió, preveyó más que dijo; mas lo que no dijo, fué comprendido. Y aunque su voz no pronunciase el nuevo *verbo* de las multitudes, sonó en el corazón de éstas como la voz de un hermano, y su muerte fué luto y llanto del pueblo, y sobre su féretro se posó con los homenajes de los Parlamentos y con las flores de la juventud estudiosa, con las coronas de la Italia irredenta y con la palma del martirio de Cuba, el saludo amoroso y triste de todos los trabajadores del mundo.

Si, conviene remontar hasta los más grandes fautores de la unidad de la patria para encontrar una muerte tan sincera y universalmente sentida, y que haya dejado entre nosotros el sentimiento de un vacío tan grande y tan doloroso. Y ninguno ciertamente se alegra, ni aun entre sus más acerbos enemigos, nadie que sienta nobleza y caridad por su patria, porque todos sienten que ha caído una fuerza, que se ha

apagado un rayo, que ha desaparecido una gloria viviente de ella. Y esto sólo nos consuela; que lo que él nos dejó — el ejemplo — ni el tiempo ni el acaso nos lo pueden arrebatar. Será recogido y será fecundo. La juventud de todas partes y de todas las creencias algo tiene que aprender y que imitar de él. Fué soldado, tribuno, maestro; despreció la riqueza, no ambicionó el poder, no aduló á la fortuna, no disimuló, no vendió, no hizo mercancía de su fuerza; fué bueno, abierto, intrépido; fué fortísimo contra toda especie de dolor y de peligro, y fué poderoso y pobre, ilustre é incorruptible. Sí, tal fué él, y las futuras generaciones lo sabrán; tal fuiste tú, ¡oh Felice Cavallotti, te lo repetirá todos los años en el día de tu muerte, como te lo dijo tu patria en el primer arranque de dolor, enviando un beso de madre á tu hermosa frente inanimada! Y así sea seguido tu ejemplo como será venerada tu tumba y glorificado tu nombre: y en el de cuantos te amaron y te lloran, Felice Cavallotti, exclamo: ¡sea bendita tu memoria!

Á GUSTAVO MÓDENA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



A GUSTAVO MÓDENA

(AL INAUGURARSE UN BUSTO SUYO EN TURÍN)

HE ahí cuál fué, en la madurez de la vida y del genio, admirablemente retratado, el artista grande, el ciudadano fortísimo. Para ambos á dos es esta una hora de gloria. Como el actor veía en su auditorio un pueblo y más allá del teatro á Italia, nosotros vemos en su conmemoración presente el apóstol y el soldado de la libertad, y sobre la corona del artista la aureola del patriota.

Italia y el arte fueron sus afectos supremos, á la redención de ambas consagró todas sus fuerzas; mas no las amó con igual afecto: resueltamente, y en toda ocasión, antepuso la Madre á la Diosa.

Símbolo de su doble esfuerzo fué él mismo, cuando en Roma asediada, confidente de Mazzini triunviro, recitó en beneficio de

los heridos, mientras el cañón tronaba en las murallas, y en los caminos próximos á la ciudad vibraba el sonido de las trompetas. Entre las ansias y los peligros de la guerra llevaba á cabo un acto benéfico en provecho de la patria por medio del arte: tal fué su vida. Y de esta suerte estrechamente se juntaron en él el ideal del artista y el intento del ciudadano, la potencia del genio y la fortaleza del ánimo; que nadie podrá, sin ofender á la razón y á la justicia, escindir una virtud de otra en la admiración que se le tributa.

En el David de veinte años con que se inauguró soberbiamente en Venecia dos años después de que naciera Adelaida Ristori, cuatro años antes de que viniera al mundo Tomás Salvini, palpita todavía el intrépido estudiante de Pádua, á quien una santa indignación lanza con violencia, inerme, contra las bayonetas alemanas, de que tiene desgarradas sus carnes. En el ciudadano de Gante, despreciador de la muerte, se agita el patriota de 1831 que quiere morir bajo las ruinas de Ancona y que en la defensa sangrienta de Cesena arriesga entre los más temerarios la vida. Vestido con el antiguo traje florentino, cuando el pri-

mero entre los extranjeros hace cara y presta voz á las iras magnánimas de Sordello y de Farinata, él es el desterrado doloroso que Dante escruta «descendiendo en sí mismo», y en las calamidades de la Italia de sus días comprende el espíritu del sagrado poema. Y todavía es el defensor valeroso de Treviso y de Palmanova que nos aparece bajo el uniforme del sargento Guillermo; es el potente orador de la Asamblea constituyente toscana, sostenedor de la unión inmediata á Roma, que truena con la elocuencia inflamada de Cayo Graco; y en el diácono de Rávena, que narra al rey Carlos el paso atrevido de los Alpes, mientras el autor de los *Adelchi* escucha y admira, habla el desterrado sin asilo, que cruza á pie las montañas del Jura, desgarrado y hambriento, pero no postrado de ánimo, devorado por la fiebre, pero sonriendo de amor á la heroica y dulce esposa que le acompaña.

Es en verdad dudoso determinar el aspecto bajo el cual se le debe hoy rendir mayor honor. Noble, admirable es el artista eximio á quien, habiéndole ofrecido la dirección de la Real Compañía sarda, rehúsa al lucro y al honor por mantener pura

su conciencia republicana, y va de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, príncipe errante y solitario del arte, no pidiendo al arte más que la vida, y arrastrando su gloria como una cruz. Mas no menos admirable que el artista es el rebelde que, amenazado por la cuerda austriaca y por el puñal romano, cargado de cadenas en Mesina, escapado por milagro á Francia, vuelve á desafiar al verdugo en la Romaña insurreccionada, donde no pone en salvo su cabeza mas que para arriesgarla otra vez entre los primeros en la insurrección de la Saboya. Pero no menos admirable que el rebelde es el proscripto cooperador de la *Joven Italia*, que arrojado de Marsella á Berna, de Berna á Bruselas, de Bruselas á Londres, ejerciendo el comercio más humilde, rechazando auxilios, ganándose afanosamente el pan, lleva alta entre todos la dignidad de su bandera y de su desventura. Y más grande que el actor triunfante en el pleno esplendor de su fama, entre los frenéticos aplausos de Milán redimida, es el actor de 1848, al cual, los primeros anuncios del despertar de Italia confunden el corazón y truncan la palabra al acercarse á las candilejas; es el Director de compañía que es-

cribió á su compañero de arte y de negocios:—*Guerra y revolución disuelven todo contrato*,—y despreciando dinero y coronas, acude por cuarta vez, soldado de la patria, donde humea la pólvora y la sangre.

Ciudadano y artista, tuvo dos grandes propósitos: elevar el arte á un apostolado de renacimiento nacional, haciendo de las tablas tribuna del amor patrio, altar del heroísmo y ludibrio de la tiranía; y regenerar el arte mismo, volviéndole á la verdad sin desviarle de aquel ideal de belleza y de grandeza, que fué el sol de su alma.

Mas conviene recordar lo que eran el arte y el teatro cuando, de vuelta del destierro, se dedicó al trabajo, para comprender qué cúmulo de dificultades le estorbaban el camino, qué vigor de espíritu y de constancia tuvo que desplegar para superarlas, y cómo él sólo llegó á tanto que, notable ya por sus atrevimientos, por sus dolores y por su invicta fe italiana, recogía en sí el respeto y la simpatía de las distintas clases sociales, concordes en el sentimiento de la patria, divididas en el sentimiento del arte.

Decadente el reinado de la tragedia

clásica y de la comedia goldoniana, y todavía no apreciadas mas que por las personas cultas las obras italianas de los nuevos ingenios y las pocas buenas que venían del otro lado de los Alpes; apasionada la multitud por un bastardo romanticismo dramático, en el cual, sobre los pocos actores selectos que, aun subordinándose á lo falso, miraban á la verdad, prevalecía un tropel de histriones amanerados é hinchados como el lenguaje de sus héroes; misérrimo por esto mismo el estado de la mayor parte de las compañías cómicas, prefiriendo la aristocracia el teatro francés y la burguesía la música, á la cual el teatro en prosa era aún más que ahora inmolado; completamente distintos, por último, sin comparación con lo que hoy sucede, por estar desmembrada Italia, los gustos de las varias poblaciones que de la escena sacaban el presentimiento, la preparación, la inminencia de los grandes acontecimientos políticos: tales eran el teatro, el arte y el público cuando Gustavo Módena aparece.

En un campo tan áspero, contra tantas fuerzas contrarias, tuvo que combatir y combatió toda la vida.—¡Memorable ardimiento!—como dijo Leopardi de Alfieri.—

Le arranca el fruto de ocho años de trabajos el fisco austriaco, que se apodera de su caserío de Treviso; se ve obligado á viajar de una á otra ciudad de Italia con la cautela de un fugitivo para evitar los Estados donde es considerado como bandido; es relegado, por último, dentro de los confines del Piamonte y de la Liguria y no tiene más remedio que descender hasta los teatros más míseros; y con la salud quebrantada, todos los inviernos se refugia en su asilo de Torre Pellice, de donde lo lanza á la escena y de la escena al comercio, la necesidad; mas no por esto pierde su ánimo nunca. Altivo é indomable, lucha con las despóticas censuras, con los municipios avaros, con los empresarios mezquinos, con las compañías privilegiadas, con poblaciones indiferentes ó, por espíritu de partido, malévolas que le envenenan el gozo de los triunfos, y luchando, sin embargo, y peregrinando sin tregua, trabaja y crea sin descanso. Crea personajes, educa alumnos, adivina ingenios, anima á autores, propone y discute asuntos de dramas, recorre todas las literaturas dramáticas, comenta y traduce, escribe de política y de arte, sueña hasta en sus últimos días para la resurrec-

ción del teatro con una compañía libre, y solamente en el lecho de muerte, después de haber provisto al porvenir de su mujer adorada que solloza sobre su corazón, encuentra, finalmente, reposo. Tan tempestuosa como fué su vida, fué serena su muerte; quebrantado por tantas fatigas, se duerme sin pesar, y sobre su semblante trágico, último reflejo de la conciencia pura, queda una sonrisa.

¿Cuál fué su arte? Sería atrevimiento el intentar describirlo con vagos recuerdos de la adolescencia. Mas ¿quién lo podría hacer dignamente?

Diciendo, como otro dijo, que clásico y realista al mismo tiempo, é innovador sin romper ninguna tradición de la escuela antigua, estudiaba los grandes personajes en la historia, en la literatura, en su alma propia, y les daba vida sirviéndose con sagaz penetración de su varia y profunda experiencia de la misma vida humana y que les daba con eficacia insuperable el calor de sus gallardas pasiones, se dice la armonía y la profundidad de sus facultades artísticas, no la originalidad estupenda de su declamación.

Diciendo que, maestro incomparable en

el arte de modular el verso y el periodo y de dar al estudio prolijo la apariencia de la inspiración espontánea, acopló á una movilidad maravillosa del rostro una voz que le permitía salvar los pasajes más arduos y las notas más altas y terribles que puedan brotar del pecho humano; que si su figura poderosa se erguía como la forma ideal de la majestad y de la fuerza, se plegaba también y se empequeñecía hasta el aspecto más digno de compasión de la enfermedad y de la miseria, y que su paso hablaba y su gesto esculpía y sus ojos despedían rayos, se dice todo lo que de otros grandes actores se haya dicho.

Y quien lo describiera en la representación entera de un personaje, recordando, como alguno hizo, las voces, los gestos, los pasos, toda idea propia suya, nos daría á conocer siempre una sola de las cien facetas de su genio, el cual, desde Lindoro á Saúl, desde Luis oncenno á Edipo, ascendió toda la escala interminable del drama, como en la dicción magistral de la *Divina Comedia* se remontó desde Vanni Fucci á San Pedro.

Podríamos acumular imágenes sobre imágenes, y haríamos para quien no lo en-

tendiera trabajo inútil, como el definir con palabras á quien no lo vió lo que distingue de otros mil el rostro de un hombre. No existe juicio de los venideros para el arte que rehace más vivamente la vida. Gritos de dolor y de ira que levantaban á la multitud como á la voz misma de la patria, y en los que parecía difundirse el odio de una generación entera contra la tiranía; estallidos de llanto desesperado que hacían palidecer á mil semblantes, centelleos de la palabra que iluminaban rincónes ignorados del alma y alturas no vistas antes del pensamiento, del cual era él intérprete, y ademanes nobles y soberbios como formas estatuarias de Miguel Angel, todo eso ya no existe sino en la mente de algunos, nacidos en la primera mitad del siglo, y dentro de pocos años habrá desaparecido completamente hasta de la memoria de los hombres.

Desaparecidos, pero no perdidos.

Así como no se pierde el agua fecundante que la tierra bebe, y esparce humor vital por las fibras de las hierbas y de los árboles, tal acontece con todo lo que constituyó su gran arte: los acentos, las actitudes, las miradas, trasladados en fuerza de pasión y de idea á la generación que las vió

y los oyó, obran todavía, herencia ignorada, en la generación presente, y en mil ecos y reverberaciones viven aún en el arte de hoy y perdurarán en el arte del porvenir. El arte se transforma y sigue adelante; pero Gustavo Módena no muere. Sobre la frente de los innovadores más atrevidos brilla un rayo de su espíritu; y mientras en el teatro italiano se rinda culto á la verdad y á la grandeza, en cada representación de las obras maestras que él marcó con el sello de su genio, se verá pasar en el fondo de la escena la sombra enorme de su cabeza.

Mas no solamente en el arte y en nuestro espíritu perdura: permanece gran parte de su alma en aquel incomparable epistolario, en que más que la argucia inextinguible y la cultura variada, y el vigor ágil de un estilo exuberante de vida, se refleja lo que hasta sus más fieros adversarios políticos se ven obligados á admirar: la sinceridad profunda y la firmeza indestructible de su fe.

Republicano fué en el fondo del alma, desde su primera juventud hasta la muerte, y defensor de una política abiertamente revolucionaria, aborreciendo todo

auxilio extranjero que no procediese también de una revolución que tendiera á formar una confederación europea de repúblicas. Y lo cierto es que cuanto él pedía, hubiera sido prudente y actuable si todos los italianos hubiesen tenido mente y fibra igual á la suya. Esto lo creyó Módena firmemente, como lo creyó su maestro; por lo cual, le pareció verdad asequible aquel ideal que, conforme con la sentencia de un grande hombre, es la verdad vista de lejos. Y alejada tenían entonces la verdad de la fe suya, las multitudes no preparadas para aquella forma de gobierno libérrimo, é impotentes para aquel obrar independiente, unánime, heroico, fuera del cual él no veía salud. El desengaño le traspasó; y de esto, que él estimó error y desventura de su pueblo, no de miserables ambiciones fallidas, no de estrecho resentimiento de orgullo ofendido, derivó la amargura iracunda que le hizo tan fieramente severo con sus contemporáneos y con la obra de éstos. Y, sin embargo, su dolor es noble, la ira generosa; y el grito que se levanta de su conciencia espartana contra el servilismo y la corrupción que dan de sí ya las primeras señales, es grito de profeta. Y en vano

hace profesión de escéptico: se enfurece é impreca porque sufre, y sufre porque todavía ama; y en su risa despreciativa palpita un rugido, y el sarcasmo atroz que arranca de sus labios destila sangre de su corazón.

¡Ah, cuán diversa es la obra del hombre de las palabras que dicta su cólera! Dice:—Desprecio al prójimo, siento náuseas de todos y de todo;—pero, cansado y enfermo, y pudiendo apenas proveer á sus necesidades, recita en beneficio de sus compañeros de arte y de Sociedades de obreros, socorre á los emigrados y proscritos, y hasta pocos días antes de morir ofrece su pobre bolsa á cuantos náufragos del teatro le tienden la mano. Escribe:—Italia ha muerto: es necedad sacrificar á los poquísimos buenos para la regeneración de los muchísimos malos;—pero se suscribe á los empréstitos para la causa italiana, auxilia periódicos, funda sociedades de tiro al blanco, da su óbolo y su consejo para apresurar todo movimiento en que aparezca un rayo de esperanza, y la noticia de los suplicios de Mántua le arranca del alma lacerada lágrimas de sangre. Afirma que el nombre de su patria se le ha hecho odioso y que

quiere refugiarse y hacerse enterrar en un rincón de Suiza donde no le oiga resonar siquiera;—mas, invitado para ir á América, donde podría asegurar la holgura para su vejez, no tiene el valor de separarse de su país y, enojado contra si mismo, rehúsa y se queda en su desierto, donde se levanta antes de ser de día para sacar agua y encender el fuego. En un ímpetu de rabia grita:—Mejor la casa de Ausburgo, que con razón nos trataba como á negros;—mas cuando en nombre del Archiduque Maximiliano le ofrecen el salvo-conducto, honores y ganancias para que vaya á representar á Milán en poder de los austriacos:—No—responde;—antes el hambre!

Tal era en el fondo este pobre y gran corazón herido, que en las palabras maldecía de la patria y renegaba de la humanidad; tal era esta alma en estado de perpetua tempestad, este artista glorioso y lleno de desdén que, si el teatro le hubiera cerrado las puertas, hubiera llegado á ser un escritor ilustre; que si á pruebas más elevadas le hubieran arrastrado los hechos, habría sido un héroe; que si le hubiera cabido en suerte la riqueza, la hubiera usado como aquellos bienhechores insignes

que la historia recuerda y los pueblos bendicen.

Hermoso es que se levante un monumento en honor suyo en la capital del Piemonte, que fué el último refugio de su vida errante y campo de sus últimos triunfos. No menos que el que surgirá en su Venecia nativa, será respetado y amado éste por el pueblo que le ha esperado hace treinta años. Y la juventud vendrá á contemplar reverente esta frente que jamás se plegó, estos ojos en los que resplandeció el genio, esta boca que no mancilló ni la adulación ni la mentira, este pecho en el cual palpitaban todos los dolores, todas las iras de la Patria oprimida, y que con igual valor desafió la tiranía, soportó la pobreza, luchó por el ideal y afrontó la muerte...

¡Quede aquí, pues, perpétuamente, oh venerado maestro, tu imagen, fiada al cuidado amoroso de Turín, que recogió tu último suspiro y custodia tus huesos; quede invulnerable por siglos al beso del sol y de la gloria, y de su boca de piedra expire todavía á las generaciones venideras el soplo de tu alma libre y grande!



EN MEMORIA DE MI MADRE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EN MEMORIA DE MI MADRE

Es como el recuerdo de un sueño de remotos tiempos; mas, no como los otros, obscuro y fugitivo, sino de un sueño resplandeciente que está en el horizonte de la memoria como un sol enorme y terrible.

Aquella estancia en desorden, aquel querido semblante cambiado, el médico, la Hermana de la Caridad, el agitarse de los parientes, el rayo de sol que entraba por la ventana con el ruido de carruajes y la voz despiadada de la ciudad alegre, y luego la quietud profunda, las flores, los hachones y los amigos, y el carro negro y las «Hijas de María» y la calle llena de gente; hé aquí la visión inmóvil, eterna. Puede mudar de aspecto la tierra; aquélla permanecerá; ninguna otra, por espléndida ó tremebunda que fuese, podría obscure-

cerla. Si en algún momento se desvanece, poco después se alza más lúcida y más evidente, como si cada hora que pasa, la acercase en vez de alejarla con el tiempo. La voluntad la arroja fuera alguna vez; mas poco después la busca el corazón, y es para él un triste consuelo, que mientras el pensamiento se fija en ella, sienta destilar la sangre por su herida.

Hay dolores que no tienen consuelo posible más que en sí mismos. Hacer de ellos un alimento de la propia vida, es el único modo de evitar que la envenenen. Dice el poeta:—«Abre al dolor las puertas del corazón como á un amigo.»—Es exacto. Si no le amáis, no tendrá piedad. Ven, pues, ¡oh amigo austero!

Sí, venid, pues, á ensanchar la herida, oh memorias cándidas de la infancia, imágenes innumerables de su rostro, inclinado ansiosamente sobre nuestra camita de enfermos, radiante con nuestros goces, afligido con nuestros pesares, pensativo con nuestros estudios; resonad en nuestra alma, oh dolorosas palabras de adiós, sollozadas en nuestras despedidas, y divinos gritos de amor con que saludaste nuestros retornos; volved todas al pensamiento, oh santas pa-

labras de consejo y de consuelo, llenas de dulzura y de sabiduría, sencillas y profundas como su alma; cartas adoradas de caracteres temblorosos que durante treinta años llevasteis á todas partes del mundo el latido de su corazón, y en las cuales nuestra boca besó las huellas de sus lágrimas; ademanes, miradas, caricias, acentos de la voz amada, cada uno de los cuales desterró de nuestra alma un pensamiento in noble ó un sentimiento triste y despertó un dulce arrepentimiento, una tranquila resignación, un propósito honrado. Venid, oh recuerdos de las largas horas que ella veló en la soledad de la noche espionando el ruido de nuestros pasos, de los sacrificios realizados con secreta alegría para sacar de sus estrecheces algo con que atender á nuestros caprichos; de los padecimientos disimulados con fortaleza heroica por no turbar nuestro trabajo y nuestras alegrías. Venid, oh suaves memorias de sus indulgencias, de sus perdones, de sus piadosos silencios, de sus generosas indignaciones contra toda iniquidad humana, de su piedad ardiente por todos los infelices, de su caridad respetuosa y tímida con los pobres, de sus calurosos entusiasmos por toda cosa

bella y grande; sentimientos súbitos, ingenuos, juveniles todavía hasta en sus últimos días, como si en su vida de ochenta años, probada con grandes dolores y trabajada sin tregua por su misma bondad, no hubiera ella conocido del mundo otra cosa que la virtud y la belleza; venid á hacernos inclinar más profundamente la frente bajo el peso de la desventura, á hacernos sufrir y pensar todavía, á esprimir de nuestro corazón hasta la última lágrima que pueda dar la más íntima fibra.

Murió como vivió. Cada uno de sus últimos actos, cada una de sus últimas palabras, fué la expresión de una de sus virtudes, fué como un sello que ella puso á su vida.

Como había amado á todos, siempre y con todos había sido buena, con una bondad maternal que no veía diferencias de condición social, sino para ser más amable con los más humildes; así, en sus últimas horas, buscaba con la mano la cabeza de todos, pedía con el mismo ademán amoroso el beso de sus hijos, de la monja que la asistía, de la muchacha que la servía: su co-

razón difundía ternura y gratitud hacia todos lados igualmente, como la llama de la luz.

Como nunca había temido á la muerte, como siempre se había mostrado intrépida contra todo peligro que amenazara á ella sola, y bajo cualquier dolor que sólo á ella hiriese, había inclinado siempre la cabeza sin lamentarse, así, cuando sintió que su fin se acercaba, sin un temblor en su voz, sin una sombra de tristeza en los ojos, con un acento inexplicable de dulzura y de tranquila resignación, que resonará en mi corazón toda la vida, dijo: —*Es preciso morir.*

Como el pensamiento de sí misma había sido siempre el último de sus pensamientos, como el orden de la casa y las comodidades de sus hijos habían sido siempre su primer afán, y hacía constante estudio de no pesar nunca sobre nuestra libertad, el no separarnos jamás un momento de nuestras familias, ni siquiera en sus enfermedades, así, apenas recobraba un rayo de inteligencia, al reconocernos, comprendía vagamente que la regularidad de nuestra vida se turbaba y nos preguntaba á cada

paso con inquietud:—*¿Habéis comido?... ¿No tenéis nada que hacer?... ¿Qué hacéis aquí?... Idos, idos con vuestros hijos.*

Y su último pensamiento, su última palabra fué de queja, no por el mal que la mataba, sino por el dolor que su mal nos causaba. Apenas podía hablar, hizo un esfuerzo para articular las palabras, las pronunció sílaba por sílaba, no las entendimos al pronto, las repitió hasta que logró hacerlas comprender, y fueron éstas... ¡Oh bendita y santa madre mía! Fueron éstas:—*¡Cuánto os hago sufrir!*

Luego ya no habló más.

*

Adiós última esperanza ligada todavía al corazón por un hilo tenuísimo: también este hilo se ha roto. Y comienza aquel vagar por la casa, de habitación en habitación, á ciegas, para huir del pensamiento desesperado que nos persigue, que se nos pone delante en todas partes, á cada paso, en infinitas sucesivas apariciones de su imagen, que surge de entre las flores que ella solía regar, que brilla en el espejo delante del cual arreglaba sus blancos cabellos,

que se aparece con la palmatoria que ella limpiaba todas las mañanas, de la silla donde reposaba todas las tardes, del libro aún abierto, que no acabó de leer. Todos los objetos que ella vió, cuidó, tocó durante tantos años, todo toma vida y parece que sabe, y que tiene el sentimiento de su fin y del propio, y dice en voz baja:—*¡Ya no volverá!*—Cinco días antes, con trabajo, pero sin apoyarse, venía todavía hasta el fondo de este pasillo para acompañarnos á la salida. ¿Es posible? ¡Qué felices éramos entonces! ¡Qué hermoso era el mundo! Cinco días, y parecen cinco años. Días, noches, auroras y ocasos se sucedieron apenas vistos y casi confundidos uno en otro, como si con la vista se hubieran confundido en nosotros el concepto del tiempo y el sentimiento de la naturaleza. El cielo está aún negro y esmaltado de estrellas; desde la terraza se ven aún las calles de ordinario sumergidas en la sombra, en las cuales de cuando en cuando suena y se pierde el ruido de un paso solitario: sólo en el horizonte, detrás de Superga, una vaga blancura anuncia el alba. ¿Para qué? El rayo del sol no la encontrará ya sentada como todas las mañanas, cerca de la ven-

tana, no besará más su dulce semblante que le sonreía como á una promesa de paz. El sol, las colinas, Turin están sepultados para ella en la noche eterna... Mas ¿es verdad? ¿Es verdad? ¿No es una ilusión lo que he visto y oído en la habitación de donde acabo de salir, aquellos ojos cerrados, aquel estertor, aquellas caras sobre las cuales no existe signo alguno de esperanza?... Vuelvo de puntillas, entreabro la puerta con afanosa duda, asomo la cabeza... ¡Es verdad!

¡Ah, el dolor que nos causa la muerte de nuestra madre, es cual interminable *via crucis*, donde en cada estación el alma siente que aquél se engrandece más y más, cuando creía haberlo ya comprendido y sufrido todo!

El adiós supremo os parece haberlo dado cuando se pierde la última esperanza, pero ella os ve, os conoce, os habla todavía, es *ella* aún; su alma está todavía enlazada á la vuestra, y cuando la boca no dice ya nada, los ojos siguen diciendo que os queda su amor infinito.

Más doloroso es el adiós que le dáis

cuando la conciencia se ha desvanecido, cuando los ojos no tienen ya mirada y la boca ya no puede besar, cuando os dicen que no siente ya ni vuestra caricia, ni vuestra voz, y que no le estremecería ni siquiera una fibra el grito de vuestra desesperación.

Sin embargo, respira, se mueve todavía; aquel pobre rostro blanco tiene aún estremecimientos que parecen un esfuerzo por sonreír; aquel corazón angelical sigue palpitando bajo vuestra mano, y aquellos latidos os parecen palabras incomprensibles, pero dirigidas á vosotros, como si un último resto de su conciencia de madre se hubiera refugiado en su seno.

¡Ah! el supremo y terrible adiós se lo dáis cuando la mano que toma el pulso le abandona, y os indica que ya no existe la madre; cuando, inclinándoos desesperadamente para besarla, no sentís su aliento y veis que su rostro no es más que una imagen. Un abismo se abre entre el momento anterior y aquel momento solemne; y más allá de éste no veis más que un desierto tenebroso por el cual huye y os parece que huirá eternamente vuestro espíritu fulminado por el dolor. ¡Muerta! ¡Muerta! La

palabra inmensa retumba en nuestra alma como un estallido del mundo y os parece haberlo perdido todo, excepto la facultad de oír eternamente aquel grito...

Y, sin embargo, en aquella angustia mortal, algo os queda todavía: véis todavía su semblante, no alterado ya por el espasmo, quieto, otra vez hermoso, como en los días más serenos de la vejez, y podéis aún, hablándole desde vuestro corazón, mirándola como la habéis mirado durante cincuenta años, encontrar en su aspecto mil memorias como en un espejo de toda vuestra vida; podéis aún cubrir aquella frente de besos y de lágrimas como cuando en ella refulgía el pensamiento.

No, no son aquellas las lágrimas más ardientes que deben derramar vuestros ojos; las más ardientes surcarán vuestras mejillas cuando perdáis para siempre su rostro, cuando se cierre sobre su cuerpo la memorable puerta que no vuelve á abrirse, y el martillo de la muerte os clave en el corazón los clavos con que ésta toma posesión de su presa. ¡Adiós, dulce rostro que ya no besaré más! ¡Adiós, manos queridas que mecisteis mis sueños de niño! ¡Adiós, seno amoroso, del cual saqué la vida y todo

lo que tengo de más fuerte y de más noble en el alma!

Entonces os parecerá no poder sufrir ya más. Y, sin embargo, no, el momento más triste no ha llegado todavía. El rostro está tapado, el cuerpo está encerrado; pero aún está allí, la casa os parece aún suya, podéis decir volviendo á ella: Allí encontraré á mi madre.—Podéis decir: ¡Todavía es nuestra! El golpe más cruel lo recibiréis cuando vengán á llevarla; os parecerá que en aquel momento es cuando la perdéis verdaderamente, al decir: Ya deja su casa para siempre, baja estos peldaños para no subirlos jamás, abandona todas sus cosas, no tendrá casa, se va, va á dormir á otro lado, lejos de nosotros y donde tendremos que ir á buscarla á casa ajena, como si nos la hubieran robado y escondido.

Mas mientras esto decís, estáis á su lado, podéis decir: Aquí está, aquí dentro, la seguiré, andaré el camino que haga ella. Tenéis no sé qué consuelo digno de compasión, no sé qué ilusión insensata, diciéndoos á vosotros mismos, como cuando estaba viva: Acompaño á mi madre. Mas cuando esto que la encierra desaparezca también donde no hay ni aire ni luz, cuando entre ella

y vosotros se amontone la tierra, cuando de aquello que es suyo no veáis más que las flores que llevaba el féretro, cuando os digan: ¡vámonos!, cuando tengáis que verle la espalda, dejarla sola, sola en medio de aquella multitud de gente desconocida é invisible, sola en las tinieblas, sola en el silencio, ella, vuestra madre, la amiga, la dulzura, la fuerza, la poesía, el amor más puro y más santo de vuestra vida... ¡oh, el adiós supremo solamente entonces es cuando se lo dáis, las lágrimas más desesperadas las derramáis entonces; toda su bondad, todo el cariño que os tuvo, todo el bien que os hizo, todo lo que habéis perdido, hasta entonces no lo sentís!

La tierra cayó también sobre mí, y sepultó el último resto de mi juventud. Había sobre mi cabeza alguna cosa hacia donde podía levantar la mirada y el pensamiento; ahora, encima, no tengo más que el cielo. Doquiera fuese, cualquiera cosa que hiciera, sent a una mano sobre mi frente; aquella mano se ha retirado, mi frente está indefensa y me encuentro como sobre un escollo en medio del mar, donde no puedo

mirar en derredor sin sentir una sensación fría de soledad, semejante al desaliento del naufrago. Y el aspecto, el valor de todas las cosas se ha cambiado. Escribiendo, pienso: ya no leerá más;—yéndome: no me esperará;—experimentando un placer: no se lo podré decir. Todos aquellos días felices, el día de año nuevo, el día de su santo, el cumpleaños, que tan querido era para mí porque para ella era alegre, se me representan tristes y macilentos como fachadas de casa en ruinas. Hasta ayer pensaba todavía subir en la vida; su muerte me detuvo. Descendiendo detrás de su féretro, parecíame que las escaleras no se acababan nunca; y creo que aún sigo bajando. Mi único consuelo es el sueño, en el cual es un misterio para mí cómo ella no se presenta nunca jamás muerta, sino que se mueve, habla, sonríe, trabaja, me interroga con dulzura por qué estoy triste; y yo me pregunto á mi cómo jamás haya podido creer que era realidad la grande desventura. Pero el bien que este consuelo me produce lo expío al despertarme oyendo la voz implacable que me dice al oído: has soñado; no existe;—y mi corazón repite como un eco: he soñado; ya no existe. Me queda

aún en la madurez vigorosa el amor á la vida, á la familia, al arte, á la santa esperanza de un mejor porvenir para el mundo; pero sobre todo esto se ha corrido un velo, como sobre la naturaleza después del ocaso del sol. Y en medio de la familia, de los ensueños y del trabajo, no tengo más que pasar el pensamiento sobre aquel pequeño espacio de tierra donde ella duerme, no tengo más que repetir dentro de mí, con aquel acento de infinita piedad, aquellas dulces palabras: *¡Cuánto os hago sufrir!*, y una onda viva, amarga, ardiente, sube de mi pecho y me sofoca, y el corazón vuelve á destilar sangre. Y siento que destilará, destilará siempre, hasta que deje de moverse.

Un relámpago cruza mi mente alguna vez:—*¡Si la volviera á ver!*—Y ante esta idea, toda mi alma se confunde y se subleva como ante una aparición sobrehumana. *¡Oh!* si al precio de treinta años de vida dura y miserable, de bondad desconocida, de honradez calumniada, de beneficios pagados con ingratitud y escarnio; si perdonando á quien me ofendió más atrozmente, arrojando mi orgullo á los pies de quien gozara más en pisotearlo, arrastrando en la

obscuridad, olvidado de todos, una vejez sin salud y sin consuelos; si plegando la frente y juntando las manos con la humildad de un niño ante el misterio inmenso que me fascina y me tortura como una palabra perpetuamente repetida sobre mi cabeza por una voz misteriosa, yo pudiera cambiar aquella idea que brilla por momentos, no en una certeza luminosa, mas sólo en una tenue esperanza, apenas aparente como un reflejo de crepúsculo, pero constante y firme que no me dejase pronunciar aquellas tremendas palabras: *nunca, jamás...* *¡si pudiese esperar!*...

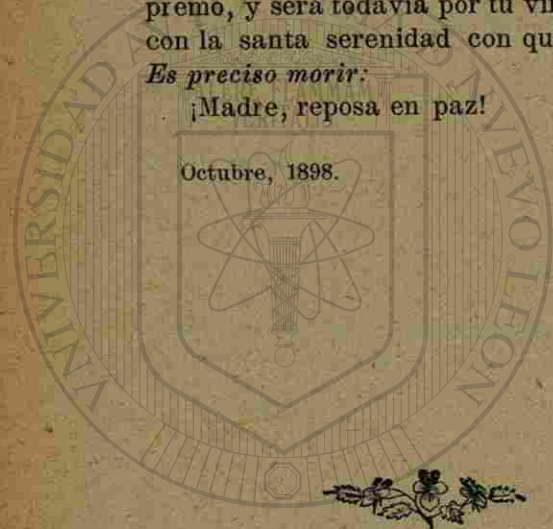
Pero quizá esta esperanza existe en mí sin que yo tenga conciencia de ella, ardiente como una llama bajo el cúmulo de las dudas y de las negaciones que la cubren y por las cuales la creo sofocada. Y es quizá esta secreta esperanza la que me dió fuerza para fijarme por algunas horas en el recuerdo terrible y poder rendir este último tributo á la santa memoria. Ella la tenía en el corazón, y quizá al morir la trasfundió con su última mirada en el mío. Sé bendita, alma querida, y venerada también por este dón. Si yo puedo aferrarlo, lo defenderé con todas mis fuerzas, lo llevaré

siempre conmigo, me abrazaré á él con todos mis pensamientos en el momento supremo, y será todavía por tu virtud si digo con la santa serenidad con que tú dijiste

Es preciso morir:

¡Madre, reposa en paz!

Octubre, 1898.



EN MEMORIA TUYA, HIJO MÍO!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

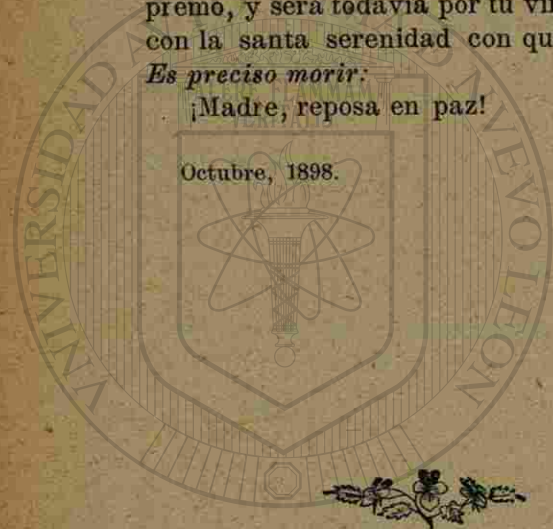
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siempre conmigo, me abrazaré á él con todos mis pensamientos en el momento supremo, y será todavía por tu virtud si digo con la santa serenidad con que tú dijiste

Es preciso morir:

¡Madre, reposa en paz!

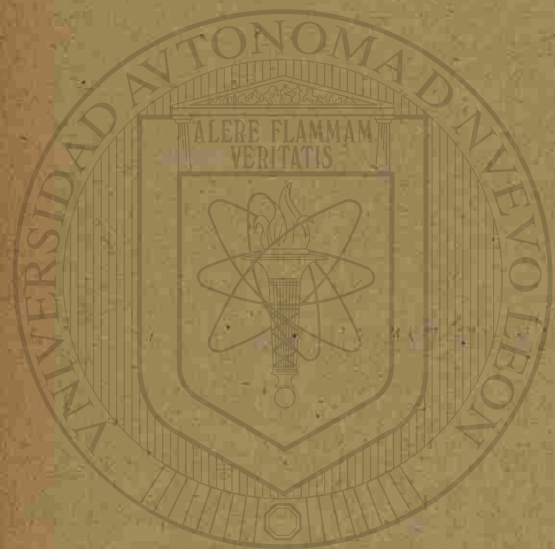
Octubre, 1898.



EN MEMORIA TUYA, HIJO MÍO!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



EN MEMORIA TUYA, HIJO MIO!

Eo que no me había pasado jamás por el pensamiento, ni aun en las horas en que se agolpan en el alma oprimida por la tristeza los presentimientos de las desgracias más atroces; lo que nunca se había presentado á mi mente, ni aun en aquellos sueños siniestros de que nos despertamos aterrorizados y con los ojos llenos de lágrimas; lo que ni siquiera el odio más despiadado se atreve á desear al enemigo más malvado, esto es lo que nos ha ocurrido á mi y á esta pobre madre. —¿Es posible?—fué el primer grito que salió de nuestro corazón cuando huyó de él la última esperanza; y todavía hoy, después de tantas días, es el que resuena en nuestro interior mil veces al día, con el mismo acento de estupor y de desaliento mortal. ¿Es posible? ¿Es posible? Y

aun en este momento en que me pongo á escribir para honrar la memoria adorada, y desahogar mi dolor que tiene necesidad de difundirse y de oír por todas partes el eco de su llanto, es una sensación de estupor y de terror juntamente la que me invade y me detiene con la pluma levantada, interrogando con los ojos á todas las cosas como para volver á aferrar el sentimiento de la realidad; porque la realidad es tan terrible que el ánimo, incapaz de contenerla por mucho tiempo, la arroja de sí de vez en cuando, como la viscera herida, contrayéndose, echa fuera el hierro que la ha herido. ¿Es posible? ¿Es posible? Si perdiera la razón, mi locura consistiría en repetir aquella pregunta perpetuamente, golpeándome la frente como un maldecido de Dios.

Ahora, sólo ahora, siento toda la piedad que merecen los que han sufrido igual desgracia, y comprendo que, aun compadeciéndolos, fui duro con ellos; lo comprendo después de haber probado yo el último fondo del dolor humano, donde se nos pone delante el espectro de la locura.

En tan breve tiempo, ¡qué espantosa caída de la vida feliz en el abismo de una infelicidad sin fin y sin esperanza! Del ansia al temor, al presentimiento, á la desesperación, fué como el precipitarse del desgraciado que cae, golpeándose de peña en peña, por una sima, dejando por todas partes en donde intenta agarrarse parte de su cuerpo y de su cerebro. Pocos meses antes, perdiendo á mi pobre madre, creía que aquella era la suprema angustia que sufriría en mi vida; angustia que bien pronto había de ser superada por otra tan grande que redujera en mi espíritu la primera como á un recuerdo lejano de un día de tristeza. ¿Cómo podemos sufrir golpes tan tremendos en el alma sin que se rompan los órganos de la vida y se trastorne nuestra razón? Oh, aquellas últimas horas tuyas, hijo querido, nuestro corazón que mana sangre las volverá á vivir todos los días, mientras palpita, contando todos sus minutos, como si fueran toques de una campana que anunciara todos los días nuestra agonía. Si no murió más que tu cuerpo, ojalá puedas tú no haber visto ni oído lo que sucedió, apenas expiraste, en la casa que abandonaste; porque, aun en la felici-

dad prometida á las almas elegidas, te sería demasiado doloroso no podernos hacer oír al menos la voz de tu piedad, de no podernos asegurar que una angustia tan horrenda tendrá una compensación después de la tumba: la visión de tu familia herida por la desgracia turbaría tu dulce espíritu para toda la eternidad. Si no hubieras dejado en la tierra á un hermano, no estarías ahora solo allá abajo; tu padre y tu madre te hubieran seguido desde el mismo día que te fuiste; sin un instante de vacilación ni un lamento, bendiciéndote, hubiéramos vertido sobre tu caja, después de nuestras lágrimas, nuestra sangre.

¡Oh, pobre razón humana! Qué pobre cosa sea se comprende en estos grandes dolores, que la empujan tan frecuentemente y la retienen en el confin terrible más allá del cual se pierde. No creíamos nosotros que, conservando sana la mente, se pudiera, en la soledad, hablar con palabras vivas al hijo perdido, largo rato, alzando la voz, como si él estuviera presente, con no sé qué insensata certeza de que nos

entiende; ni que la ilusión de un sonido, semejante á un suspiro del que duerme, oído de noche en su cuarto desierto, pudiera hacernos saltar aterrorizados y tender el oído con el alma perturbada por una esperanza sobrehumana. No creíamos que en pleno día, por la calle, volviendo á casa, se pudiese decir con un sentimiento casi de franca alegría:— ¡Vendrá él á abrimme hoy!—y apresurar el paso, arrastrados por aquel pensamiento; ni que fuese posible acoger y acariciar cien veces la idea de que está lejos, viajando; pero que un día, pasados algunos meses, algunos años, volverá necesariamente; y gozar por anticipado como un rumor de la alegría infinita de aquel día, representándonos con lucidez maravillosa la reaparición, los gritos, la casa, la vida cambiada, el mundo como iluminado por un nuevo sol. Oh, dulces y tremendos engaños, breves locuras de la imaginación, sonrisas fugitivas de una ilusión insensata; después de las cuales el dolor se aferra más fieramente á la garganta y nos repite con más dura ferocidad:—No, hora, sufre, desespera; no volverá jamás, morirás sin volverlo á ver; y no busques consuelo en los delirios de la fantasía, des-

graciado; porque cada sueño hermoso de un instante te lo haré descontar con horas y horas del más desesperado tormento.

¡Infelices, infelices cuanto se puede ser sin morir de infelicidad! Si fuese posible la vida y la conciencia en un hombre al que un golpe de espada hubiera partido la frente y el corazón, su suplicio se asemejaría al nuestro, que es un efecto de mutilación del alma, el cual no puede imaginarse. No le experimenta quien, perdiendo un hijo, se queda con más de uno, porque oye aún á sus propias criaturas hablar unos con otros, oye aún reír en su casa, y puede decir como antes:—Mis hijos.—Lo experimenta solamente quien pierde uno, de dos que tenía, porque faltándole uno, se queda el otro en la soledad, la familia enmudece, la casa se convierte en una tumba de vivos. ¡Desdichados de nosotros! Siempre estaban juntos, como si fueran gemelos, unidos por un cariño tiernísimo, hermanos de espíritu como de sangre. Ahora, cuando oímos el paso de uno, esperamos el del otro; todavía, separando la mirada del que vive, por costumbre, buscamos al hermano; espera-

mos la respuesta de éste cuando aquél habla; y alguna vez viendo al vivo en alguna postura en que el rostro queda escondido, vestido como lo estaba el otro, y de idéntica estatura, nos asalta un escalofrío. Cien veces nos sorprendemos á nosotros mismos en actitud de esperar, de buscar; á cada paso se apodera de nosotros la tentación compasiva de gritar aquel nombre con todas las fuerzas de nuestros pulmones como si aquel—¡Voy!—familiar, que solía contestarnos de un extremo al otro de la casa, hubiera de ser el eco de nuestro grito. La razón está bien cierta; pero los sentidos todavía se engañan, y de continuo renace la desdichada ilusión de que á fuerza de llamar, de espiar, de mirar por todas partes, ha de presentarse y encontrarnos con él. Mas en todas partes el vacío y el silencio. apareciéndose casi á nuestros ojos como rígidos fantasmas en la sombra; la casa es inmensa y está llena de tinieblas. Bien venido es el amigo que nos visita entre estas ruinas, y á quien no le apartan nuestros largos silencios; mas, ¡qué triste es el momento de la despedida, y cuánto más tétrica la soledad después de su partida! Y la noche, la noche interminable que se

acerca, aquella que llegaba siempre llena de alegría y ahora descende sobre nuestras cabezas como un manto fúnebre; ¡la noche sin él! En el momento de separarnos, nuestro corazón todavía pregunta: ¿Dónde está Furio?—Y espera su saludo. Apenas los labios se atreven á murmurar:—¡Buenas noches!—¡Buenas noches! ¡Qué tremenda ironía!

Era bueno, bueno como un ángel, expansivo y cariñoso á los veinte años como á los ocho: su boca derramaba los besos como las palabras. Ningún regaño le enfadaba: cuando se le reprendía, bastaba llamarlo por su nombre para que alargara los brazos y dejase caer la cabeza sobre el hombro de su madre ó de su padre con la actitud amorosa de un niño. Después de una discusión algo viva, era siempre él el que primero buscaba con su sonrisa la nuestra y el que primero tendía la mano á su hermano. En ningún rencor ó disgusto ó propósito de silencio hostil le era posible persistir una hora. Toda su alma ingenua y buena se manifestaba en la risa sincera, infantil, prolongada, que parecía un canto y era poco á poco sofocada por la propia

exuberancia. Desde pequeñito comenzó á llamarnos á mí y á su madre con ciertos nombres cariñosos, de su invención, llenos de afecto y de gracia, que variaba él de cuando en cuando, y que luego siguió usando siempre, aun siendo adulto, transmitiendo su uso al hermano pequeño. Por la noche, al despedirnos para ir á dormir, solía inclinar la cabeza y ofrecer á nuestros labios su espesa cabellera castaña, de sedosos mechones. ¡Oh, cuando pienso en esto, cerrando los ojos, cómo siento aún su perfume, querido hijo mío! Y su voz tenía inflexiones de una dulzura indecible, sobre todo para expresar la piedad. De todo dolor humano se compadecía. Le hicieron una impresión tan profunda, recuerdo, aquellas páginas de Taine, que leyó de jovencillo, en las cuales se describe la miseria de los campesinos franceses bajo el régimen antiguo, que años después, sólo con oírlas recordar se conmovía. Pronto á compadecer, á excusar á los débiles, indulgente con todos, fácil para decir de todo el que veía por vez primera:—«Es simpático, es bueno», y se maravillaba y dolía de oír un juicio distinto del suyo.—Y esta dulzura, esta ingenuidad suya nos daba qué pensar alguna vez,

pareciéndonos que no tendría temple para resistir los choques del mundo, que frente á las luchas de la vida se encontraría desarmado, demasiado sencillo y blando, predestinado á grandes amarguras. ¡Oh, no pensábamos entonces que debía caer antes de combatir!

Recorriendo ahora su vida, encuentro desde la primera infancia todas las señales que dió de su alma generosa y noble. ¡Oh, dulce Furio mío! Apenas sabía leer, cuando la lectura que yo le hice una noche, estando en el campo, del cuento conmovedor de Daudet: *El pequeño espía*, le hizo llorar tan copiosamente, que no logramos aquietarlo ni siquiera en el lecho, á donde le llevamos sollozando, durmiéndose con la cara inundada de lágrimas. Recuerdo otra noche, que impresionado por una conferencia que había oído en el teatro, nos repitió el espectáculo en casa, imitando al conferenciante con toda seriedad: se había preparado un exordio, salió de detrás de las cortinas de una ventana, se apoyó en una mesita donde había puesto un vaso de agua y recitó algunos periodos con una desen-

voltura que enamoraba. ¿Y cuál era el asunto de su conferencia?... ¡hijo mío! *¡ed caritativo con los pobres*. Y—fué tan profundamente afectuoso y sentido aquel *adiós, adiós* que me dijo, abrazándome las rodillas, cuando me fui á América, que lo fui oyendo y sufriendo con él en todo el viaje, como si resonase continuamente en el lamento de las ondas del Océano y en el gemido del viento cortado por las cuerdas. ¡Oh, si pudiera olvidar aquel grito que ahora me destroza el alma! Y fué él, el amor que él tuvo por la escuela, su dulce gratitud hacia las maestras, el afecto fraternal que tenía por sus pequeños compañeros, el que me inspiró para escribir un libro dedicado á los muchachos: no me hubiera venido tal idea si no hubiera visto la escuela elemental á través de su alma hermosa, en la cual todo se embellecía. ¡Querida, graciosa criatura! Recuerdo el doloroso desdén que le produjo una crítica del libro, que le vino á las manos, y el asombro aún más fuerte que ésta le causó. ¡Pobre muchacho! No sólo ignoraba él entonces los derechos de la crítica, sino su existencia, y no podía conformarse con que hubiera en el mundo un sér tan malvado y

temerario que tuviera que decir nada de un libro escrito por su padre. Arrojó el periódico con desprecio, y pensando que después de aquel golpe terrible, tuviera yo necesidad de consuelo, corrió á abrazarme. ¡Oh adorado hijo mío, cuán gratos me serían ahora los más atroces improprios del odio si por un momento sólo me hicieran volver á sentir tus brazos en torno de mi cabeza!

Cosa rara en los jóvenes: él amaba á los niños. Comenzó á dar muestras de este cariño á los diez y seis años, y fué un gozo para su madre y para mí observar cómo iba paso á paso avivándose en él este sentimiento, que es prenda segura de bondad y delicadeza de alma. Ninguna cara hermosa ó buena se le escapaba, ninguna gracia infantil; y á la gracia de las formas y de los actos infantiles, le encontraba mil semejanzas originales de flores, de frutos, de pájaros, graciosas y cómicas juntamente; de muchas de ellas me serví al escribir sobre los niños. Y tanto como los amaba en la vida, los amaba y los admiraba en el arte; cualquier bonita figura de niño que

encontrara en un libro ó en un periódico ilustrado, nos la llevaba para que la viéramos, comentándola, y recordándola al cabo de meses, como si hubiera sido una criatura viva, que hubiera conocido. Tenía ya veinte años, y de cuando en cuando iba con su madre al Museo de pinturas para contemplar un niño de Van-Dyck, que le habia impresionado hacía muchos años, siendo él niño. Y con frecuencia, aun en las grandes ciudades que veía por primera vez, se distraía de la admiración de monumentos famosos para mirar y hacerme mirar á un hermoso niño que pasaba. De todos los chiquillos del patio de casa, conocía los nombres, les observaba á veces grandes ratos desde la terraza, y á la mesa nos contaba sus palabras, sus juegos, sus extravagancias, y siempre, cuando encontraba á uno por la escalera, lo acariciaba. Para cortar en el acto toda disputa en que se acalorase, y obligarle á hacer las paces con una sonrisa, bastaba lanzar de pronto en la conversación el nombre ó alguna palabra propia de alguno de aquellos pequeñitos. El último y más vivo afecto suyo fué un niño de Campiglia Cervo, donde pasaba los veranos hacía años, hijo

de un jefe de taller, bellissimo, llamado Rinaldo; lo queria tanto, que lloraba á lágrima viva cuando se volvía á Turin, pensando que no lo volvería á ver en nueve meses. Cualquier pesar que tuviera, su rostro se serenaba con sólo oírlo nombrar. Cuando el padre del niño, hace un año, le mandó su retrato, se puso fuera de sí de alegría. Y aquel retrato se le puso en el féretro sobre el corazón, junto con los nuestros: una idea de su madre, para que llevara á la tumba la imagen de su amigo.

Y sin embargo, bajo aquella dulzura casi femenina, habia fuerzas varoniles ignoradas para quien no lo conociera á fondo; las cuales derivaban de la profundidad del alma y escapaban aun á la penetración aguda de nuestro amor. Fortísimo para resistir el dolor físico, que rara vez le arrancaba un lamento; tenaz para el estudio, cuando era preciso, hasta emplear todo el día, sin interrupción, y gran parte de la noche, meses seguidos, rechazando todo recreo, aun los más deseados por él; refractario á buscar consuelo, cuando alguna tristeza le oprimía, obstinándose en soportarla por sí solo, para no afligirnos, y

resistiéndose á confesarla más que á fuerza de súplicas insistentes, y cuando llegaba á comprender que el silencio nos afligiría aún más que la confesión. Era una flor, pero con el tallo de acero. Hasta aquel horror que aun los jóvenes de fibra más dura sienten á la primera vista de la sala de disección, él no lo sintió ó lo venció y disimuló de modo que nada dejó traslucir, ni siquiera en el primer día. Quizá en parte era instinto, pero más probablemente un sentimiento vivo de superioridad, lo que le daba esta fuerza. ¡Oh! nosotros estábamos bien seguros de que ni por temor, ni por interés cometería él en la vida una mala acción, ni de obra, ni de palabra, ni con el silencio. Tan subitáneo y tan profundo era el sentimiento de indignación que despertaba en él cualquier acto inicuo y vil, que por nada en el mundo, ni siquiera la inminencia de un grave peligro, hubiera sido capaz á detener la expresión en sus labios. Parecía que su naturaleza tranquila se transformaba en aquellos momentos como se transformaba su semblante, que palidecía y se estremecía como el de un hombre resuelto á todo, antes que tragarse la palabra que brota de su conciencia. Y por otros

mil indicios involuntarios del sentimiento y de la inteligencia que tienen la eficacia de los hechos para poder inducir una persuasión, se comprendía que aun siendo pobre, abandonado, infeliz, él habría sido siempre bueno y honrado como lo era en la abundancia, rodeado de afecto y de cuidados; que la mala suerte hubiera podido despedazarle, no corromperle el corazón, y antes hacerle sufrir el hambre que bajar la frente!

*

Su alma estaba siempre abierta para la admiración de la belleza en la naturaleza ó el arte, y fué muy precoz en él este sentimiento y profundo desde los primeros años, cual no suele ser más que en los espíritus afinados por la cultura. Desde muy niño tuvo grande amor por el mar. Recuerdo el goce febril con que subió por primera vez á un vapor para ir á Spezia, que fué para él, pobre hijo, como un viaje por el mundo de los sueños; y la conmoción profunda que sufrió al año siguiente, cuando por la mañana temprano, en una fonda de Arona, lo llamé á la ventana para indicarle el barco que nos esperaba en el lago, todo

encendido por la aurora. Estaba pálido, me confesó mucho tiempo después que en aquel momento había sentido que le faltaban las piernas. Y esta excitabilidad extraordinaria nos inquietaba á mí y á su madre, tanto, que á menudo le exhortábamos para que se dominase, temiendo por su salud, y alguna vez también sonriéndonos, le sacudíamos por los brazos para distraerle de su conmoción. Era como un arpa delicadísima aquella alma, cuyas cuerdas todas vibraban al menor contacto del aire. ¡Cuántos, cuántos recuerdos, dulcísimos un día, ahora dolorosos, como otras tantas fibras de un cuerpo heridas! Cuando entramos en Venecia hácia la hora del ocaso, se quedó absorto y sin palabra, y por todo el trayecto por los canales no respiró, volviendo á un lado y á otro sus hermosos ojos azules, como un sonámbulo. Visitando el Palatino, al contrario, su conmoción se manifestó en un torrente de palabras, y era de admirar, lo recuerdo, la copia y la claridad de las noticias con que, aún frescas sus lecturas clásicas, comentaba con su hermano los lugares, las ruinas, los recuerdos. Y me parece estarle viendo en la plaza de la Señoría en Florencia, en la cima

del Vesubio, en la garganta de Gondo, en las grandes calles de París, en la gruta de Adelsberg, en el lago de Lucerna, en todas partes lo mismo, vibrando de pies á cabeza, con el rostro primero pálido, luego enrojecido, con los ojos centelleantes, y con la boca abierta y sonriente como para beberse la belleza que no le bastaba gozar con la mirada. En todo espectáculo, notaba él mil particularidades que á mi se me escapaban y que se imprimían profundas y lúcidas en su mente, como en otro tiempo en la mía. hacia veinte años; se separaba á cada paso de nosotros, como si necesitase recogimiento, y hablaba consigo mismo y á las cosas; luego se volvía á unir á nosotros para buscar y admirar nuevas bellezas; y por la noche, antes de acostarse, expresaba todo su contento dándome un beso y diciéndome: —Gracias, papá,—que era mi premio. Viajar con él, recorrer países notables á través de su espíritu fué el mayor goce de mi edad madura. A él debo el haber vuelto á vivir de este modo los más bellos años de mi juventud: ¡á ti te lo debo, alma bella y adorada!

*

En un alma de tal suerte organizada debía nacer la pasión por las letras desde los primeros años, casi por generación espontánea, fuera de todo influjo de escuela y de doctrinas oídas en casa, y así sucedió. Siendo aun niño se apasionó por el teatro, y recuerdo que fué la *Tosca*, de Sardou, su primera impresión dramática; luego el *Halconero*, de Marengo, una de sus lecturas más gratas. En los años siguientes, siguiendo con su afición al teatro, surgió más viva la afición á la poesía y á la novela; y en ésta, una de sus primeras admiraciones más duraderas fué Verga, del cual comprendió precozmente su arte finísimo; luego Pöe, que le fascinaba y le llenaba de terror.

En la poesía dramática tuvo adoración constante por Cossa, de quien se sabía de memoria escenas enteras, deseando, durante muchos años, poseer un autógrafo de él, que se lo procuró por fin Giovagnoli, haciéndole feliz. En el teatro en prosa admiró de un modo especial *Tristes amores*, *Las almas solitarias*, *La intrusa*, *Las máscaras*; de Ferrari, *Goldoni*; de Praga, las *Virgenes*; de Rovetta, la *Realidad*; ¡cómo se me presenta ahora todo á la memoria! Zac-

coní fué su intérprete predilecto en todas estas obras. Ir con él al teatro era para mí una fiesta, porque espiaba en su querido rostro las señales luminosas de los varios y violentos movimientos de su alma! La poesía lírica fué, sin embargo, la que amó sobre todo. En ésta, después de conocer su gusto por el estudio, admiraba y estudiaba con ardor á D'Anunzio, Carducci, Rapisardi y Pascoli. En cuanto á la prosa, con gran satisfacción mía, tenía por insuperable la sencillez lógica y la música secreta de la prosa de Manzoni. ¡Era tan ardiente é impetuoso en sus entusiasmos! De los escritores á quienes adoraba no quería oír críticas; los defendía á capa y espada, poniéndose encendido y pálido, excitándose hasta el punto de vérsese trémulo; y yo cesaba de contradecirle entonces para admirar en silencio, conmovido, la noble valentía de su defensa. Ultimamente se había enamorado, más que nunca, de Leopardi, y más por la belleza de la forma que por el sentimiento dominante de sus poesías, entre las cuales colocaba en primer lugar el *Himno á los patriarcas*; y de este himno fueron los últimos versos que oí de boca de mi pobre hijo, pocos días antes de perderle.

Le interrumpí en un cierto punto para cerrar yo la cita, diciendo:

... e servitù le imbelli
anime umane, ultimo danno, accolse;

y él, rápido, me corrigió: *umane vite*, no *anime umane*. ¡Oh! á aquel grande infeliz á quien siempre amé aun siendo yo feliz, me une ahora un afecto desesperado, porque él fué el último amor intelectual de mi hijo; porque en los primeros días terribles de la desventura, paseando horas y más horas por mi cuarto, encontré un consuelo á mi angustia repitiendo cien veces aquellos versos suyos que mi hijo Furio solía decir, buscando en ellos el sonido de su voz y el hábito de su vida.

Los escritores á quienes admiraba los amaba, y deseaba ardientemente conocerlos. Cuando le decía: Pasando por tal ciudad iremos á ver á Fulano, ó bien: El tal vendrá á Turín, haré que lo conozcas; su fisonomía se ponía radiante. Y ahora me sirve de ligero consuelo pensar que le procuré cuantos pude de aquellos goces aun fuera de Italia; y aun cuando gozase yo tanto como él, hasta el punto de tenerle

que agradecer yo más que él á mí, por mi parte lo hacía por cumplir un deber. A los escritores que visitábamos no les manifestaba sus sentimientos, contenido por una timidez, casi por un pudor, no infantil, sino varonil, que era el mismo que le impedía referirme, si no se le obligaba á ello, y siempre de mala voluntad, las alabanzas que le prodigaban los maestros. Mas les observaba en silencio, con la mirada fija y viva, pendiente de sus labios, y recordaba después mil cosas de la persona y de la conversación aun después de pasados algunos años, y los retratos y las cartas de que se hacía dueño, apenas llegábamos, las conservaba celosamente en una cajita, que abría y cerraba con infinitas miradas, como si contuviese un tesoro que un soplo de aire pudiera disipar. Y sobre las obras de algunos de ellos, al variar su gusto y madurar su razón, cambió de juicio; mas aquellos á quienes había apretado la mano eran sagrados para él, descendían en su admiración, jamás en su respeto, ni en su benevolencia, ni en su gratitud, de modo que aun la crítica más atrevida la hacía poniendo en ella una gran dulzura. A aquellos escritores especialmente que habían deleitado y conmo-

vido su niñez, les guardaba un reconocimiento de hijo, lleno de ternura. Recuerdo el calor con que agarró una cartita de Julio Verne, que me enviaba un amigo de París, en la cual el autor de los *Viajes extraordinarios* le decía que nuestra visita le sería muy agradable y que nos esperaba; todo aquel día estuvo como en un estado de embriaguez. ¡Pobre hijo! Otro gran goce suyo recuerdo. Estaba poseído de verdadero entusiasmo por el *Mefistófeles*, pocos días antes de su cumpleaños, y le preparé para este día una sorpresa: coloqué debajo de su servilleta una fotografía, en la cual Arrigo Boito, tan amable, había escrito su propio nombre y su... Estoy oyendo todavía la exclamación de sorpresa de mi hijo, veo su semblante como iluminado por un relámpago y acuden á mis ojos las lágrimas. ¡Oh Arrigo Boito, Sardou, Daudet, Verga, Giacosa, Rovetta, Guerrini, Barrilli, Gallina, Marengo! dejad que os recuerde aquí, que agradezca una vez más las palabras afectuosas que le dirigisteis y que os devuelva los besos que le disteis bendiciendo los recuerdos que os ligan á él en mi corazón destrozado.

A la vivísima facultad de observación correspondía, como casi siempre ocurre, el ingenio. Había un escritor en germen en mi pobre Furio. Lo inferí, desde que era niño, por la facilidad, por la propiedad y por el colchado admirable de su lenguaje, cualidades que fueron luego desenvolviéndose con los años, hasta llegar á tener verdadera elocuencia en la discusión, y en el arte rapidísimo con que contaba y describía conversando. En el examen último de las escuelas elementales obtuvo la primera medalla asignada por el Municipio á la mejor composición. Siendo jovencillo mandó á un periódico de Milán dos cuentecitos históricos, de asunto romano, que se publicaron y fueron alabados. Hace dos años, en el curso de letras de la Universidad, leyó tres sonetos que el auditorio aplaudió y el profesor Graf encomió con calor. Otras cosas publicó en distintos sitios, sin su nombre, no buscando jamás mi ayuda por un vivo sentimiento de delicadeza que ahora me arrepiento amargamente de no haber prevenido ó sabido vencer. Lo que más me agradaba en las manifestaciones de su ingenio era la falta absoluta del sello paterno, indicio de facultades completamente

diversas de aquellas que, si bien modestísimas, hubieran podido más fácilmente ejercer un influjo sobre las tuyas. Tenía un exquisito sentimiento de la forma poética, un desprecio instintivo de los lugares comunes, de la rima vulgar, del metro demasiado fácil; buscaba con amorosa paciencia la elegancia de la armonía, la frase llena de ideas, los relieves acusados y finos de sintaxis y todas las bellezas que el ojo de los incultos no descubre, anteponiendo á toda otra forma el soneto, en el cual estudiaba una marcha nueva, siendo pocos los modelos que le dejaban satisfecho por completo. Existían en sus versos varios reflejos de los poetas novísimos, por los que él sentía predilección; y juntamente, muchas promesas también de originalidad futura, en armonía con la singularidad amable y altanera de su espíritu, devoto y rebelde al mismo tiempo á los maestros, conciliando las admiraciones en apariencia más contradictorias; abierto, mas no sin cautela, á toda nueva idea, é incierto todavía en la elección entre los cien caminos que veía delante de él, se asomaba á todos con curiosa impaciencia. Si hubiera vivido, hubiese llegado á ser un poeta lírico. ¡Con

qué calor, con qué variedad y propiedad de inflexiones decía las poesías! ¡Cuántos versos he aprendido yo á decirlos bien después de repetirlos hacía treinta años con una modulación de voz que no era precisamente la que pedía el sentimiento y la razón! ¿Y cómo se explica que con esta índole de ingenio, no quisiera estudiar letras y eligiera la medicina? Tratamos de apartarle de este propósito; mas él nos afirmó que había meditado despacio la elección, enseñándonos libros que hacía tiempo se había comprado y había leído ya con pasión; y más tarde, nos declaró que su intento era ser médico de niños. ¡Qué buen médico hubiera llegado á ser y cuánto bien hubiera hecho en este terreno el que amaba á los niños con un afecto tan profundo y tan noble!

Era cosa digna de notarse en él que la pasión fuerte por las letras no quitaba que tuviera un vivo amor por la ciencia. Desde muchacho demostró una singular propensión á la física. Ya antes de comenzar este estudio en las escuelas, con los aguinaldos, se compraba pequeños instrumentos higró-

métricos y eléctricos; y de la máquina de vapor, del teléfono, del fonógrafo y de otras recientes invenciones mecánicas, conocía el secreto y el uso por lecturas que él había hecho espontáneamente. Cuando sobre alguna ley física ó aparato industrial ocurría en casa alguna explicación, acudíamos á él. En las Exposiciones, apenas entrábamos, antes que las bellas artes, buscaba las galerías de máquinas y del trabajo, y allí parecía estar en su terreno, era siempre él quien nos guiaba, como si anteriormente las hubiera visitado. Cuando respecto á la oportunidad de aplicar al uso público ó privado algún invento novísimo, oía expresar alguna duda ó juicio contrario al suyo, saltaba y se acaloraba sosteniéndola como cosa propia. En la Universidad estudió con verdadera pasión la química, la fisiología y la patología, é hizo en estas materias exámenes notables. ¡Qué valiente y buen muchacho! Pero tenía un amor propio tan vivo, una fibra tan excitable, que aun yendo á hacer el examen de materias en que se había preparado con prolongados estudios, se afanaba, se agitaba como el que fuera á correr un grave riesgo. Frente á los examinadores, por lo demás,

reconquistaba de pronto toda su hermosa lucidez de inteligencia y de palabra. Yo le esperaba delante de la Universidad, paseando, tembloroso. ¡Qué momento más feliz cuando le veía salir con el rostro radiante, que me decía desde lejos su buen éxito, antes que su boca sonriente me dijera la buena nota! Y entonces, cogidos del brazo como dos amigos, nos íbamos a casa, gozando por anticipado la alegría de la madre que nos esperaba; y su más querida compensación era hacerme hablar del viaje que haríamos en el verano, de su pequeño Rinaldo, á quien vería dentro de pocos días, de los libros tan deseados hacia tiempo y que leería en el campo. ¡Qué hermosas noches de fiesta eran aquellas en nuestra casa! A la mesa, salían de su boca los versos, los chistes, las anécdotas; entremezclaba en la conversación imitaciones joviales y graciosas del gesto y del acento de personas conocidas; se lanzaba con la mente apasionada, libre de todo cuidado, en mil fantasías de viajes remotos, de nuevas formas de arte, de transformaciones maravillosas que habría de operar la ciencia en la vida social; y hablaba con tanto brio, con un sentimiento de la vida tan

lleno, jovial y agradable, que alguna vez su madre y yo nos veíamos obligados á levantarnos para besarle en la frente... ¡Y lo hemos perdido!...

A tanta vivacidad de sentimiento y de fantasía unía una cualidad que rara vez va unida con ella: un amor al orden en todo, que no se puede pedir más.—Todas sus cosas las disponía en orden simétrico, siempre en el mismo sitio, con la precisión más rigurosa; sus cajoncillos eran como vitrinas, su cuarto como un espejo. Los libros, sobre todo, eran para él como objetos sagrados: los forraba, les quitaba el polvo, los acariciaba; aun los que usaba con mayor frecuencia, parecía que acababan de llegar entonces de la librería. ¡Oh, querido Furio mío! Aun ahora, muchas veces, se me presenta al pensamiento con un libro entre las manos en el momento de limpiarlo y examinarlo por todas partes. Veo todavía, cuando le pedía algún libro para buscar alguna palabra ó una fecha, la bondadosa sonrisa con que me contestaba:—¡Enseguida!—pero después de un momento, la vacilación, y la desconfianza mal disimu-

lada con la cual no me quitaba la vista de encima, mientras paseaba por la habitación, temiendo que yo volviera las hojas de mala manera ó estropease la pasta. En este último año se había prendado de los libros ilustrados de Doré, que compraba por entregas; y por la noche, con gran respeto, teniéndonos un poco á distancia, nos los enseñaba, prorrumpiendo en exclamaciones apasionadas sobre los dibujos más dramáticos, ó en risa cordial sobre las caricaturas más cómicas; pocos días antes de dejarnos, nos enseñó de esta manera el Ariosto. ¡Oh, libros queridos, sobre los cuales inclinó su frente tantas horas, tantas veces acariciados por sus manos y por su aliento; libros queridos que habéis alegrado su corazón, provocado su llanto, recreado su espíritu de las fatigas de los estudios severos, y poblado su mente de imágenes bellas y concurrido á formar su alma noble y buena, os custodiaré con tanto respeto mientras yo viva, que no osaré besaros siquiera por temor de que os quede rastro de mis labios! Mas ni tengo ánimo siquiera para miraros, porque cada uno de vosotros me repite la tremenda palabra. ¡De cuántas fuentes inesperadas brota el dolor! ¡Oh

hijo mío, hijo mío! Pocos días después de tu muerte, llevaron la última entrega del *Treatado de Anatomia*, al cual estabas suscrito: tu pobre madre la tomó sin mirarla; pero pronto se le cayó de las manos, rompiendo á llorar... Así cae todas las noches de nuestro corazón, para renacer todas las mañanas más pálida, la esperanza en la resignación!

*

Crece nuestro dolor, se hace más amargo, lejos de aquietarse poco á poco; y nuestro corazón brota sangre por tantas heridas cuantas son las imágenes diversas en que él se nos representa continuamente al pensamiento. No sólo lloramos al joven de veinte años. Lloramos al niño rubio, que nos sonreía desde la cuna con una suavísima sonrisa, cerrando los ojos como por gracia, con una expresión casi de amoroso juego, que nos hacía reír y llorar al mismo tiempo: tan hermoso cuando dormía, la noche que se lo enseñamos á Carlos Piaggia, que acababa de llegar del África, el cual le dió un beso en la cabeza que nos pareció una bendición. Lloramos al niño rubio que se lanzaba á dar los primeros pasos y

balbuceaba las primeras palabras, alteradas y mancadas, que nosotros recogíamos como perlas, y que ahora reaparecen todas á la mente y nos traspasan el alma, como voces infantiles que salieran de su tumba. Lloramos al estudiantillo querido, la «plantita» como le llamaba por la esbeltez graciosa de sus formas, que durante ocho años, cuatro veces al día, todos los días, acompañamos y fuimos á esperar á la escuela, y del cual ni una palabra escrita, ni una frase de lección aprendida de memoria se escapó á nuestra atención, ni el más pequeño contratiempo dejamos sin consuelo, ni el más leve gemido, que oyéramos en la noche, dejó de causarnos sobresalto. Lloramos al adolescente robusto y florido, en el cual veíamos cada día con más alegría surgir una fuerza, abrirse una idea, florecer una noble admiración, diseñarse un rasgo firme y noble del hombre futuro, abierto, leal, desinteresado, descuidado totalmente de la condición de fortuna que lo libraba de todo pensamiento inquieto sobre el porvenir, serenísimo y seguro de sí como quien está cierto de que los mayores goces de la vida los sacará de la propia inteligencia y del propio corazón. En todas estas formas

nos pasa por delante con los juguetes que recordamos, con los vestidos que reconocemos, con los libros que tuvo en sus diversas edades; y cada imagen suya nos envía un adiós, y todas, una tras otra, las vemos encaminarse allá donde esperábamos precederlo en tantos años, y donde él al contrario nos precedió, pobre hijo: mas es de esperar que no por mucho tiempo!

*

Y también la ciudad, la hermosa y gran ciudad, que él amó tanto, triste ahora á nuestros ojos como si toda ella estuviera enlutada, está llena de su imagen querida y dolorosa. Por todas las plazas, bajo los pórticos, en los rincones, en el fondo de todas las calles, cerca y lejos, le vemos; por todas partes, ¡ay de mí! por todas partes, excepto á nuestro lado. Nos precede, nos sigue, atraviesa nuestro camino, nos espía detrás de los troncos de los árboles y de las columnas, desaparece entre la multitud y se nos presenta delante de continuo, como para invitarnos á unirnos á él, sin dejarse alcanzar jamás. Á cada paso un recuerdo, á cada recuerdo una angustia. Aquí está la iglesia donde fué bautizado, allí el fotó-

grafo que le hizo el primer retrato, más allá el librero á quien compraba las comedias antiguas; un poco más allá la esquina donde un día nos encontramos cara á cara, con alegre sorpresa, como dos amigos que se encuentran en una ciudad extranjera: la fachada de cada teatro nos pone delante la sombra de su hermoso rostro, atento, conmovido y sonriente. ¿Y de qué sirve ir á buscar consuelo á casa de los amigos más fieles? Iba con nosotros á casa de todos ellos; y no hay hogar en el que yo no vuelva á ver un rincón, una silla, cualquier objeto conocido por él, que no me pregunte:— «¿Por qué no le has traído?»—¿Refugiarse en otra ciudad? Nos sería demasiado amargo en ella el alejamiento de los mil lugares, de las mil cosas que ahora, recordándonoslo, nos hacen sufrir más. ¿Viajar, ir en busca de distracciones, presenciando espectáculos artísticos ó de la naturaleza, no vistos todavía por nosotros? Más nos perseguiría el pensamiento de que sería feliz á nuestro lado, y nos falta; que el más querido compañero de viaje de otros tiempos, está inmóvil y ciego para siempre. ¡Ah! á cualquier parte donde huya nuestra mente amedrentada, el dolor se pone delante en nues-

tro camino, firme é implacable, en actitud de decirnos que con él no hay escape, que somos cosa suya en el presente y en el porvenir, y que nada tenemos que esperar como no sea la muerte. Y aquí estaremos, hijo mío, aquí, en la ciudad en que naciste y donde te perdimos, respirando el aire que tú respiraste, mirando á los Alpes, á los cuales se levantaba tu dulce mirada cuando meditabas tus dulces versos; aquí, pegados á lo que de ti queda entre aquellas cuatro paredes, donde están ya señaladas las dos piedras sobre las cuales dormirán á tu lado tu padre y tu madre.

¡Cuántos, cuántos dolores encierra este inmenso dolor! Hago ahora un gigantesco y continuo esfuerzo de pensamiento para apoderarme de la expresión natural y acostumbrada de su semblante; y no lo consigo. ¿Por qué? Casi siempre le vuelvo á ver con el rostro grave y triste de las rarísimas veces que era ese el estado de su ánimo. Pensando, tomo entre mis manos su querida cabeza, la tengo aferrada delante, le digo suplicando:—«Furio, muéstrame tus ojos

serenos y tu sonrisa dulce de los días felices. —Y no lo consigo, me sonrío complaciente, pero con sonrisa forzada y breve, como cuando le rogaba que sonriera y sonreía para tranquilizarme. ¿Por qué? Y los retratos no me sirven. Aquí están, todos delante de mí, ordenados, desde el de niño lleno de estupor, hasta el de estudiante altanero y pensativo; y se ofuscan uno después de otro á mis ojos inundados de lágrimas, como si aún su imagen muriese entre mis manos. Son sus lineamientos; pero no es su rostro, porque éste está inmóvil, y el suyo vivía, se estremecía todo; la mirada es la que él dirigía á las cosas, no la que tantas veces fijaba en nosotros, llena de afecto, como si nos diera gracias de haberle dado la vida. ¡Ah! aquella mirada, aquella sonrisa, en la cual estaba todo nuestro Furio, ningún arte la podrá coger y guardar; aquéllas se han desvanecido para siempre con su persona; no existen sino en nuestra memoria, donde, sin embargo, no aparecen más que como relámpagos, y nunca cuando con mayor ardiente deseo las buscamos: así como el sonido de su voz amada, el cual no lo sentimos con distinción en el alma, sino de cuando en

cuando, como traído por el viento, pareciendo que se extingue lentamente en el infinito. ¡Oh! qué lejos estás ya, hijo mío: un hijo que yo haya tenido en otra existencia me pareces, y en otro mundo; en un mundo remoto, espléndido, feliz, de donde me hayan precipitado, herido por un rayo en la cabeza, recorriendo en un instante todo el espacio que separa dos astros. Con su último aliento ha comenzado mi muerte. Y este es el único consuelo que me queda. Pero también amargado cruelmente; porque el tiempo que me empuja hacia tí muerto, me aleja de los días en que estabas vivo; y cada día me parece que pierdo algo de ti, cada día me parece que se extiende un velo más sobre tu semblante, y que se va apagando el sonido de tu voz, como si creciera con el tiempo el espacio desolado que separa tu sepulcro de tu casa.

Sólo en el sueño la imagen invocada se me acerca, y no en el aspecto triste en que la veo despierto. ¿Por qué? No se me presentó las primeras noches porque me impedía soñar el cansancio mortal; mas luego

la vi, toda mi vida me acordaré de aquel sueño, en el cual no podré jamás parar el pensamiento sin que se me revuelva la sangre y se velen los ojos. Y sin embargo, fué una visión celestial. Vivo surgió ante mí en medio de mucha gente, en casa, de noche, pero iluminado por una luz viva que sólo le envolvía á él; y no sé quién lo sostendría por los brazos; pero tenía sonrosada la cara; solamente algo más afilada, como un convaleciente; pero hermoso, dulce, luminoso, cual no lo vi en vida jamás; y cuando lanzando un grito de gozo me arrojé á abrazarlo, y le dije en tono de dulce reconvención:—«Oh, Furio, Furio mio, ¿por qué has estado tantos días lejos? él me miró con una sonrisa de ternura infinita, cerrando los ojos como hacia de niño; y volviendo un poco la cabeza hacia un lado con gracia infantil, como desentendiéndose de contestar. ¡Oh! cómo le abracé y le cubrí de besos, y qué bien sentí entre mis manos la forma de su cabeza y de su cuello, y bebí el olor de sus cabellos y el calor de su aliento! El despertar fué desesperado; mas á pesar de todo, deseé soñarlo todavía más. Y después de aquella noche, le vuelvo á ver todas. Antes ó después, en

medio de los sueños más disparatados, él se me aparece siempre vivo, siempre con aquel traje que llevaba los últimos días, y viene yo no sé de dónde, y dice palabras que no entiendo, y hace cosas que luego olvido; mas siempre tan patente en su figura, tan clara y tan palpable para la vista, que me produce siempre la ilusión divina de que puedo volver á comenzar la vida con él, y que su muerte no haya sido más que un sueño horrible, que todo lo que ocurrió, lo cual recuerdo soñando también, se tenga milagrosamente por no ocurrido. Y me parece dirigirme hacia él, por la noche, cuando cojo la luz para irme á dormir.—¡Esta noche veré á mi hijo!—pienso, y mi último pensamiento, confundido ya casi con el sueño, sobre aquella almohada en donde no tendré ya nunca un alegre despertar, es para él:—Ven, Furio, te espero.

Nos queda su cuarto, y se lo conservamos tal como estaba al morir; con el lecho ante el cual hemos caído de rodillas, sobre cuya cabecera hemos sofocado nuestros sollozos, besando en las almohadas el hueco

de su cabeza; con sus vestidos, que hemos bañado con nuestras lágrimas y cubierto de besos desesperados; con sus libros, que ninguna otra mano volverá á tocar; con los retratos y las cartas de sus escritores predilectos, dispuestos en el orden en que los dejó; y allí hemos puesto su cuna y sus juguetes antiguos. No lo dudes, hijo mío: por la noche todavía paso yo por delante de tu cuarto de puntillas, como hacía antes para no despertarte, y al pasar, te envío un beso con la mano; de noche, siempre que me despierto, corro con el pensamiento entre aquellas paredes, como si allí estuvieras tú siempre; por la mañana te veo aún asomarte á la puerta y decirme: — ¡Buenos días, padre! como decías antes, y veo todavía que pasa sobre tu espejo tu imagen, como cuando te vestías para salir; y con frecuencia apoyo la cabeza contra la puerta cerrada, invocándote como un mendigo, y allí aprieto mi mejilla como la apreté contra tu féretro, y como la apretaba contra la tuya cuando estaba floreciente de vida. ¡Oh! aquel cuarto donde dormiste diez años, querido hijo, donde tantas veces te has despertado saludando con alegría al sol y á la vida, donde tanto has estudiado,

pensado, velado, y que ahora es para nosotros un templo y un sepulcro, lo conservaremos intacto, como ahora se encuentra, y mientras exista nuestra casa; te pondremos allí flores; allí iremos á arrodillarnos siempre que el dolor nos oprima con más fuerza, en los días de tu cumpleaños y de tu muerte, y en el onomástico de tu madre y en el cumpleaños mío, que solíamos festejar juntos; y los últimos pasos que demos antes de tendernos en el lecho para no levantarnos más, los daremos allí, allí iremos todavía una vez á repetirte que ningún remordimiento, ninguna pena debe turbar tu espíritu; que siempre fuiste bueno, que siempre nos proporcionaste alegrías, y que el inmenso dolor en que hemos caído al marcharte tú, lo aceptamos bajando la frente, como una expiación, quejándonos sólo de una cosa: de no haber podido sufrir, no haber podido llorar, no haber podido expiar más.

*

¡Expiar, si, porque tenemos remordimientos! ¿De qué sirve que si se interroga á la razón, nos defienda y nos absuelva? El corazón siente aquellos remordimientos,

y los quiere. ¡Qué terrible examen de conciencia es aquel que se hace sobre la tumba de los propios hijos! Remordimientos, sí, y que se remontan hasta su primera edad, no obstante el amor entrañable y los cuidados extremados que con él tuvimos: remordimiento por las muchas horas en que, absortos en el trabajo ó en placeres ó en dolores que no procedían de él, apartamos de él nuestro pensamiento; remordimiento por las distracciones, por las indiferencias pasajeras, por los actos de impaciencia, por las palabras ásperas, por las censuras precipitadas, por los gustos negados, aun cuando fuera por su bien, como así lo creíamos; remordimiento por no haberle sabido inspirar todavía mayor confianza en nosotros, mayor familiaridad que aquella más fraternal que filial que siempre procuramos inspirarle. ¡Ah! todas las lágrimas que con pena nuestra le hicimos verter, caen gota á gota ahora como lágrimas de plomo fundido sobre el corazón. Y no intentamos defendernos; antes bien, con la misma insistencia infatigable con que buscamos en nuestra memoria todas las manifestaciones de su bondad y todos los goces que él nos produjo, vamos ahora buscando

también nuestros errores y nuestras injusticias, y de cada recuerdo hacemos un arma contra nosotros para torturar nuestra alma. ¡Oh padres, oh madres, á quienes no ha tocado sufrir la tremenda prueba, buenos, pero rígidos, que queréis mucho á vuestros hijos, mas también mucho á vosotros mismos, observad que toda dureza, todo regaño inmerecido, todo acto de egoísmo, todo descuido, aun el menos culpable, cuando la gran desventura cae sobre nosotros, se descuenta con angustias que corroen el corazón y hacen surcos en la frente! Tristes palabras que habíamos olvidado hacía años, vuelven á aparecérsenos en el pensamiento escritas con caracteres de fuego y de sangre, y quisiéramos arrancarnos la lengua que las pronunció; lamentos y sollozos infantiles, de los cuales se había perdido el eco en nuestra alma, tornan á resonar y traspasar el pecho y el cerebro; y se quisiera cortar la mano que alguna vez se levantó en actitud de amenazar brutalmente, y deshacer contra la piedra mortuoria aquella cabeza que se volvió á otro lado, llena de pensamientos de ambición y de orgullo, mientras el corazón del hijo sufría tristezas ignoradas, que no

osaban pedir, pero que esperaban consuelo.

*

Expiaremos, sí. Los días sólo suceden á los días, y no traen ningún alivio al dolor, ningún reflejo del alba en el horizonte negro de nuestra vida. Oprimidos por la tristeza en las jornadas lúgubres como aquella en que le perdimos; oprimidos cuando el sol, que ya no le calentará más, resplandece, tristes en el trabajo como en la inercia, en la compañía como en la soledad. Ni siquiera el consuelo del trabajo nos queda, porque la mente, saliendo de los pensamientos en que se ha encerrado por algún tiempo, recurre, como si se despertara, á la familia antigua, y el desengaño imprevisto la aterrera. Ni siquiera el consuelo del trabajo. Mirando al porvenir, como á un mar lúgubre, vemos en la última lontananza las ondas del dolor que vendrán una después de otra á chocar con nosotros y á sumergirnos cada vez más, después que con un gran esfuerzo hayamos conseguido levantarnos un poco. Podremos tener momentos de olvido, jamás de paz; y á cada pensamiento que no sea dirigido á él, á cada sonrisa, á cada

breve esperanza de vida serena, seguirá un arrepentimiento, un acerbo reproche de la conciencia como si cometiera un abandono cruel. Y ya ahora, por cada minuto de tregua que la melancolía nos otorga, brota el llanto con más violencia del pecho, como un grito en vano comprimido, y todo lo que nos rodea se pone más tétrico que antes. Cualquiera fortuna que pueda descender sobre nuestra casa, no nos parecerá más que una burla del destino. El mismo afecto profundo que nos une al hijo que vive, también tan bueno y de tan raro ingenio y elevado y fuerte de ánimo, no nos podrá dar más que compensaciones mezcladas de grande amargura; porque por cada bien y satisfacción suya, por cada razón que él tenga para amar la vida, surgirá para nosotros más dolorosa la imagen del otro para decirnos que para él ya no hay nada. El único refugio de nuestro dolor es el dolor mismo: hablar de él, hablar de él siempre como si estuviera vivo, resucitar los recuerdos suyos con infinitas particularidades, dirigirle la conversación, llorar su memoria y llevar flores á su sepulcro, hacer del pesar que lacera nuestra alma una fuerza que la ennoblezca y nos embellezca

la muerte; y esperar—si se puede—que sobre el misterio inmenso que nos rodea exista verdaderamente una piedad infinita, la predestinación de todos á un bien supremo é inmutable, para el cual sea necesario que todos sufran, y que algunos sufran más que todos!

*

Y tú, hijo adorado, perdóname, si no conviene á tu modestia que yo haya tenido un desahogo á mi dolor fuera de tu casa y que haya creído honrar tu memoria, publicando cuán distinguido era tu ingenio, honradas tus costumbres, franca y generosa tu alma, y el afecto insuperable que te teníamos y la tristeza infinita en que nos has dejado.

Y ahora y siempre seas bendito.

Y sed benditos también vosotros, antiguos amigos, que lo conocisteis y lo amasteis, benditos por las caricias que hicisteis al niño, por las alabanzas que tributasteis al joven, y por las coronas que pusisteis al muerto, y por haber acudido los primeros al saber la funestísima noticia á estrecharnos contra vuestro pecho y á sollozar con nosotros.

Y benditos vosotros, nobles jóvenes, compañeros de estudios, que llorásteis sobre su cadáver, que quisisteis llevarlo con vuestros brazos, acompañarle y darle el último adiós en nombre de vuestra gran familia, en la cual tuvo él amistades queridas, horas placenteras y estímulos de noble emulación y de alegría de las comunes esperanzas.

Y vosotros, obreros desconocidos, jóvenes y mujeres del pueblo, que desfilando por delante de su ataúd, tuvisteis una lágrima para la flor caída, un suspiro de piedad para la madre infelicitísima, una palabra de compasión para el padre sin consuelo, sed también vosotros todos benditos.

Y gracias de todo corazón también á todos vosotros, almas corteses, amigos y desconocidos, que de todas partes de mi patria y de países remotos para consolar-nos nos enviásteis una palabra de afecto, referencias de desventuras vuestras, exhortaciones á una resignación que es imposible para nosotros; gracias de todo corazón también por esto: porque mientras íbamos á maldecir del mundo y de la vida, nos detuvisteis en los labios las maldiciones, mostrándonos que existe, sin embar-

go, en el mundo tanta bondad, tanto sentimiento de las miserias fraternales, tanta nobleza de dolor y de conmiseración.

Amigos y desconocidos, las cintas de vuestras coronas están en su cuarto, vuestras cartas sobre su féretro, vuestros nombres en nuestro corazón. ¡Que dure vuestra piedad tanto como nuestra gratitud, es la única cosa que pedimos aún al mundo, los padres de Furio!



ESCRITORES ITALIANOS VIVOS

BOCETOS Y FOTOGRAFÍAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

D'Annunzio. — Mantegazza. — Verga. — Rapisardi. — Capuana. — Farina. — Barili. — Bersezio. — Pietracqua. — Leoni. — Carrera. — De Gubernatis. — Graf. — Giacosa. — Un recuerdo de Lucio López (*).

(Turín, 1895.)

TIEMPO hace que deseo presentar á mis lectores lejanos los retratos de los escritores vivos más conocidos de mi país. Hoy puedo hacerlo, creyendo satisfacer una curiosidad de todos los que se interesan por la literatura italiana.

No me propongo hacer bocetos críticos, sino breves retratos, perfiles, fotografías instantáneas, que respondan á la pregunta que solemos hacer á quien conoce personalmente á un escritor que nosotros no co-

(*) De muchos de estos autores italianos hay traducciones en español y alguna hecha por el prologuista del presente libro. (N. del T.)

nocemos más que por sus escritos:—¿Cómo es? No bastará para esto un trabajo; escribiré varios, consecutivos.

Naturalmente, no me ocuparé sino de los escritores que conozco personalmente, sobreentendiéndose que en su mayor parte pertenecen á mi generación. Así me veré en el caso de dejar á un lado á muchos jóvenes, y de otros no podré decir sino poca cosa.

Uno de estos, por ejemplo (y lo siento, porque es el primero entre los jóvenes), es Gabriel D'ANNUNZIO, á quien vi de paso una sola vez hace diez años, cuando se hallaba en la flor de la juventud y era ya célebre. Su recuerdo me ha quedado vivamente impreso.

Hallábame en la elegante sala de redacción de la *Cronaca Bizantina*, en Roma, cuando vi aparecer por entre las cortinas de una puerta un rostro fresco y bellissimo, que creí sería de una señora, quedándome sorprendido cuando al abrirse los dichos reporteros se me presentó un hombre. Más maravillado me quedé al oír que aquel joven, que no tenía aún veinte años, era Gabriel D'Annunzio; porque la maestría de la forma que admiraba yo entonces en su

poesía, me había hecho imaginar que sería un joven fatigado precozmente por el estudio y las meditaciones, en cuyo rostro se advertirían las huellas de las vigiliass y el hábito de la soledad.

Era, por el contrario, una flor por su frescura, belleza y elegancia, un jovencillo radiante de vida; se dejaba transparentar, en sus ojos azules, en su voz armoniosa, en sus movimientos llenos de gracia, la conciencia de un hombre privilegiado por la naturaleza, envidiado por sus semejantes y adorado por las mujeres. Era ciertamente entonces la figura más bella y gentil de la literatura italiana. «Bello como un Dios», decía una escritora paisana suya. Supe después que aquel poeta de veinte años, de tan delicada belleza señorial y femenina, estaba dotado de una fuerza física extraordinaria.

Desde entonces no he vuelto á verle, y he sabido sus aventuras desde lejos; mas admirándole siempre, he seguido el camino ascendente de su ingenio. Dicen que aun de aspecto ha variado mucho. Dentro de veinte años, sin embargo, si vivo aún, cada vez que oiga recordar su nombre, no se me presentará otra imagen que la de su

rostro seductor de señorita, asomado por entre las cortinas de una puerta, con los cabellos ensortijados sobre la frente blanca y los ojos chispeantes de amor y de gloria.

Después de D'Annunzio, ninguna otra figura de escritor italiano me ha hecho impresión más viva que la de Pablo MANTEGAZZA. Parecerá extraño, pero no le vi por primera vez hasta hace tres años en Florencia, en las oficinas del editor Barberá. Si no hubiera sabido de antemano que iba á encontrarlo allí, no me habría pasado por la mente, al primer aspecto, que aquel hombre era el senador Mantegazza, de cerca de setenta y cinco años, célebre ya cuando yo no era más que un niño.

Es uno de esos hombres milagrosos para quienes á los cincuenta años comienza una segunda juventud. Podría quitarse cuatro lustros sin despertar sospechas.

Alto y delgado, se conserva aún tan derecho como una columna; sus largos y espesos cabellos negros encanecen apenas, su hermoso rostro de artista, aristocrático

y varonil, abierto y sonriente, tiene aún toda la energía y la serenidad de la juventud. Cuando le vi, estaba vestido como un jovencillo, traje casi blanco, con camisa y corbata de colores vivos, con un gran sombrero de paja en la cabeza y zapatos amarillos. Parecía yo el viejo senador y él un joven diputado. Y téngase presente que desde hacía un año era esposo de una bellísima joven—que estaba á punto de regalarle una criatura,—con la cual había hecho el viaje de boda á España, de donde regresó más vigoroso y fresco que antes. Agréguese que hacía pocos meses—fenómeno rarísimo—le habían salido dos dientes nuevos.

Me sentí verdaderamente mortificado en su presencia, y me preguntaba al día siguiente, viéndole ir y venir con paso rápido por su museo antropológico, subir las escaleras con la agilidad de un gimnasta, sin cesar un instante de hablar, de gesticular y de sonreír, si estaría hecho de la misma madera que los demás hombres.

Y no sólo continúa siendo joven físicamente; con los años, su laboriosidad intelectual se ha hecho febril; publica cada ocho meses un volumen, ejerce la ense-

ñanza, escribe artículos para Revistas, da conferencias, trabaja en el museo, dirige establecimientos balnearios, cura enfermos, hace investigaciones científicas, viaja; no ha concluido un libro y tiene ya en marcha otros dos ó tres; medita ahora una obra en siete volúmenes sobre los *Siete pecados capitales*; cada día que amanece concibe un nuevo proyecto; mira el porvenir como si tuviese por delante un siglo de vida, y habla de cada nueva idea ó empresa suya con un ardor y un entusiasmo que enardece y subyuga á amigos y editores, á hombres y mujeres, como la palabra suspirada de un apóstol.

El escritor está lleno de vida y de colorido, pero conversando vale mucho más. Su conversación es una continua y rapidísima sucesión de anécdotas y chistes, de literatura y de ciencias, de filosofía y de política, de ideas atrevidas y de noticias extrañas y recuerdos curiosos de todos los países del mundo, desde la India hasta la Laponia, desde la Argentina hasta la California. Viéndole y oyéndole parece que se contempla á un hombre que está en el mundo desde hace un siglo y que ha sido destinado á permanecer en él otros cien años.

El día que se diga: Mantegazza ha muerto, ninguno que le conozca lo creerá. Por mi parte, estoy seguro de no vivir tanto como para poder oír noticia tan absurda.

*
*
*

Otra de las cabezas más artísticas de la literatura italiana es la de Juan VERGA. Ha pasado ya de los cincuenta y tiene gris la cabeza. Cuando le conocí, hace ya veinte años, con los cabellos negros, el rostro moreno, el perfil aguileño, de formas esbeltas y vigorosas, era un bellissimo joven, un tipo verdadero de patricio siciliano, de expresión severa y altiva, de modales corteses pero contenidos, parco en gestos y en palabras, simpático pero poco expansivo. Sus ojos grandes, negros y profundos, tienen una seriedad y una fuerza fascinadoras, un carácter original como su arte.

He dicho «un verdadero tipo siciliano»; pero debe entenderse más física que moralmente, porque al ardor de la pasión une un dominio de sí mismo, una facultad reflexiva y casi una compostura intelectual que no son comunes entre sus impetuosos y ardientes paisanos. Su frente, su mirada, su

boca firme y un tanto desdeñosa, revelan la fuerza de su voluntad y la paciencia que aporta á su obra y cuyo estilo está cuidadosamente trabajado; cada frase, cada imagen, cada efecto, pasa siempre por el crisol de una crítica severísima. Es poco afecto á hablar de sí mismo y de su arte; y como todos los que aman el arte con amor fuerte y reflexivo, se conmueve poco por los éxitos y por los triunfos.

Le vi después de la primera representación triunfal de su *Cavalleria Rusticana*, á la cual no quiso asistir. Por más que los amigos y actores que le rodeaban se afanaban en decirle que el éxito había sido ruidoso, no se convencía, manteniéndose perfectamente sereno.

En vez de abandonarse á la alegría del triunfo, defendía su obra como si hubiera fracasado, razonando tranquilamente sobre el carácter de los campesinos sicilianos, mal conocido, en general, según él, por los italianos del continente. Hay en él naturaleza volcánica, pero subyugada. Muchas bellas damas lo saben. La gravedad de su carácter, garantía de noble discreción, debe haber contribuido no poco á sus brillantes triunfos fuera del arte, así como

su modestia sería—que no deriva de inconsciencia del propio ingenio, sino del altísimo concepto que tiene del arte—contribuye á hacer amigos respetuosos de todos sus colegas.

*
*
*

Puesto que estoy en Sicilia, haré el retrato de otros dos sicilianos, Mario RAPISARDI y Luis CAPUANA, conocidísimo éste, célebre aquél. Al primero no le he visto nunca, al otro apenas le conozco. Del primero, sin embargo, cuyos retratos circulan por toda Italia, puede decirse que casi no hay un italiano culto que no tenga esculpida en su mente su originalísima fisonomía; un rostro atrevido, desdeñoso, soberbio, en el cual brillan dos ojos negros de poeta inspirado, que tiene por corona una larguísima cabellera negra de artista de teatro. Es un rostro en el cual se adivina toda la historia de sus fogosas pasiones, de sus encarnizadas batallas literarias, de sus triunfos ruidosos, de sus poemas audaces y provocativos, llenos de blasfemias y de anatemas, de entusiasmos y de cólera, de monstruosas licencias y de bellezas deslumbradoras.

Debe haber pasado ya de los sesenta, pero su espíritu es siempre juvenil; su canto es aún un canto de vanguardia, su fibra es todavía la de un luchador infatigable.

Opuesto á él por el aspecto, es Luis CAPUANA; siciliano de rostro marmóreo, á quien es preciso ver sonreír para creer que es capaz de una sonrisa. Al mirar aquel rostro inmóvil, imperturbable como el de una estatua, diríase que es un frío hombre de ciencia, absorbido por una única idea, impenetrable á todas las pasiones, insensible á toda tentación del arte. Nadie pensaría que es, por el contrario, un espíritu vasto, inquieto, artista hasta la médula de los huesos, dotado de las más diversas aptitudes, que ha hecho pruebas con igual entusiasmo en la novela y en las fábulas, en la crítica y en la poesía, en la sátira y en el teatro, buscando en todas partes la novedad, provocando al público en todas las formas, persiguiendo á un tiempo la gloria y la impopularidad, con la mirada puesta siempre en lo alto y á lo lejos.

Sería un hombre hermoso, si su cabeza

fuerte é intelectual estuviese colocada sobre un cuerpo dos cuartas más alto. Giacomini lo definió admirablemente, aludiendo un día á la impassibilidad de su semblante: «Pareces el retrato de tí mismo.»

* * *

Entre las figuras de novelistas, se me presenta de las primeras la querida imagen de Salvador FARINA, también isleño, que ha conservado de los suyos el acento, la tez morena y la espesa cabellera negra. Leyendo sus novelas, imaginase el lector un novelista de formas delicadas y rostro patético; y es, por el contrario, un hombre robusto, de fisonomía varonil, con grandes ojos salientes y un par de bigotazos y perilla soldadescos. Su sonrisa, en cambio, es todo bondad, su acento dulce y sus maneras afables y sencillas. Un ligero velo de melancolía parece que se difunde por su persona desde que la muerte de su esposa le arrebató la tranquila é íntima vida de su familia, tan en armonía con la índole de su corazón y de su ingenio, y más aún, desde que sufrió una terrible en-

fermedad cerebral, que le tuvo muchos meses privado de la palabra. Pero sus nobles y fuertes facultades artísticas no sufrieron con la enfermedad daño alguno.

Algo perjudicó á la serenidad de su espíritu el exceso de trabajo á que le obligaron las necesidades de la vida, traduciendo, entre otras cosas, centenares de novelas extranjeras, dictando á dos escribientes á la vez desde la mañana á la noche durante meses seguidos; perjudicándole también, sin duda, las dificultades particulares con que debió luchar en su vida literaria por una razón que le honra; por su espíritu de independencia artística, rebelde á las transacciones y á los sacrificios del amor propio. Pero su alma no ha perdido nada de aquella afectuosa gentileza que trasciende como un perfume y se desliza como un rayo de luz celeste á través de todos sus libros.

Vive ahora solitario, dedicado en parte, según he oído, á ocupaciones no literarias. Hace años que no le veo; pero la imagen del Farina de hace veinte años—cuando le conocí,—del autor de *Tesoro di donnina* y de *Amore bendato*, está siempre presente

en mi espíritu como la de uno de los hombres más simpáticos que he conocido.

*
* *

Y hé aquí á Antonio Julio BARILI, nuevo profesor de Letras de la Universidad de Génova, ex garibaldino, viejo periodista, autor de cincuenta novelas, campeón de veinte duelos y primoroso artífice de epigramas latinos; que frisa en los sesenta, con la cabeza erguida, el paso firme y el bigote negro. Sus hombros fuertes llevarán gallardamente los setenta, y hasta el último día de su vida, creo que seguirá levantándose, en verano como en invierno, á las cuatro de la mañana, para escribir cinco cuartillas de novela, con letra cuidada y estilo elegante y correcto, como su persona.

La gordura no ha alterado la delicadeza de sus líneas, finas y varoniles á un mismo tiempo, reveladoras del ingenio, de la energía y del valor. La forma de su boca y su acento son francamente genoveses, y ha sido siempre genovés en los gustos y en sus predilecciones. No conozco comensal más agradable que él. Su sentido cómico se manifiesta aun en la conversación familiar,

con cierta dignidad literaria que duplica el efecto; y la cita latina y el juego de palabras, la anécdota histórica y las bromas en la lengua nativa, alternan con juvenil alegría en su boca, haciendo agradabilísimo contraste con la gravedad de su aspecto.

Posee el sentido de la vida, la largueza, el lenguaje y las maneras de gran señor. Si sus novelas produjesen cien mil liras cada una, sería el millonario más desprendido de Italia. Vióse con un pie en el mundo y el otro en la soledad, disgustado de la política, y muy lejos de estarlo igualmente del bello sexo, enamorado del mar, laboriosísimo siempre. Tiene una única pereza, la pereza epistolar: no hay en el mundo un hombre más remiso que él para escribir cartas. Creo que se batiría en duelo para evitarse la molestia de contestar una tarjeta. Una de sus ideas fijas—y espero que la pondrá en práctica—es escribir una historia.

* *

Más entrado en años que él es Víctor BERSEZIO, piamontés—novelista, historiadador y dramaturgo,—cuyo mayor título a la gloria es la famosa comedia en dialecto

nativo *Le miserie di monsignor Travet*. Es un hombre de mediana estatura, de formas pequeñas, sumamente delgado, de rostro fino y vivaz, en el cual suele dibujarse una sonrisa que revela un alma afectuosa y plácida. Fué rubio, amante del gran mundo y maestro en la esgrima; fué también periodista, político y diputado. Desde hace más de veinte años, desde que tiene familia, á la cual ama entrañablemente, vive recogido en su casa y en sus estudios, trabajando sin tregua en edad avanzada, como trabajó en toda su vida.

No puedo callar un hecho suyo que le honra en alto grado: trabajó años y más años en su juventud para cumplir compromisos que no eran suyos; trabajó para que no se infiriera ofensa á la memoria de su hermano amado, muerto trágicamente.

En 1878 celebró un convenio con Sardou, comprometiéndose á traducir sus obras y á hacer valer sus derechos de autor en Italia, tomando para sí la mitad del producto; convenio que resultó ventajosísimo para el autor francés y para él. Igual arreglo hizo en seguida con otros autores dramáticos franceses, siendo esta la fuente principal de su fortuna, una parte de la

cual, sin embargo, perdió en la última crisis bancaria de la ciudad de Turín.

Por su aspecto es un hombre cansado y un poco agriado por la experiencia del mundo. Pero en familia, en el círculo de los viejos amigos, y con cuantos jóvenes recurren á él pidiéndole ayuda ó consejos, se manifiesta como era en sus mejores años: bueno, generoso, dispuesto al entusiasmo, fácil á la simpatía.

Es un creyente firme, no sé si en el dogma, pero ciertamente en la vida futura. En la cuestión social, se muestra perplejo entre la fuerza atractiva de las verdades que entrevé y un oscuro temor del porvenir, que restringe el horizonte de su pensamiento lúcido y penetrante. Con él, sin embargo, no he tocado jamás este tema. Cuando me hallo en su compañía, no quiero turbar con discusiones los caros recuerdos que en mí despierta su presencia: los recuerdos de los hermosos años de la adolescencia, cuando le llevaba mis primeros versos y trémulo estaba pendiente de sus labios, más pródigos en útiles enseñanzas que en peligrosas laudatorias.

*
*
*

Ya que Bersezio me ha llevado á Turín, aquí me quedo para presentar al viejo Luis PIETRACQUA, fundador del teatro de dialecto piamontés, autor de más de cien comedias, casi todas afortunadísimas, muchas de las cuales viven aún y son aplaudidas. Era un pobre obrero tipógrafo; hoy es célebre, pero más pobre que antes, aun cuando siga escribiendo dramas... por 300 liras cada uno. Viéndole pasar por la calle pobremente vestido, arrastrando los pies, con el sombrero ladeado sobre la cabeza encanecida, con un resto de cigarro entre los dientes, con el rostro descarnado y un ojo perdido, no se diría que es el mismo comediógrafo que durante veinte años fué el ídolo del público piamontés, coronado por una gloriosa popularidad que nadie alcanzó jamás. Y menos se creería aún que haya derramado en su teatro los más tiernos afectos, la más idílica poesía, la más santa moral que pueda predicarse desde el púlpito. Pero conviene decir que á todo esto ha unido casi siempre un poderoso realismo en la pintura de los caracteres y de las costumbres populares, y una fuerza cómica extraordinaria. Nació del pueblo y en el pueblo ha permanecido: un bohemio

en el sentido más simpático de la palabra: que pasa ocho horas del día en el café escribiendo sus artículos y sus comedias entre un vaso de cerveza y un periódico, en medio del vaivén horroroso de los parroquianos, sin preocuparse absolutamente del hoy ni del mañana.

Todo el pueblo de Turín le conoce y le ama, porque recuerda á todos dulcísimas emociones y momentos de deliciosa alegría.

Escribe aún, como he dicho, y en sus nuevos trabajos es siempre feliz el concepto, hábil la factura y de gran efecto algunas escenas; pero ha perdido la espontaneidad, la estructura sólida, la fuerza arrebatadora de las obras de otro tiempo. La cualidad que conserva completa y que despliega principalmente en la conversación, es un excelente buen sentido que deriva en gran parte de su buen corazón, y una amable sencillez. La gloria ha pasado sobre él sin alterar en lo más mínimo ni su indole, ni su manera, ni su vida. Lo malo es que no ha alterado tampoco sus condiciones de fortuna.

Puede decir, con verdad, que de la gloria no ha obtenido más que el laurel.

*
* *

El autor más potente del teatro del dialecto piamontés es en la actualidad Mario LEONI, cuyo nombre conocen sin duda la mayor parte de mis conciudadanos de la Argentina, aunque no sea más que por su famoso drama *I mal nutriti*, representado quizá doscientas noches en el teatro Ros-sini.

Es joven aún y ha dado ya al teatro siete ú ocho dramas atrevidos, no exentos de defectos, pero de grandísima eficacia, algunos de los cuales han sido traducidos y representados con éxito fuera de Italia.

La condición social de este afortunado autor dramático es muy curiosa. Las admiradoras que quieren verlo de cerca van á comprar algunos metros de tela á una antigua tienda, próxima al palacio municipal, donde él mismo está midiendo y vendiendo desde la mañana hasta la noche. Durante años fué dependiente; no hace muchos que es propietario. Siendo dependiente comenzó su carrera dramática, ocultándose con un seudónimo por temor á que sus patronos, descubriendo al poeta, despidiesen al empleado. El poeta fué descubierto, sin embargo; se le perdonó gracias al éxito, pudiendo seguir manejando á un

tiempo el metro y la pluma. Un poeta célebre, pero de alma pequeña, se avergonzaría de estar detrás del mostrador, disputando sobre los precios con sus parroquianos.

Mario Leoni no es de alma pequeña.

No es decible la gracia y la desenvoltura con que recibe en su tienda, entre uno y otro negocio, á sus amigos y admiradores.

Alto, esbelto, de pequeño y vivísimo rostro, iluminado por una sonrisa de niño, con la charla briosa y apresurada del vendedor que necesita acaparar al público, seduce del mismo modo á la clientela que al patio del teatro, y no es menos admirable en la tienda que en la escena.

Pero los negocios se enredan demasiado con las comedias.

Si prospera el comercio, gana el teatro; pero si vienen malos días para el primero, el teatro piamontés esperará en vano un drama de éxito ruidoso. Yo no paso nunca por la plaza del Municipio sin entrar á estimular á mi queridísimo amigo, y me alegra por el arte cuando veo la tienda llena.

* *

También vive en Turín Valentin CARRE-RA, el autor de la *Quaderna di Naroni*, de *Capitale e man d'opera* y de *La mamma del vescovo*, uno de los autores dramáticos más populares de Italia. Sería un magnífico fraile en el coro de la conjura de *Gli Ugonoti*.

Colocad bajo un ancho sombrero una cara huesuda y extraña, con dos ojos pequeños muy penetrantes, coronados por dos enormes cejas negras; pegad en seguida en esta cara una desmesurada barba gris, que descienda desde media mejilla casi hasta la cintura, y tendréis á Carrera, una especie de mago de la literatura teatral y de *coco* para los niños, que debajo de aquella selvática barba esconde un corazón de oro.

Se siente hoy un poco desconcertado por la nueva corriente que ha desviado al público de la pura comedia italiana, que es la suya; y por esto observa más que trabaja. Pero hay en él poder suficiente para dar á nuestra escena muchas, buenas y bellas cosas.

Vive solo muy modestamente, con dignidad igual á su modestia. Es en el sentido más riguroso de la palabra, un hombre

honrado, *rara avis*. Y todas sus comedias reflejan fielmente su sér.

Continúo con los piamonteses. En el Piamonte no pasó más que sus primeros años el Conde Angel DE GUBERNATIS, uno de los ingenios más versátiles de nuestro tiempo, conocido singularmente por sus obras de erudición y de filosofía, pero experimentado en todos los géneros, desde el drama indio hasta el Diccionario biográfico, desde la poesía lírica hasta el libro para niños, desde la historia hasta la filología, la novela, la crítica, la literatura descriptiva... Es el primer *lanzador* de Revistas que ha existido en el mundo. Creo que no ha fundado menos de una docena.

Este hombre pequeño, menudo, de no mucha salud, que tiene el aspecto de un muchacho envejecido, está dotado de una actividad prodigiosa y de un valor increíble. Se aplica al inmenso trabajo de fundar una Revista como otro al de hacer un soneto. Es capaz de escribir 500 cartas en quince días á escritores del mundo entero. Ha viajado mucho, tiene innumerables re-

laciones, sabe valerse de todas; consigue poner en movimiento las plumas más perezosas; es el más infatigable agitador literario de Italia. Ha batallado con medio mundo y aun batalla. No le arredra ninguna empresa, ninguna dificultad. Le creería capaz de emprender á los noventa años una Historia universal.

Fué rico, hospitalario y espléndido; hoy no tiene más que el sueldo de profesor de la Universidad de Roma. Es un hombre desinteresado, ignorante del valor del dinero, desprovisto de todo sentido práctico de la vida, pronto siempre á dar su último duro á un amigo más pobre que él.

Ultimamente dirigía la revista *Natura ed arte*, que le debe su éxito, por poco más de cien liras al mes. Ahora dirige otra revista, *La vita italiana*, fundada por él mismo. Hace años ideó y organizó en Florencia las fiestas en honor de Beatriz, poniendo en ellas buena parte de su fortuna. No me sorprendería que estuviese meditando alguna otra cosa del mismo género.

Hoy está en Roma; mañana podrá estar en Rusia, en Portugal ú otra vez en la India.

Enseña la historia de las religiones,

pero con seis meses de preparación creo que podría enseñar cualquiera otra cosa.

Conoce no sé cuántas lenguas, desde el piamontés hasta el sánscrito.

Puede colocarse entre los turineses á Arturo GRAF, el autor de la *Medusa* y de *Roma nella memoria e nella immaginazione del Medio Evo*, no menos conocido que admirado en Italia como poeta y como erudito, como conferenciante y como crítico.

Hijo de una napolitana y de un alemán, nacido en Atenas, criado en Alemania, educado en Rumelia, con residencia por muchos años en Nápoles y habitante desde hace casi veinte en Turín, donde es profesor de letras en la Universidad, es un conjunto de las cualidades y de los defectos de varios pueblos. No tiene aún cincuenta años. Es poeta lleno de melancolias y de desesperaciones, pero ama las comodidades de la vida como un epicúreo. Es socialista convencido y aristocrático en gustos y simpatías. Tiene un corazón capaz de los más nobles afectos, y es en su lenguaje y en sus modales tan frío y poco atractivo

como el más seco de los ingleses. Es alto, elegante en su persona y elegante en el vestir: tiene rostro irregular y descarnado, barba escasa, pronunciación un poco forzada y una hermosa voz de tenor. Parece por su aspecto un hombre fastidiado de sus semejantes y cansado de la existencia.

Su mirada no se anima más que por una mitad del género humano, en la cual ha despertado muchas simpatías y no poca pasiones.

Al hablar en público, y particularmente al defender los derechos de la ciencia y sus ideales artísticos, parece otra distinta naturaleza; su voz se acalora, su semblante se enciende y sus gestos se vigorizan. Pero aun en tales momentos, su lenguaje es siempre de una precisión matemática, ordenado, con períodos siempre regulares como los de un tratado perfecto. Se ha adherido al partido socialista, bien que condicionalmente en cuanto á los métodos de lucha; es socialista de razón, no de pasión. No hay peligro de que se le denuncie un artículo ni que tome parte en la propaganda activa. Será siempre un socialista solitario, que escribirá su artículo para el 1.º de Mayo, y dará su óbolo mensual, sin pro-

porcionar inquietudes á la autoridad. Todas sus convicciones y sus entusiasmos se ahogan en el sentimiento leopardiano de la *infinita variedad del todo*.

Forma una antítesis perfecta con él, moral y físicamente, José GIACOSA, un hombre de estructura colosal, de ancha cara sonrosada de propietario alpino, exuberante de vida, afectuoso, alegre, sencillo, gran comilón, hablador abundoso y lleno de colorido, festivo en reunión de amigos, dulcísimo en familia, infatigable en los Alpes y artista y escritor de la fuerza y de la finura que todos conocen. Él también había nacido para ser gran señor; el no ser millonario es el mayor de sus defectos.

No se ocupa de política por profesión, ni pertenece á partido alguno, pero no es un indiferente. Su alma grande y buena de artista siente las miserias y todos los dolores humanos, y creo que sólo el respeto á la grandeza de ciertos problemas es lo que le ha alejado hasta ahora de afrontarlos en sus trabajos dramáticos.

Siempre que he hablado con él de estos

temas he hallado con alegría un eco sonoro en su mente y en su corazón.

Pero la conversación recae forzosamente al poco tiempo en el arte, y cuando habla de él es verdaderamente encantador, como cuando lee ó recita versos. En esto, creo que nadie le supera.

Posee una melopea exclusivamente suya, entre recitado y canto, que acaricia el oído y se enseñoorea del corazón y de la fantasía con una fuerza y una dulzura que no pueden expresarse con palabras.

Las últimas frases que han brotado de mi pluma, despiertan en mí un sentimiento repentino de tristeza. He conocido otro que decía los versos con fuerza y con dulzura no menores que Giacosa; y su voz, desde hace algunos días, resuena en mi corazón como si vibrase en mi oído, despertando mil recuerdos íntimos y queridos del período más feliz de mi vida.

Él me decía versos de Andrade y de Guido y Spano, hace once años, á bordo de un vapor que remontaba el Paraná con rumbo á Rosario. Hacía poco que le conocía personalmente, pero de tiempo atrás

conocía por sus cartas su ingenio vivo, variado, lúcido, en el cual se aunaban las más bellas facultades del pensador y del artista, con un corazón vibrante de afecto y de entusiasmo, en el que el amor ardiente y activo de la propia patria parecía encender en vez de sofocar el afecto y la admiración que sentía por la mía.

Cada vez que mi pensamiento vuelve á Buenos Aires, le hallo entre los primeros amigos, le veo junto á mí á cada paso, oigo sus buenos consejos, sus amistosos estímulos, sus discusiones llenas de espontaneidad y de ideas.

Su saludo fué el primero que oí al desembarcar, él fué el último á quien abracé en la hora triste de la despedida. Desde entonces no volví á oír su voz sino cuando me anunció la muerte de uno de sus hijos, que era mi predilecto; y digo oír su voz, porque su carta era tan profundamente desgarradora, que el eco de un grito suyo ó de un sollozo, no habría conmovido más mi alma.

Hoy me llega otra vez su voz al corazón, y es para darme un adiós supremo. ¡Adiós, sí, mi querido, mi inolvidable López!

II

Leopoldo Marengo.—Conrado Corradino.—César Lombroso.—Cristóbal Negri.—Angel Mosso.—Lorenzo Stecchetti.

AÑOS hace que ya no habita en Turin Leopoldo MARENCO, el autor de la *Celeste*, del *Falconiere* y de un centenar de obras entre dramas, tragedias, comedias é idilios, escritos en los versos más fluidos y más dulces que jamás hayan resonado en la escena italiana. Va errando de ciudad en ciudad. Cuando era joven tenía la presencia de un arrogante Oficial de caballería, alto, elegante de formas y en el traje, rubio, gallardo, alegre, amabilísimo. De la belleza juvenil no le queda más que los ojos color de cielo, antiguo amor de las jóvenes poéticas, y el color delicadamente sonrosado, que unidos á los niveos cabellos, le dan la apariencia de un querubín enve-

conocía por sus cartas su ingenio vivo, variado, lúcido, en el cual se aunaban las más bellas facultades del pensador y del artista, con un corazón vibrante de afecto y de entusiasmo, en el que el amor ardiente y activo de la propia patria parecía encender en vez de sofocar el afecto y la admiración que sentía por la mía.

Cada vez que mi pensamiento vuelve á Buenos Aires, le hallo entre los primeros amigos, le veo junto á mí á cada paso, oigo sus buenos consejos, sus amistosos estímulos, sus discusiones llenas de espontaneidad y de ideas.

Su saludo fué el primero que oí al desembarcar, él fué el último á quien abracé en la hora triste de la despedida. Desde entonces no volví á oír su voz sino cuando me anunció la muerte de uno de sus hijos, que era mi predilecto; y digo oír su voz, porque su carta era tan profundamente desgarradora, que el eco de un grito suyo ó de un sollozo, no habría conmovido más mi alma.

Hoy me llega otra vez su voz al corazón, y es para darme un adiós supremo. ¡Adiós, sí, mi querido, mi inolvidable López!

II

Leopoldo Marengo.—Conrado Corradino.—César Lombroso.—Cristóbal Negri.—Angel Mosso.—Lorenzo Stecchetti.

AÑOS hace que ya no habita en Turin Leopoldo MARENCO, el autor de la *Celeste*, del *Falconiere* y de un centenar de obras entre dramas, tragedias, comedias é idilios, escritos en los versos más fluidos y más dulces que jamás hayan resonado en la escena italiana. Va errando de ciudad en ciudad. Cuando era joven tenía la presencia de un arrogante Oficial de caballería, alto, elegante de formas y en el traje, rubio, gallardo, alegre, amabilísimo. De la belleza juvenil no le queda más que los ojos color de cielo, antiguo amor de las jóvenes poéticas, y el color delicadamente sonrosado, que unidos á los niveos cabellos, le dan la apariencia de un querubín enve-

jecido. Amó y ama todavía la vida divertida, fué pródigo, tuvo muchas desventuras domésticas, en las cuales le consolaron sus muchos y fieles amigos.

Es un gran trabajador peripatético; compuso casi todas sus obras paseando y conservándolas en la memoria desde el primero hasta el último verso. Recitó varias veces y bastante bien. Es un cocinero *aficionado* de primer orden, y no menos valiente en la mesa que en la cocina. Se rejuvenece entre los amigos, y más aún en compañía de las señoras; y entonces, en sus grandes ojos azules, brilla el gozo de los triunfos antiguos y relampaguean ideas de nuevos dramas que luego no traduce en actos. Ultimamente se ha aproximado al socialismo; pero, según creo, sin entrar en el partido militante. Hace algún tiempo que ya no da nada á la escena, quizás porque le resulta difícil una transformación que, sin embargo, reconoce como necesaria. Pero muchas de sus obras tienen aún vida vigorosa y la conservarán por largos años.

Pocos de los demás autores italianos tuvieron carrera tan brillante, feliz y envidiada como la suya. Mas quizá le perju-

dicaron sus grandes éxitos juveniles, porque tenía en sí fuerza bastante para llegar á ser más variado y más profundo de lo que fué, y no se aprovechó de todo ello.

Y, así y todo, su teatro tiene el color de sus ojos.

*
*
*

Otro poeta piamontés, que se ha pasado con armas y bagajes á las filas del socialismo, es CONRADO CORRADINO, profesor de Bellas Letras en un Liceo, igualmente conocido por sus obras líricas que por sus conferencias, predilectas unas y otras de las señoras y señoritas, de quien fué el ídolo durante muchos años, tanto por lo exquisito del sentimiento y por la gracia de la palabra, como por la elegancia de la persona.

Esta adoración femenina ha disminuído un tanto desde que sobre su hermosa cabeza morena comienza á caer la escarcha de los cuarenta, y más aún, después de su profesión de fe socialista, que fué seguida de un laborioso y valiente apostolado, por el cual más de una vez corrió el riesgo de ser encausado y recluso.

Corradino habría sobresalido más en el

arte, si por las necesidades de la vida no hubiera estado ligado á la cátedra, la cual, además de limitarle el tiempo y la libertad del pensamiento, ha echado sobre su ingenio y sobre su modo de escribir y de hablar una ligerísima sombra de convencionalismo académico. Pero su naturaleza rebosa tanto afecto y entusiasmo, es tan rica su facundia de orador, que no deja advertir aquel defecto sino á los observadores más sutiles. Tiene la profundidad de sentimiento de un piamontés, la alegre viveza de lenguaje de un meridional y la hermosa pronunciación de un toscano. Los años y las nuevas ideas han cambiado por completo los hábitos de su vida: hoy se encierra por completo en sus estudios y en su familia.

Con la fe socialista ha entrado en él una nueva fuerza que dará ciertamente frutos espléndidos. No conozco otro hombre en quien esa fe haya producido efectos morales más admirables: esa fe le ha hecho más afectuoso, más bueno, más sencillo, más fuerte, no sin que también le haya producido calumnias y amarguras sin cuento.

Sin embargo, sus discípulos no le acarrearon sinsabores, le aman como siempre le amaron, porque siempre encontraron

en él un profesor sin par y un noble educador.

Está preparando ahora la publicación de muchas cartas inéditas é interesantísimas de la Condesa de Albany, la célebre amiga de Victor Alfieri, llegadas de modo muy extraño á sus manos.

* *

Pongo entre los escritores turineses á César LOMBROSO, lombardo, porque vive en esta ciudad hace veinte años. El famoso psiquiatra es un hombre pequeñito, un tanto encorvado, que anda á pasitos menudos, arrastrando los pies, como si temiese resbalar, y tiene un rostro fresco y sonriente, con dos hoyos en las mejillas que le dan un aire infantil originalísimo. A nadie que esté á su lado sin conocerlo, le pasará por la cabeza que aquel hombrecillo jovial y por muchos respectos muy ingenuo, sea el terrible autor de *L'uomo* y de *La donna delinquente*, que ha palpado en lo que lleva de vida más cabezas de ladrones y de asesinos que cigarrillos hemos fumado nosotros. Lombroso habla de todos los horrores que ha visto y ve con la misma serenidad con que un flo-

ricultor habla de sus flores. Su conversación produce mayor estupor de lo que uno puede imaginar. Después de haberle oído discurrir una hora, os parece que habéis corrido durante todo un día de la cárcel al manicomio, del hospital al depósito de autopsias, de la sala de lo criminal á la corte de los Milagros y os queda en la mente una visión espantosa de cráneos, de manos ensangrentadas, de rostros de hipnotizados, de apariciones de espíritus, de monstruos de toda naturaleza y de todas formas.

Su casa es un museo de cosas tremendas. Su memoria es un inmenso almacén de observaciones, datos, biografías, tipos humanos extraordinarios y variadísimos, con alguno de los cuales parece que ha vivido largo tiempo en la más íntima familiaridad. Es un trabajador infatigable, capaz de llevar adelante al mismo tiempo diez tareas de índole completamente diversa.

Aun en estos momentos en que, quebrantado por una enfermedad gravísima, que quizá haga necesaria una operación quirúrgica de las más peligrosas, Lombroso escribe, da sus lecciones en la Universidad, visita cárceles, asiste como perito en los

procesos, pronuncia conferencias, demostrando una fortaleza de ánimo verdaderamente heroica.

De joven tuvo varios desafíos; los años y la familia, á la que ama con tiernísimo afecto, han apaciguado y casi transformado su temperamento. Propende ahora á la idea socialista, y por esto se ha engrosado la falange de sus enemigos, que son numerosísimos y encarnizados; pero que no consiguen turbar en lo más mínimo la serenidad laboriosa de su vida.

* * *

Lombardo también de nacimiento, pero turinés por elección, es el más que octogenario Cristóbal NEGRI, separado hoy del mundo por una sordera casi completa. He dicho turinés por elección, refiriéndome á la residencia, porque en la índole, en el humorismo, en el acento, Negri ha seguido siendo un lombardo purísimo, lo mismo que continuó siendo siempre literato á través de las variadas ocupaciones que fué teniendo: de la Secretaría particular de Cavour á la presidencia de la Sociedad Geográfica, á la Inspección general de Consulados, á

las funciones de representante de Italia en no sé cuántos Congresos internacionales.

De obras literarias no deja más que la *Storia politica dell'antichità paragonata alla moderna*, que no me arriesgo á juzgar. Quizás le impidió el escribir más el haber hablado demasiado. No conocí en el mundo un monologuista con más facundia que él sobre todos los asuntos. Se nombra delante de él un planeta, un explorador africano, una montaña ó un río cualquiera del viejo ó del nuevo Mundo: Negri es capaz de improvisar una conferencia astronómica, biográfica, geográfica ó histórica, en la cual os descarga encima tanta erudición, que estaréis una hora con la boca abierta. Y la erudición de Negri se alía con un lenguaje cómico, con salidas tan inesperadas como originales, que no da lugar á aburrirse un momento.

Es maestro en trazar con la palabra retratos en caricatura.

Hasta su figura es singular: un hombrón de robustísima fibra, con rostro negro y lampiño, armado con una nariz de pico de águila, que se encorva sobre una boca pequeña de labios afilados y llenos de agudezas, de los cuales sale una voz estridente

y ruda, ayudada por una mimica de movimientos bruscos y amplias maneras profesionales.

En su casa, como en su imaginación, se encuentra algo de todas las regiones del mundo; entre otras cosas, un preciosísimo tesoro epistolar de todos los viajeros más célebres de todos los países. La sordera en estos últimos años ha mudado su humor, que de festivo se ha hecho triste é irritable.

Pero en sus mejores años fué un hombre de trato agradabilísimo, expansivo y bueno, dígame lo que se quiera, con sus viejos amigos y con los jóvenes que recurrían á él para aprender ó aconsejarse.

Hoy día está casi olvidado y hasta sus facultades intelectuales, desgraciadamente, se van extinguiendo con rapidez.

Anotaré también, antes de dejar el Piamonte, á Angel Mosso, el autor de *La Paura* y de *La Fatica*, uno de los fisiólogos más sólidos de Italia, y de los más felices vulgarizadores de la ciencia.

Es uno de esos hombres cuya vida fué

una ascensión continua, una serie no interrumpida de ásperas batallas, coronadas todas por la victoria.

Hijo de un carpintero, conoció en la niñez y en la adolescencia todas las durezas de la pobreza, hizo sus estudios á costa de indecibles sacrificios y de heroicos esfuerzos de voluntad, conquistó su campo palmo á palmo. Conocido ya y estimado como fisiólogo, pero privado de cultura literaria, quiso llegar á ser escritor, y también lo consiguió.

Para quien le conoce de cerca es objeto continuo de maravilla.

Lo que Goethe decia de Schiller, que de ocho en ocho dias le encontraba más cercano á la perfección, puede decirse también de Mosso, hasta cierto punto. De semana en semana le encontraréis más culto. Su imaginación está perpetuamente de caza, todo lo aferra, de todo se aprovecha, con todo nutre su espíritu. Mosso está dotado en sumo grado de lo que Taine llamó la facultad de *sálirse de las propias facultades*. Habla con igual facilidad el francés, el inglés y el alemán; hace investigaciones y descubrimientos fisiológicos, está á la mira en todas las ciencias, y siempre ha leído ú

oído la última novela ó la última comedia de que todos hablan. No tiene aún cincuenta años, conserva toda la flor de sus fuerzas físicas é intelectuales, es el movimiento perpetuo en persona, trabaja en todo, de todo sabe, estudia las cosas y los hombres bajo todos sus aspectos, y hace trabajar la imaginación de cuantos se le acercan.

Rasgos físicos característicos: una gran nariz audaz de conquistador y dos ojos pequeñitos, sonrientes y muy vivos, que ven cien cosas en un momento y os escrutan hasta lo más profundo del alma. En cambio, sabe esconder su propio espíritu. Bajo las bellas cualidades, que no le faltan, de cordialidad, de cortesía, de amistosa jovialidad, tiene, sin embargo, un *yo*, ó una gran parte de su *yo*, que ni aun sus amigos más íntimos consiguen atrapar. De poco tiempo á esta parte se ocupa con gran ardor del problema de la educación física de la juventud, y no dudo que también prestará en este campo útiles servicios á su país.

* *

Y ahora pasemos á la Romaña. En primer lugar, tenemos á Lorenzo STECCHETTI. Es necesario ir á desenterrarlo á su biblio-

teca de la Universidad de Bolonia, donde siempre se está seguro de encontrarlo. También es éste un hermoso romañolo, sólido y vigoroso, por más que no esté lejano de los cincuenta. Pero aquel que al aproximársele, crea volverá encontrar al poeta de *Póstuma*, se engaña. En sus modos y en su conversación no se encuentra más que al crítico y al motejador: ninguna expansión, una fría compostura, una sonrisa irónica, una finísima burla, aire de desengaño y de indiferencia por todo.

El gran ruido que en torno suyo se hizo, ha cesado desde hace algunos años, y él parece estar contentísimo de ello. Diríase que es un hombre que se ha secado con su fama. Jamás responde una palabra á sus admiradores, ni aunque se le escriban tres cartas certificadas una tras otra, y no pondría una línea en un álbum aunque le dieran su propio peso en oro. Y, sin embargo, todavía existen llamas latentes en él, que á raros intervalos estallan: en estos últimos meses ha escrito y publicado, bajo un seudónimo, algunas hermosas y terribles poesías contra la hipocresía religiosa, la reacción y la corrupción invasoras.

En el fondo es socialista; pero no tiene

bastante fe para alistarse en el partido; á más de que teme, no sin razón, que le envíen de bibliotecario á cualquiera isleta del mar Tirreno, donde el clima no sea favorable para su salud. La vida intelectual de Stecchetti se reduce actualmente á los estudios de erudición, que siempre fueron sus predilectos; pero de la vastísima cultura que posee no hace alarde ninguno, no tanto por modestia, cuanto en parte por abandono, y en parte, por su vivísimo aborrecimiento de toda ostentación y de toda panderia. Me causa el efecto de un hombre que ha llegado á ser célebre á despecho suyo. Y no es este uno de los últimos atractivos de su compañía.

Hablando con él me parece tener delante dos Stecchetti: el uno, el poeta aclamado; una larva que ya no da signos de vida, y el otro, el Stecchetti vivo, que me muestra al primero, sonriendo, como un viejo traje de Carnaval, que le recuerde las alegres locuras de la juventud.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



III

Enrique Panzacchi.—Carducci.—Luis Rasi.—Antonio Fogazzaro.—Pablo Fambri.—Jacinto Gallina.—León Fortis.

EL tipo opuesto de Stecchetti, por más de un concepto, es Enrique PANZACCHI, boloñés de cuerpo y alma, popularísimo en su ciudad, bien querido de todos—una figura de robusto coronel de artillería retirado, de índole expansiva tan impetuosa y ruidosa como la de los cómicos, pero sincera, nacida de una verdadera y profunda bondad. Es uno de los *charladores* más variados y más amenos que he conocido, capaz de teneros á la mesa desde las siete de la tarde hasta las tres de la madrugada, pasando de una discusión musical á una disquisición filosófica, á una anécdota bufa, á un ensayo de imitación mímica, á una confidencia paternal—todo esto interrumpido

de cuando en cuando por imprevistos estallidos de beatífica hilaridad infantil—sin que lleguéis á sentir ni el más leve asomo de cansancio.

Una de sus más hermosas facultades es una elocuencia vasta y fluida, sostenida por una potente voz de barítono que fluye como un río majestuoso. Su fama oratoria fué motivo, hace años, de un accidente doloroso para él; un vanidoso de Bolonia, medio loco, que solía arengar al pueblo, contrariado de oír hablar siempre del orador Panzacchi, que le disputaba la primacía de la elocuencia, le agredió una noche por sorpresa, y le apaleó tan fuertemente, que tuvo que guardar cama varios días.

No mucho tiempo después el agresor se arrepintió y le pidió perdón, y al mismo tiempo un empleo: Panzacchi le concedió lo uno y le procuró lo otro. En este rasgo está todo el carácter bonachón del hombre.

Es tolerante con todas las opiniones, cuenta con fieles amistades en todos los partidos, sabe estar bien con todos; pero es conservador y monárquico hasta la médula de los huesos. Hace años dedicó la colección completa de sus poesías á la Princesa

Letizia. En estos últimos días se adhirió plenamente á la política de Crispi. Y no se puede dudar de la sinceridad de sus convicciones. Pero la política no fué, ni podía ser nunca, su preocupación principal. Es demasiado profundo y exquisito artista para dar más importancia á un programa ministerial que á un nuevo libro de versos ó á una ópera nueva. Y siempre preferirá un asiento en el teatro municipal que en los escaños de la Cámara de Diputados.

*
*
*

Como boloñés debemos considerar al toscano Giosué CARDUCCI, el cual ha declarado ya que no puede vivir fuera de Bolonia, y que en Bolonia morirá. Su figura es de lo más extraño que puede imaginarse. Físicamente es hombre de escasa talla, sería imponente y hasta hermoso en su conjunto de belleza salvaje, si tuviera un palmo más de estatura. Su voluminosa cabeza de espesos y crespos cabellos, sus ojos oscuros y profundos, su boca enérgica y altiva y sus bruscos movimientos, y el accionar y el acento, todo en él es rudo, imperioso y casi amenazador.

Mantegazza ha dicho que del rostro de Carducci, en un acceso de ira, surgen fulgores, y en esta adulatora hipérbole hay algo de verdad. Pero el poeta tiene algunas veces relámpagos en los ojos y fugitivas sonrisas que dan á su rostro una expresión de extraordinaria dulzura. Jamás le he visto sino tranquilo y sonriente; no conozco al Carducci encolerizado. Lo vi por primera vez en un apartado rincón de una de las más modestas cervecerías de Bolonia, donde acostumbraba á pasar la velada con tres ó cuatro amigos bebiendo *Chianti* y fumando medios cigarros toscanos. Su pronunciación es siempre toscanísima; sus gustos sencillos, selváticos, como él mismo los llama, jamás se cambiaron; vistió siempre como un maestro de escuela. Creo que todavía, hoy mismo, estudia catorce horas diarias. Más de diez años hace que no le veo; en estos últimos, á juzgar por los retratos, le encuentro muy mudado; tiene una expresión de tristeza algo concentrada que me parece que no tenía cuando lo conocí.

Creo, sin embargo, que todavía no llega á los sesenta. No sé si escribirá aún algo que sea grande y duradero; pero de seguro

dejará escrita para la posteridad la historia íntima y razonada de su conversión á la fe monárquica y á la idea de Dios, de cuya sinceridad no dudo lo más mínimo, porque no es posible atribuirle ningún segundo fin razonable; y ciertamente será esta historia una de las páginas más originales y más útiles que hayan brotado de su maravillosa pluma.

*
*
*

Puesto que estoy en la Romaña debería hacer un apunte del poderoso y temerario novelista Alfredo Oriani; pero tendré que prescindir de él porque nunca pude satisfacer mi vivísima curiosidad de conocerlo personalmente. En su lugar presentaré á Luis RASI, el cual merecería la fama de que goza, aunque no hubiese escrito otra cosa que aquel delicioso monólogo *La Ordinanza*, que Ermete Novelli debe haber recitado muchas veces en la República Argentina y en todas partes.

Este hombre es una prueba viva de la verdad siguiente: que para formar un gran actor dramático, la cultura contribuye en una parte mínima. Luis Rasi, en cambio, fué un actor dramático poco más que me-

diocre, y es literariamente, cultísimo. Lo conocí cuando formaba parte de la compañía Pietroboni. Comenzó á adquirir fama con sus conferencias sobre los poetas latinos y con alguna que otra poesía italiana llena de gusto clásico. Luego fué nombrado director de la escuela de declamación de Florencia, donde se encuentra todavía.

Allí escribió su *Libro dei monologhi* que llegó á ser popular, y el *Libro degli aneddoti*, que hizo reír á media Italia. El autor de *La Ordinanza*, alma capaz de los más profundos y cariñosos afectos, está dotado de un espíritu cómico más bien único que raro, el cual no se manifiesta lo más mínimo en su rostro menudo y desmedrado de galán joven, rubio y sentimental. Y este talento único se significa principalmente en la imitación. ¡Cuántas veladas inolvidables he pasado en su compañía, viéndole imitar con maravillosa perfección á Ernesto y César Rossi, á Bozzolo, á Peracchi, á Salvini, y hasta á las actrices más célebres, á todos los autores dramáticos más en boga, desde Paolo Ferrari hasta Felice Cavallotti!

Cerrando los ojos hubiera jurado oír la

voz de ellos, y hasta el ruido de sus pasos y de su respiración; antes se cansaba su auditorio de reír á carcajadas que él de variar y prolongar el espectáculo, revelando á cada instante nuevas maravillas de observación y reproducción. No llego á comprender cómo este artista dotado de tan variadas y espléndidas facultades, no haya conseguido representar bien una comedia entera.

Quizás le apartan de intentarlo los éxitos familiares que todos los días alcanza donde quiera que se presenta. El caso no es raro. Es una de esas naturalezas entre perezosa y modesta, que se contenta con la gloria en moneda menuda, por terror á los riesgos de los papeles de más empeño.

* *

Pasando al Véneto, el primero que se me presenta es Antonio FOGAZZARO, poeta y novelista, del cual se dijo con justicia que «trata al arte como á una gran señora». Su aspecto y sus maneras son señoriles como su arte, y en su rostro se trasluce á primera vista, como se siente tam-

bién en su voz á las primeras palabras, la bondad exquisita y profunda de su alma; bondad fortificada por una firme fe religiosa, é iluminada por una vasta y variada cultura. La riqueza le ha dado y le da medios de dedicar á todos sus trabajos muchísimo tiempo; y no puede menos de reconocerse esto en lo admirable y acabado de su estilo y en la grave madurez de su pensamiento. Hace años que procura con asiduos estudios conciliar en su corazón y en su inteligencia la religión y la ciencia, y sobre este arduo problema ha escrito páginas, que quizá habrán persuadido á pocos, pero que han hecho pensar á muchísimos. Pertenece á la familia de los socialistas cristianos, pero entre ellos ocupa puesto aparte, y tiene el raro mérito de llevar sus ideas á la práctica en beneficio de los que cultivan sus tierras. No lo conocí personalmente sino hace pocos años. Dejó en mi alma una impresión dulcísima. Quedé encantado de la elevada serenidad de su espíritu, de la suavidad casi femenil y al mismo tiempo poderosa de su palabra reposada y limpia, y de la tranquila seguridad de su fe.

Era feliz en aquellos días porque había

llegado á poseer la fotografía del cadáver de una hija suya, en cuyo rostro de serenidad angelical aparecía como reflejo de la aurora de una nueva vida. En aquella fotografía había escrito: *In lumine vite*. Había venido entonces á Turin para dar una conferencia sobre el poeta Giacomo Zanella, y había fascinado á su auditorio, compuesto en gran parte de las señoras más instruidas de la ciudad. Es uno de esos raros escritores, cuya persona, voz y maneras se corresponden tan perfectamente con el espíritu de sus obras, que cuando sus admiradores le ven y le escuchan por primera vez, caen en la ilusión de haberlo visto y escuchado ya antes en algún sitio y ocasión que no recuerdan.

No conozco otro escritor italiano de mi generación más digno que él de ser puesto, no digo próximo, sino al lado de Alejandro Manzoni.

*
* *

Por afición al contraste, paso de repente á Pablo FAMBRI, á aquel á quien Carducci llamó «El gran Voltaire de las lagunas», en otro tiempo Capitán de Ingenieros, lue-

go periodista, Diputado é Ingeniero, autor dramático y empresario de construcciones, escritor de Jurisprudencia y de Filosofía, epigramista agudísimo y tirador de esgrima de primera fuerza.

Hoy tiene ya muy cerca de los setenta años; podría quitarse diez lo menos y todo el mundo lo creería.

Sus enemigos políticos le llaman Polifemo.

Más propio sería llamarle el Sansón de la literatura italiana. Es un coloso, dotado de una fuerza prodigiosa, que os trituraría los huesos de los dedos al estrecharos la mano, sin hacer el más mínimo esfuerzo. Pero de aquel ancho pecho de bronce, que podría sostener una pieza de artillería, brota una risa franca y juvenil, en la cual se siente la cordialidad y la alegría de una naturaleza humana. Si como pensador y como artista tiene un defecto, el de buscar algunas veces la originalidad, cuando para ser original no tiene más que seguir su naturaleza, en la conversación, sin embargo, tiene todos los atractivos y ninguno de los defectos del escritor. Expresa todos sus pensamientos en una forma exclusivamente suya, conceptuosa é incisiva, sirviéndose

de las comparaciones más inesperadas, y ayudándose con arte ingeniosísimo de todos sus variados conocimientos, de tal modo, que hasta en un breve discurso suyo y sobre el asunto más sencillo, sentís el sabor del poeta, del soldado, del matemático, del hombre de negocios y del maestro de esgrima.

He dicho del hombre de negocios; pero en realidad los negocios le rindieron todavía menos beneficios que la literatura, pues ya en edad avanzada, después de especulaciones nada felices, tuvo que volver á agarrarse al duro trabajo del periodista para proveer á sus necesidades y á las de su familia. Pero volvió á esta tarea del periodismo con una fuerza de ánimo parecida á su fuerza física; y de ésta se sirvió defendiendo á los débiles y confundiendo á los prepotentes. No hace mucho que en una plazuela de Venecia tomó la defensa de una mujer contra un mandadero hercúleo que quería pegarle. El mandadero, que no lo conocía, le dijo para provocarlo á «singular combate» que también le iba á pegar á él. Fambri lo agarró por un brazo y le dió una sacudida — una simple sacudida — á guisa de amistosa advertencia, y bastó. La

mujer pudo marcharse tranquilamente, y tranquilamente se fué también el mandadero.

También por afición al contraste pongo al lado del enorme Pablo Fambri al pequeño Jacinto GALLINA, gloria del teatro veneciano en dialecto y amor de todos los corazones nobles de la Península. Sus grandes bigotes negros de sargento de caballería son un simple espanta-pájaros, desmentido por la dulzura de sus ojos reflexivos y tímidos, semejantes á los de un niño enfermizo por excesiva precocidad de talento. Su timidez, su facilidad para confundirse y perder el habla y hasta la conciencia de sí mismo, ante personas con quienes no tiene familiaridad, llegan hasta los límites de lo increíble, y harían reír de todo corazón, si no se viera claramente que van acompañadas por un vivo sentimiento de pena.

Citaré un ejemplo curiosísimo.

Le acompañé el año pasado á ver al alcalde de Turin, Melchor Voli, quien le rogó que escribiera unas palabras como dedicatoria en un retrato suyo, que un fotógrafo de Venecia le había enviado de regalo. En

el acto de escribir, Gallina estaba tan confuso por la presencia de la primera autoridad municipal, que, habiéndome preguntado el nombre de pila de Voli, estuvo á punto de escribir: *A Melchor Gioia*, el famoso economista, en vez de *Melchor Voli*; ya había escrito la G del apellido, y apenas si tuve tiempo de advertírselo antes de que fuera imposible la corrección. Y salió del municipio avergonzado, furioso contra sí mismo, diciendo que se iba á quedar sin seso, y que estaba destinado á morir en un manicomio.

Y tal se muestra en todas las circunstancias análogas. Jamás ha conseguido pronunciar diez palabras de agradecimiento en ninguno de los cincuenta banquetes de honor con que le han obsequiado. No consiguió salir del paso más que abrazando y besando á los comensales, con lágrimas en los ojos... pero con la boca cerrada. Y la modestia que tiene en su ánimo la tiene en su vida. Vive como un pobre diablo. Es capaz de hacerse su comida en el cuartito que toma en alquiler en un quinto piso, en las grandes ciudades donde se aplaude diez noches seguidas una nueva comedia suya. Come lo mismo que un pájaro; parece que no vive sino con cigarros virgínia.

El año pasado el municipio de Venecia le fijó una pensión anual de 2.500 pesetas; fué necesario una gran insistencia por parte de sus amigos para que la aceptara: le parecía que iba á arruinar á la ciudad de los Dux.

No creo que de esa pensión éntre un duro en su bolsillo. Morirá pobre y tímido como ha vivido, pidiendo perdón por la molestia á los últimos amigos que vayan á visitarle, y arrepintiéndose de haber tenido la gloria de poeta dramático sin merecerla.

Tiene un solo defecto grave: el de la tardanza en escribir. Cuando contesta á una carta, lo hace á los seis meses. Pero en compensación tiene esto de bueno: durante cinco meses y medio, todos los días, cada vez que ve la carta, se pega con los puños en la cabeza y exclama con sincero remordimiento:—¡Y todavía no he contestado! ¡Pero esto es una villanía, una vergüenza! tras de lo cual exhala un suspiro, y vuelve á guardar la carta... sin contestarla.

* * *

León Fortis, veneciano de nacimiento, que ha pasado casi toda su vida en Milán, es el autor de aplaudidos dramas, y funda-

dor del no menos afortunado periódico político *Il Pungolo*, que fué por muchos años el de mayor circulación en Lombardia, como él fué el periodista más brillante de Italia.

¿Quién hubiera pronosticado jamás, en los buenos tiempos de su ruidosa popularidad, cuando cada polémica suya era un triunfo, y le llovía el oro sobre la cabeza, que iba á concluir en la modesta *sine cura* de redactor de la *Gazzeta Ufficiale*?

Y así es. La pluma le había hecho rico, pero la afición á la vida espléndida, y principalmente á las espléndidas cenas, y la generosidad de príncipe (justicia es reconocerlo así), le redujeron á la pobreza. Pero en las varias alternativas que pasó de esplendores y de estrecheces, ya rodeado de una corte de parásitos, ya perseguido por una turba de acreedores, se conservó siempre el mismo: alegre, despreocupado, cordial, lleno de esperanzas y de valor. Sus principios políticos le tuvieron siempre de parte de los hombres de orden; sus simpatías de artista le inclinaron siempre al lado opuesto. Él fué quien escribió el primer artículo entusiasta sobre las poesías de Lorenzo Stecchetti, él quien hizo la más

conmovera necrología de Emilio Praga, escandalizando á sus amigos *moderados*.

Como director de periódico y como crítico de arte, como maestro de jóvenes periodistas y protector activo de ingenios principiantes ó desconocidos, fué verdaderamente incomparable é hizo grandes beneficios. Su estilo es superabundante y burlón con frecuencia, pero lleno de vida, ardiente á veces, con un sentimiento profundo y chispeante de imágenes y de felicisimas agudezas. Muchos de sus epigramas llegaron á ser célebres, como aquel referente á un autor dramático:

«Recita tan bien, que parece comprender lo que dice.»

Su figura no corresponde á su indole: su aspecto está entre el de un fino diplomático y el de un grande industrial. Pero su accionar y sus maneras, eso sí, están perfectamente conformes con su naturaleza: son las maneras de un gran señor, saciado de todas las dulzuras de la vida, y que no sabe ya dónde tirar el dinero.

Sin embargo, no es preciso más que estimularlo ligeramente, y debajo del gran señor aburrido y soñoliento, salta todavía el periodista vigoroso, el crítico penetran-

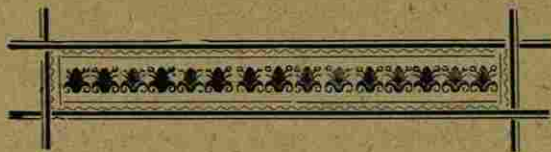
te, el artista entusiasta, el conservador rebosando brío, recuerdos, pensamientos, ideas. No es la última de sus bellas cualidades la de haber querido inmensamente, con una devoción de toda la vida, probada con la pluma y con hechos en mil ocasiones—hasta en el lecho de la muerte y después de ésta,—al príncipe de nuestros comediógrafos, al lamentado Pablo Ferrari.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



IV

Ferrigni.—Martini.—Renato Fucini.—Mencioni.
Bonghi.—Villari.—Torelli.

HABÍA quedado en el Véneto. Voy á Toscana.

Aquí está *Yorik*—cuyo verdadero nombre es FERRIGNI,—liornés, abogado, primer aprendiz de actor dramático de Italia, humorista incomparable, polemista sin rival y maravilloso manejador de la lengua italiana.

Sólo su nombre basta para hacer asomar la sonrisa en todos los labios, menos en los de sus acreedores.

Pero no, no es verdad; hasta sus acreedores cuando van á visitarle, aunque se presenten con cara agria y con amenazadoras intenciones, se ven desarmados y se amilanan con sus argucias y salen sonrien-

tes á despecho propio, después de aceptar una espera, todavía...

No se puede dar una idea de la fluidez de su alegre elocuencia, de la inagotable vena de su espíritu. Es capaz de tomar por argumento de una conferencia (y lo ha hecho) *Los botones del sobretodo*, y de tener á las gentes embelesadas una hora entera, y sin cesar de reir á carcajadas.

Es capaz también de improvisar una disertación estupenda sobre cualquier poeta trágico ó cómico de cualquier país y siglo.

Pero su fuerza principal está en el humorismo para reproducir escenas populares dialogadas, para describir espectáculos públicos y episodios de la vida burguesa, para la sátira política y para la pintura del mundo teatral.

Es un periodista artista de primer orden, al cual no le falta sino alguna facultad—quizá una sola—para ser un gran escritor.

Anda muy cerca de los sesenta; pero parece un joven.

Es pequeño y gordo, casi redondo, con dos ojos vivísimos, una naricilla de pico afilado y una boca fina, en la que se ve apa-

recer la picardía antes de que ésta se manifieste. ¡Ay del que caiga bajo sus garras!

Pero él hace reir siempre hasta á los desesperados.

No conozco un burlón más terrible.

En la mesa no hay quien le dispute la primacía en la charla; y si se recogieran todas las ocurrencias suyas, se haría un buen volumen que debiera recitarse á un enfermo grave de hipocondría.

Fernando MARTINI, agudísimo toscano, muy notable crítico dramático, autor de varias obras teatrales muy afortunadas, ex Ministro de Instrucción pública, es un conferencista literario y orador político de los más fecundos y aplaudidos del Parlamento italiano.

También ha pasado de los cincuenta; pero no por esto ha desaparecido el joven rubio y bello, brillante y distinguido, que fué el ídolo de los salones, el alma de las alegres compañías, la simpatía de las actrices, el *parlante* más seductor de los pasillos de la Cámara.

Es hombre de elevada estatura, bien

formado y robusto, de rostro regular y varonil, cuya expresión cáustica está toda en la boca que abre él voluntariamente para mostrar sus bellísimos dientes prontos para morder.

Ha vivido mucho, de todas maneras, y la experiencia del mundo le ha hecho algo escéptico. Tiene el aire aburrido y saciado de todo. Pero ¡fíalos de las apariencias! Hace pocos meses, después de mucho tiempo de no hacer nada para el teatro, dió á la escena una comedia en un acto. Con ella pudo experimentar todos los estremecimientos, todos los terrores y—después del triunfo—todas las embriagueces de un autor dramático de veinte años. Porque en el fondo y sobre todo es y será un artista. Ahora es rico, por desgracia para el arte; posee una espléndida quinta en Piscia, país natal de Giusti, y colecciona libros raros y obras de arte.

Su breve reaparición en el teatro ha repercutido inmediatamente en la política. Un hecho curioso: fué Ministro de Instrucción pública y no pudo jamás entrar en la Universidad; tuvo que renunciar al título porque no pudo jamás llegar á hacer los exámenes por absoluta inutilidad para las

matemáticas. Fuera de esto, tiene aptitudes para todo: no me extrañaría que resultase Ministro de Hacienda. Pero espero que no vuelva á tener ni la cartera de Instrucción pública, y que volverá á tomar la pluma del dramaturgo y del novelista, que no debió haber dejado nunca.

La política le podrá dar satisfacciones de otra clase, pero no la gloria. La política no es pan... para los dientes más bellos.

**

Renato FUCINI, el autor de los famosos sonetos pisanos que han regocijado y regocijan aún á toda Italia, frisa en los cincuenta.

Ejerció de Ingeniero algún tiempo: hoy es Inspector de escuelas.

Es rubio, flaco, de rostro sonriente, con sonrisa muy simpática, que hace brillar sus ojos azules como dos llamas, de cuerpo esbelto y bien plantado.

Tiene la charla, la jovialidad, el sentimiento pleno de la vida, de un estudiante de veinte años, un espíritu cómico agudo y pronto, que se manifiesta en un lenguaje rico, vario, chispeante, armonizado por

una de las voces más frescas y ágiles que he escuchado.

Su conversación contagia á los amigos con la alegría y gentileza de su ecuanimidad. Dice sus versos de admirable manera. Es preciso oírle recitar sus versos inéditos, aquellos que no pueden imprimirse. Es reventar de risa, al ver aquella cara, al oír aquel acento solemne, acompañado de un gesto lento y majestuoso, con que recita las picardías más atrevidas.

Los años y la celebridad no le han hecho cambiar nada. Es siempre la pasta de un buen muchacho—de maneras afectuosas y sencillas, ingenuo como un niño, al cual, después de tratarle una hora, podéis leerle hasta lo más profundo del alma como si le hubierais conocido toda la vida.— Tiene adoración por su hija y ama el campo con apasionado amor. Ha tenido la fortuna y la desgracia de llegar á la celebridad con la primera manifestación de su ingenio: sus sonetos. Todo lo que después ha escrito no pareció á las gentes á la altura de los sonetos, y esto le amargó y le descorazonó un poco.

El público se ha equivocado. Su *Veglie* en prosa es digna de su poesía. Espero

que publicará todavía otros libros como *Veglie*.

Entretanto puede vivir contento de la grandísima popularidad que se ha conquistado con los versos; una gran parte de ellos los saben de memoria miles de italianos y los recitan en todas partes entre risas y aplausos.

* *

Enrique MENCIONI, el gentil poeta, el autor de *Medaglioni*, el divulgador laborioso de la literatura inglesa en Italia, es una mentira viviente para los que aseguran que los toscanos son de naturaleza menos afectuosa que sus compatriotas de la alta Italia. Es una verdadera *sensitiva*. No puede oír llorar á un niño, ni ver maltratar á un animal sin sufrir un verdadero tormento, y por defender á los chicos y á los animales ha corrido no pocas veces el riesgo de que le rompieran á él los huesos. Es enemigo implacable de todos los que persiguen á los débiles. La palabra sola de *rivisección* le altera los nervios. No se encontrará un hombre más profundamente piadoso y más afectuosamente gentil que él.

Se acerca á los cincuenta años, pero

conserva intacta y refinada su extraña delicadeza de sentimiento, que fué siempre el rasgo distintivo de su carácter.

Su aspecto nada tiene de especial, con excepción de los ojos grandes, prominentes, pensadores, en los que el menor motivo basta para que brille en ellos un rayo ó una lágrima.

La exaltación de la piedad, del afecto, del entusiasmo, del gozo—para lo cual es tan fácil como un jovencillo—le transfiguran y le arrancan violentos rasgos de elocuencia que fascinan. Es un conferenciante encantador. Un amigo mordaz me dice que al escucharle las señoras prorrumpen en exclamaciones y gritos sofocados que le sacan de quicio.

Su gran pasión es Dante. Creo que se lo sabe todo de memoria. Es profesor de un Instituto superior de mujeres, cuyas alumnas están todas enamoradas de él. Pero los hombres le aman también. No pertenece á ningún partido político, á ninguna escuela literaria, á ninguna camarilla de ambiciosos; es justo y bueno con todos. Estoy firmemente persuadido de que ni ha escrito ni ha dicho nunca una palabra descortés á nadie. Es uno de aquellos hombres que,

aun sin quererlo, hacen el bien á todos los que á él se acercan. El que no lo conozca, sino por sus escritos, tan admirables, bajo muchos aspectos, no conoce más que la mitad de los tesoros inestimables que encierra su alma.

*
*
*

En Nápoles se me presenta en primer lugar Ruggiero BONGHI, una de las inteligencias más vastas de Italia, helenista y filósofo, profesor de historia y arqueología, periodista político, diputado, ex ministro, traductor de Platón y biógrafo de Jesucristo, no creyente en Dios, pero predicador de religión, lleno de doctrina y de ideas poderosas, polemista habilísimo, prosista un poco grave, pero vigoroso, incansable para el estudio, trabajador constante, orador ingrato para el oído, de eficacia penetrante, rápido para la réplica, maestro en la interpelación, terrible en el sarcasmo. Físicamente es el tipo del hombre redondo. Los periódicos caricaturescos le representan en forma de una gran pelota, con otra pelota más pequeña encima. Fué rubio; ahora es blanco; con cara larga descolorida, con bigotes y patillas caídas, nariz indetermina-

da, ojos grises y fríos, boca amplia que cuando riepone en evidencia enormes dientes amenazadores.

A primera vista no es simpático: no es de los que dan fácil acceso á las expansiones cordiales. El amigo que después de diez años de ausencia va hacia él con los brazos abiertos, puede quizá sentirse enojado después de haberlo abrazado: el alma, sin embargo, es mejor que el aspecto y las maneras. Si no se le irrita contradiciéndole, habla con lentitud y tranquilidad, casi como si no pensase en otra cosa. Es muy atento, pero con las señoras, que se divierten en hacerle dar pequeñas conferencias de familia—y en ellas es en verdad admirable por la elocuencia, por la doctrina y por el espíritu—parece algo tocado de pedantería.

De napolitano no tiene ni la pronunciación, ni el aspecto, ni la indole. Parece una mezcla de latino y de teutónico. Tuvo muchos acérrimos enemigos; fué y es más temido que amado. Pero la influencia de su ingenio y de su doctrina es universal.

Es de lamentar que no deje un libro que dé exacta medida de su poder intelectual. Su obra más bella y más duradera será el

legado que instituyó en Anagni para los huérfanos de los maestros de instrucción primaria.

*
* *

El opuesto á Bonghi bajo muchos aspectos es Pascual VILLARI, el autor de la célebre obra sobre *Savonarola* y sobre *Maquiavelo*, también ex ministro, profesor, crítico, erudito y artista conocido y estimado en toda Europa. Es también un hombrecillo de pequeña estatura, de formas escuálidas, rostro enjuto y moreno y de voz muy débil. Solamente su vasta y severa frente revela su ingenio.

En aquel pequeño cuerpo encorvado se encierra un alma ardiente y generosa, que se conmueve de piedad por todas las miserias, de indignación por todas las injusticias, de entusiasmo por todas las grandes ideas; las páginas más elocuentes que se han escrito sobre la triste condición en que se halla nuestro pueblo del mediodía, son obra suya.

Desde hace tiempo sigue con valerosa pertinacia su apostolado en favor de los miserables y de los débiles, no sólo con las páginas admirables y eficacísimas de su

prosa limpia y calurosa, sino también con la palabra hablada, quizá más eficaz que la escrita por la fuerza de la sinceridad profunda que resuena en la voz y brilla sobre el rostro del que habla.

La acumulación de la doctrina y la experiencia de la vida, en vez de agotar, parece que han rejuvenecido y hermoseado su noble corazón.

Conozco pocos hombres en quien se hayan juntado como en él la elevación de la mente y la bondad del alma, la nobleza de los ideales y la dignidad de la vida. Vive en Florencia, donde se casó hace años con una buena y culta señora inglesa, escritora de valer, digna de él por todos conceptos. Vive recogido en su estudio, que no interrumpe más que para hacer de cuando en cuando alguna excursión con motivo de sus estudios.

Ultimamente hizo un viaje á Sicilia, que quizá dará por resultado algún libro sobre el estado económico y social de aquel pueblo. No es de temer que el continuado trabajo intelectual le sea funesto.

Ya cuando escribía el *Maquiavelo* tuvo en peligro su vida por una congestión cerebral. Es uno de aquellos trabajadores ar-

dientes y temerarios, que cuando se aferran á una idea, perecen en la demanda antes que abandonar la tarea.

* *

Aquiles TORELLI... Para hacer un cuadro interesante y precioso debería pintar al Torelli de hace veintisiete años, cuando tenía veinticinco de edad, y ganó en el teatro más aristocrático de Florencia, entonces capital, aquel maravilloso triunfo con *Mariti*, que hizo que miles de voces entusiastas le saludaran como el primer comediógrafo de Italia, y se le festejara como á un príncipe y le cubrieran de caricias la crítica y las mujeres.

Era entonces el Adonis de nuestra literatura dramática, no menos envidiado por su rostro que por su gloria. Tenía veinticinco años y parecía que sólo tenía veinte. Con los cabellos rizados, el rostro blanco y gracioso, sonrisa fascinadora, figura elegantísima y un no sé qué de aristocrático y de dulce en la voz, en los gestos y en las maneras, hacía pensar en aquellos príncipes enamorados de las novelas que se disfrazan para seducir á las honradas hijas

de familia. *¡Quantum mutatus ab illo!* Un obstáculo misterioso le detuvo, después de los primeros éxitos, en el camino de la gloria, y desde entonces no ha podido seguir por aquella senda, por más esfuerzos violentos y dolorosos que haya hecho.

Ha quedado siempre el autor de *Mariti* relegado á su primer triunfo, por una crítica feroz é implacable que parece que se propone hacerle pagar por toda la vida el extraordinario favor que le concedió en su primera obra.

Torelli vive en Nápoles, donde se le guarda aquella consideración que merecen su glorioso pasado y su siempre altivo ingenio.

Pero no creo que escriba más para el teatro. En el teatro, no obstante, vive siempre su alma; vive de recuerdos, de deseos, que cuando le brotan á los labios dan á su lenguaje algo de febril y de triste, que da pena.

¡Da pena también pensar cuán acerbamente ha sido envidiado y perseguido! Y debe haber sufrido mucho: se le nota en el rostro, bajo aquella sonrisa amable que, para los observadores superficiales, es siempre la de sus días felices.



V

Nitti.—Scarfaglio.—Torelli Viollier.—Matilde Serao.—
Ada Negri.—«Mantea».—Olga Ossani.—«La condesa
Lara».

Y ahora pasemos á los jóvenes. Entre ellos está Francisco NITTI, una figura extraña de joven abate regordete y tranquilo, fresco como una rosa y contento como un muchacho, que da ganas de pellizcarle los carrillos. Al verle, diríase que es un poetita jovial y gracioso, bueno para hacer sonetos para bodas y bautizos, no un economista. Es profesor libre de Economía política en la Universidad de Nápoles.

Muy joven aún, escribió un libro docto y sensato sobre el *Socialismo Católico*, que alcanzó mucha fama, aun fuera de Italia. Después publicó otra hermosa obra sobre la *Teoría de la población*. Tiene muchas aplaudidas conferencias sobre asuntos económicos. Dirige ahora *La Riforma Sociale*,

de familia. *¡Quantum mutatus ab illo!* Un obstáculo misterioso le detuvo, después de los primeros éxitos, en el camino de la gloria, y desde entonces no ha podido seguir por aquella senda, por más esfuerzos violentos y dolorosos que haya hecho.

Ha quedado siempre el autor de *Mariti* relegado á su primer triunfo, por una crítica feroz é implacable que parece que se propone hacerle pagar por toda la vida el extraordinario favor que le concedió en su primera obra.

Torelli vive en Nápoles, donde se le guarda aquella consideración que merecen su glorioso pasado y su siempre altivo ingenio.

Pero no creo que escriba más para el teatro. En el teatro, no obstante, vive siempre su alma; vive de recuerdos, de deseos, que cuando le brotan á los labios dan á su lenguaje algo de febril y de triste, que da pena.

¡Da pena también pensar cuán acerbamente ha sido envidiado y perseguido! Y debe haber sufrido mucho: se le nota en el rostro, bajo aquella sonrisa amable que, para los observadores superficiales, es siempre la de sus días felices.



V

Nitti.—Scarfaglio.—Torelli Viollier.—Matilde Serao.—
Ada Negri.—«Mantea».—Olga Ossani.—«La condesa
Lara».

Y ahora pasemos á los jóvenes. Entre ellos está Francisco NITTI, una figura extraña de joven abate regordete y tranquilo, fresco como una rosa y contento como un muchacho, que da ganas de pellizcarle los carrillos. Al verle, diríase que es un poetita jovial y gracioso, bueno para hacer sonetos para bodas y bautizos, no un economista. Es profesor libre de Economía política en la Universidad de Nápoles.

Muy joven aún, escribió un libro docto y sensato sobre el *Socialismo Católico*, que alcanzó mucha fama, aun fuera de Italia. Después publicó otra hermosa obra sobre la *Teoría de la población*. Tiene muchas aplaudidas conferencias sobre asuntos económicos. Dirige ahora *La Riforma Sociale*,

que es una de nuestras mejores revistas. No es socialista; ha tenido con los socialistas polémicas muy arduas; su mente y su corazón están ampliamente abiertos á todas las ideas de reforma, aun las más atrevidas y fecundas en pro de la clase trabajadora.

Si no se fija uno en su edad, se ve que es una maravilla de doctrina, que va acumulando continuamente con un estudio paciente y ordenado y con una vastísima correspondencia con los más ilustres sabios extranjeros.

Su método de estudio y de vida podría señalarse como modelo á todos los jóvenes que aspiran á tener un nombre en la ciencia. Tiene un horario que observa con toda esmerupulosidad, en cuyo horario están reguladas todas sus ocupaciones al minuto; anota y clasifica todos los conocimientos que va adquiriendo, registra y administra su doctrina como un banquero sus valores; no pierde un día, no distrae una hora, no desperdicia una gota de tinta. Y esto no le impide dedicar una parte de su tiempo á los amigos y ser agradabilísimo en la conversación, en la cual suele poner con tanto garbo como habilidad la nota burlesca.

Como todos los napolitanos de su edad y de su clase, viste elegantemente y tiene maneras muy corteses; pero observa en la discusión una cierta placidez holandesa, que es muy rara en su país. Habla con una voz dulce y nasal, un poco monótona, como si salmodiase. Parece un jovencillo; pero en el conocimiento de los hombres es más que maduro.

Hará gran carrera en el mundo.

*
*
*

Otro de los publicistas napolitanos es Eduardo SCARFAGLIO.

El hecho de que muchas veces me haya desollado vivo, no me impide reconocer que tiene un temperamento de escritor originalísimo, mucha cultura y sólido talento. Es todavía muy joven. Empezó á llamar la atención cuando aún era estudiante de letras y escribía artículos críticos. La Naturaleza negó al rostro los dones que prodigó á la mente. Una de sus víctimas literarias que no lo conociera personalmente, no podría figurárselo con otra cara que la que tiene.

Su ingenio es principalmente crítico, y

el género de crítica en que más se distingue es en el de *reventador*. Es una especie de Rochefort de la literatura, y tiene en el procedimiento crítico algo de Barbey d'Aurevilly. Cuando ataca á un escritor, lo quisiera ver muerto. Cuando solamente le arranca la mitad de la piel, cree haberle dado muestras de gran cortesía.

Preciso es decir en honra suya, sin embargo, que llegado el caso, la emprende consigo mismo, y que no se le escapan ni aun sus mejores amigos.

Entre otras cosas ha escrito una vez una crítica despiadada de una novela de su mujer.

Ahora se ha entregado casi por completo á la política. Intentó, hace algún tiempo, tener un diario político en Roma; pero no le resultó. Dirige hoy *Il Mattino* de Nápoles, creo que con fortuna. Escribió un buen libro sobre la Bulgaria, después de haber viajado por ella. De literatura se ocupa sólo rara vez. La política, en cambio, ofrece mucho mejor campo á su índole batalladora. Su bestia negra es el socialismo, contra el cual se lanza todos los días con una violencia furibunda. Si de él dependiera, estarían ya todos los socialistas

con esposas y grilletes, en las mazmorras más inmundas del Estado.

Así cree él defender la causa del orden, y fuera muy bueno que prestara á esta causa sus grandes servicios; pero, aunque yo no tenga ninguna razón personal para desear que vuelva á la literatura, creo firmemente que su talento es más literario que político, y que sería para él muy ventajoso si volviera á los antiguos amores... Ya se entiende que he dicho *amores*, por un decir.

*
*
*

El reverso de la medalla de Eduardo Scarfaglio es TORELLI VIOLIER, fundador, director un tiempo, y todavía hoy, colaborador principal del *Corriere della Sera*, que es uno de los periódicos más difundidos en Italia. Es napolitano de nacimiento, pero con la compostura y frialdad de un inglés: es alto, rubio, rígido, serio. Siendo muy joven, fué Secretario de Alejandro Dumas, padre; después apareció en la crítica literaria; pero su vocación era el periodismo político, al cual llevó, con gran fortuna, la claridad y la agudeza de su inteligencia razonadora, sostenida ya que no por una

gran cultura, por un raro poder de asimilación y por toda la ecuanimidad que se puede desear en un periodista militante.

Ninguno podrá alabarse de haberle hecho perder la calma, ni aun en las polémicas más graves. Él contesta á los más furiosos ataques con una tranquilidad y una lucidez de argumentación que desanima á los contrarios más tenaces. Y se bate en duelo cuando le provocan, con la misma sangre fría con que ejecutaría un ejercicio higiénico molesto, pero necesario.

Últimamente entabló una campaña contra el espiritismo, con una rigidez de argumentación matemática que apartó de la secta á muchos de sus más firmes creyentes. Esa manera suya de combatir le suscitó muchos más enemigos que los que le hubiera suscitado la iracundia agresiva; fué maltratado y perseguido muchas veces. Uno de los agresores le hirió en un ojo; pero siempre conserva la misma calma de espíritu.

Y tal como es con los adversarios es con los amigos. Emplea la misma cortesía reservada con el que ha conocido hace veinte años que con el que conoce sólo hace un mes. Con el *Corriere della Sera* ha ganado

una fortuna que gasta liberalmente. Se casó hace muchos años con la escritora María Torelli, conocida con el seudónimo de *Marquesa Columbi*, de la cual se separó más tarde. Hoy vive con un pie en el mundo y otro en la soledad.

Últimamente instituyó un premio de varios miles de liras para velocipedistas. Mas creo que nunca se ha montado, ni montará jamás en una bicicleta, porque el movimiento «descompuesto» que requiere este ejercicio le debe inspirar horror.

* * *

Después de Scarfaglio debí haber presentado á su señora, Matilde SERAO, la primera novelista de Italia. Pero al hacer su retrato me encuentro algo embarazado, porque no la he vuelto á ver desde hace cerca de quince años. Estaba entonces en el primer florecimiento de la juventud y de la gloria. Su figura se me quedó vivamente impresa. Era de poca estatura, de formas llenas, pero de talle sutil; con rostro ovalado, color moreno pálido, lindos cabellos oscuros: un tipo napolitano puro. Algunos de sus rasgos, que eran nobilísimos, los he

olvidado; no me acuerdo bien más que de sus bellos y brillantes ojos, y de la boca enérgicamente dibujada, que parecía dar á cada palabra doble valor. Recuerdo también su voz llena y calurosa, la sonrisa chispeante, y una mímica de extraordinaria expresión.

Bella, en el rigor de la palabra, no lo era; pero sí tenía uno de esos rostros que la excitación del pensamiento y de la pasión hace hermosos en algunos momentos. En su lenguaje franco é incisivo se sentía la conciencia de un elevado ingenio y el vigor de una voluntad varonil, preparada para las luchas y las tempestades de la vida literaria y periodística, en torno á la cual su ingenio penetrante, ya desde entonces no se hacía ninguna peligrosa ilusión.

Me pesa no haberla vuelto á ver, porque en aquella ocasión la oí hablar poco, y he oído decir que en la conversación familiar tiene arranques de elocuencia artística, verdadero arte para contar anécdotas y una vena satírica y cómica verdaderamente maravillosa. Ahora creo que tiene hijos, sin que los cuidados de la familia le impidan continuar escribiendo bellas nove-

las y colaborar asiduamente en el periódico de su marido. Dió, hace poco tiempo, una conferencia pública que no llamó grandemente la atención.

Es, sin duda, el talento femenino más sólido de nuestro país; y como prosista pocos pueden igualarse con ella, aun entre los hombres. Respecto de ella y de su obra se debería escribir un interesante libro, y es de esperar que alguien lo escriba.

Y puesto que he comenzado ya con las señoras, continúo.

Entre las poetisas italianas ocupa el primer puesto, por ahora, Ada NEGRI.

Es muy joven. Era hace pocos años una obscura y pobre maestra de aldea; de una aldea que llegó á ser tristemente famosa por el asesino de Carnot, que había nacido en ella.

Un libro de versos hizo célebre á la Negri. Ahora enseña literatura en la Escuela Normal de maestras de Milán. Figura originalísima, más parece una siciliana que una lombarda.

Es de mediana estatura, pero de com-

plexión fuerte. Tiene espesa cabellera negra y crespa que forma rica corona al rostro moreno sanguíneo, en el que fulguran sus grandes y penetrantes ojos negros, y se enciende en rosa su boca apasionada y enérgica.

En un banquete, al que asistía ella, el Dr. Lombroso le examinó el cráneo con mucha detención, pero no recuerdo qué caracteres descubrió: los del cráneo de una poetisa probablemente. Tiene voz robusta y armoniosa, sonrisa bellísima, rasgos y palabras llenas de vivacidad y de ingenio de muchacha selvática y arisca. Pero quizás á estas horas haya cambiado la expresión de su rostro, porque la envidia y la calumnia la han mordido ya en cuanto salió de su obscuridad, ferozmente. ¡Pensar que ha sido acusada de haber guiado por mal camino, instruyendo en las ideas socialistas, al joven Caserio, que no fué nunca su discípulo, y á quien no vió nunca en su vida!

Y no hablo de las críticas literarias, que fueron igualmente injustas, venenosas y brutales. Pero Ada Negri, que soportó con ánimo firme y altivo la pobreza y muchos grandes dolores, saldrá también victoriosa

de esta prueba, y seguirá esparciendo por Italia su poesía bella y generosa, atrevida y casta, altamente cristiana y sabiamente civil, que levanta los corazones, fortifica los ánimos y eleva las inteligencias.

Para ello le consuela de todas sus amarguras la presencia de sus alumnas, de las cuales es adorada, y el aplauso amoroso que llega hasta ella de todas partes de Italia.

..

Otra escritora me atrevo á presentar (todavía no célebre, pero conocidísima ya en el mundo periodístico), que, por sus vicisitudes, es una de las figuras más interesantes de la literatura femenina. Escribe con el seudónimo de «*Mantea*» en diarios y revistas. Es piamontesa, hija de un coronel de abolengo ilustre, tiene algo más de treinta años. Fué una señorita hermosísima, y aun hoy es una bella señora, alta, esbelta, rubia como el oro, de una elegancia y de una gracia distinguidísima.

Se enamoró de ella y la hizo su esposa, hará unos diez años, un joven que se decía hijo del rey de las islas Sandwich, y que era además académico de la Militar de Tu-

rin. Una vez casada, se fué con su marido á sus lejanas islas, encontrándose como trasplantada en un medio totalmente extraño para ella. Una grande desilusión la esperaba en aquel nuevo mundo. Su esposo era ciertamente hijo del monarca, pero no hijo legítimo. Era hijo de la mujer de un carpintero, el cual, naturalmente, gozaba de la gracia soberana. Pero todavía hubo algo peor. El Príncipe apócrifo, al volver á su patria, se metió en política, entró en una conjuración—según cuentan—contra su padre, fué aprisionado, consiguió huir y llegó á San Francisco de California. Aquí, la pobre señora que había huido con él y que tenía ya una niñita, tuvo que dar lecciones de italiano para mantener al marido y mantenerse ella. Así vivió durante algún tiempo en una grandísima miseria, y además maltratada por el Príncipe, á quien ella mantenía; después se separó de él, y, pobre y desolada, volvió á Italia, donde se dedicó al periodismo literario para ganarse la vida. Escribirá algún día su propia biografía, un libro extraordinario. Y no le falta talento para hacerlo.

Escribe sobre todos los temas con estilo fácil, gracioso y lleno de color, con un po-

der grande de observación original y penetrante, y con delicadeza exquisita de sentimiento. Progresá continuamente, estudiando con constancia y con actividad en los libros y en la vida.

* *

Todavía hablaré de dos escritoras que usan dos seudónimos célebres: «*Febea*» y la «*Condesa Lara*», ambas bellas.

El nombre de la primera es Olga OSSANI. Se dió á conocer muy joven, con una hermosa novela. Luego se dedicó al periodismo, y escribe hoy cotidianamente en el *Don Quijote*, que dirige su marido. Su pluma está llena de calor y de brillantez, como una espada de gala; su prosa recuerda, bajo ciertos aspectos, la de la escritora socialista *Severine*; tiene una fuerza y una gracia y una elasticidad que se presta igualmente á la literatura y á la política, á artículos sobre modas, como á disertaciones sobre filosofía social. Creo que sería muy capaz de dirigir el diario.

Recuerdo la proposición, original y valerosamente sostenida, que hizo cuando se preparaban las fiestas en honor de Beatriz,

la divina inspiradora del Dante. Propuso que se festejara más bien á la pobre mujer de Dante, que le había dado y educado los hijos, entendiéndose con todo el manejo de la casa, sin haber tenido ninguna compensación, ni durante su vida ni después de muerta.

Es una de esas ideas que dan la medida del espíritu y del talento de una mujer. No menos que su ingenio, es original la persona de esta valerosa y atrevida escritora. Alta y flexible, de una delgadez elegante, de rostro menudo, iluminado por dos ojos negros y brillantes, que, con la frescura todavía juvenil de su tez, forman un contraste caprichoso y simpático, con los cabellos precozmente blancos y extrañamente recogidos. Tengo que dejar, á pesar mío, incompleto su retrato, porque no tuve el placer de hablar con ella más que una sola vez.

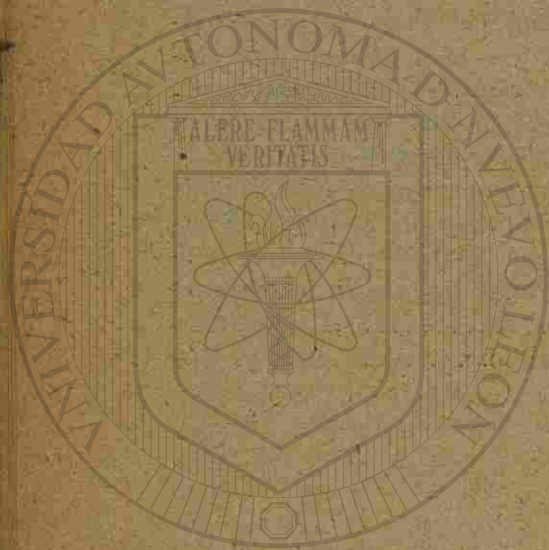
Y menos todavía puedo decir de la «*Condesa Lara*», á quien vi rápidamente hace muchos años, y con la que concluyo esta serie de apuntes y de fugaces impresiones.

Era, y creo que lo seguirá siendo, muy bella: una rubia luminosa; la rubia más rubia de la literatura europea; un rostro de

rosa y de nieve, iluminado por dos ojos de un azul clarísimo y de una expresión fugitiva y misteriosa, como los ojos de una criatura vista en sueños. Y no diré palabra del alma suya ni de su vida, que se traslucen en mil centellas de su poesía vibrante de amor, voluptuosa al mismo tiempo que gallarda, llena de fulgor, de halagos, de llamas, de colores y de besos, de ímpetus de gozo y de lágrimas iracundas y amargas.

.....
Y aquí terminan nuestros juicios públicos.





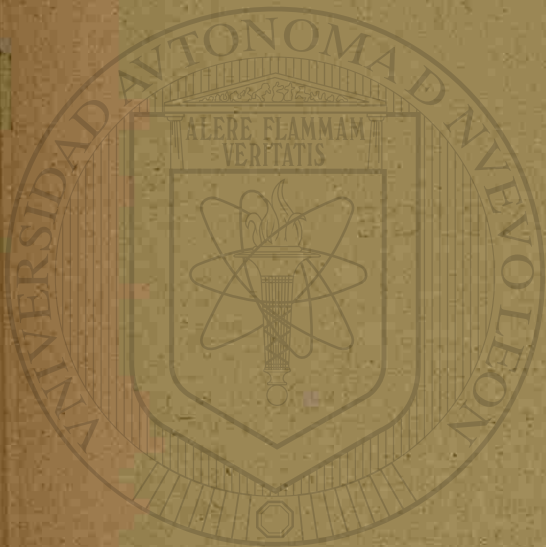
ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	III
Discurso en honor de Giuseppe Garibaldi...	1
En memoria de Felice Cavallotti.....	67
A Gustavo Modena.	105
En memoria de mi madre.....	123
En memoria tuya, ¡hijo mío!.....	141
Escritores italianos vivos.—Bocetos y fotografías.....	191

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

OBRAS

DE

D. HERMENEGILDO GINER DE LOS RÍOS

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Volúmenes.

Pesetas.

- 1 **Paris en América**, traducción de E. Laboulaye.—Un cuaderno de 100 páginas 4 dos columnas, en folio, ilustrado con 29 grabados.—Gaspar y Roig, editores.—Madrid, 1868..... Agot.
- 2 **Mendelssohn**, versión castellana de la obra de C. Sélden, precedida de una **Historia de la Música**, por el traductor.—Un folleto de XVI + 84 páginas en 12.º menor.—Madrid, 1870..... 0,50
- 3 **Elementos de Filosofía Moral**, arreglados para la 2.ª Enseñanza, de una obra del profesor belga G. Tiberghien.—Un volumen de XVI + 142 páginas en 8.º — Madrid, 1872..... Agot.
- 4 **Programa de Ética**, para uso de los alumnos de 2.ª Enseñanza.—Un folleto de 8 páginas en 4.º menor.—Baeza, 1873..... Agot.
- 5 **Proyecto de Reglamento para el ingreso en el profesorado del Instituto libre de 2.ª Enseñanza de Baeza**, formado sobre el vigente oficial.—Un folleto de VIII + 8 páginas en 4.º — Baeza, 1873..... Agot.
- 6 **Teoría del Arte ó historia de las Artes Bellas en la antigüedad, y programa de «Principios de Arte y su historia en España»**, expuesto por el autor en el Instituto del Noviciado de Madrid, como profesor sustituto de la asignatura, en el año 1869.—Un folleto de 38 páginas en 4.º — Baeza, 1873..... 1,50
- 7 **Elementos de Ética ó Filosofía Moral**, precedidos de unas nociones de Biología, y arreglados para la 2.ª Enseñanza (en la parte de Ética) del profesor Tiberghien.—2.ª edición corregida y aumentada.—Alfonso Durán, editor.—Un volumen de XVI + 202 páginas en 8.º reducido.—Cartoné.—Madrid, 1873..... 3
- 8 **Programa de Psicología, Lógica y Ética**, para uso de los alumnos de 2.ª Enseñanza.—Un folleto de 52 páginas en 4.º menor.—Madrid, 1874..... 1
- 9 **La Enseñanza obligatoria**, versión castellana de la obra de G. Tiberghien, precedida de unas notas biográficas del autor, escritas por el traductor.—Un volumen de XXIV + 280 páginas en 8.º — Madrid, 1874.—Anllo y Rodríguez, editores..... 2,50
- 10 **Programas de Biología y Antropología**.—Un folleto de 32 páginas en 4.º — Málaga, 1877..... 1
- 11 **Filosofía y Arte**, con un prólogo de D. Nicolás Salmerón.—Un volumen de XXXVI + 236 páginas en 8.º — Madrid, 1878..... 3,50
- 12 **Almanaque de la «Institución libre de Enseñanza»**, ordenado para 1879, con la colaboración de varios escritores.—Un volumen de 184 páginas en 12.º, con el plano general de los Teatros de Madrid y dos ilustraciones.—Edición de la Sociedad.—Madrid, 1878..... Agot.
- 13 **Moral elemental para uso de las Escuelas**.—Traducción de G. Tiberghien.—Un volumen de 224 páginas en 12.º — L. Navarro, editor..... 2
- 14 **La nueva discordia entre Italia y la Iglesia, considerada con motivo**

Volúmenes.	Pesetas.
de un hecho particular, por el P. C. M. Curci.—Traducción del italiano.—Un volumen de xvi + 242 páginas en 8.º—V. Suárez, editor.—Madrid, 1878.....	2
15 Pío IX y su sucesor, por R. Bonghi.—Traducción del italiano.—Un volumen de viii + 272 páginas en 8.º—Madrid, 1878.....	2,50
16 León XIII y la Italia, con las tres pastorales del Cardenal Pecci y su primera alocución; con poesías latinas del Pontífice, traducidas por J. Quirós de los Ríos.—Traducción del italiano. Un volumen de xvi + 232 páginas en 8.º menor.—Medina, editor.—Madrid, 1878.....	2
17 Fragmentos y retazos.—Un folleto de 92 páginas en 12.º—Gijón, 1879.—(Folleto de periódico).....	Agot.
18 El jerife de Benastapar.—Tradición morisca, por A. de los Ríos y Rosas.—Publicada por primera vez, con otras poesías, H. Giner.—Un folleto de 61 páginas en 12.º—Gijón, 1879.—(Folleto de periódico).....	Agot.
19 El Colegio de Bolonia.—Centón de noticias relativas a la fundación hispana de San Clemente.—En colaboración con D. Pedro Borrero y Herrera.—Un volumen de xii + 420 páginas en 4.º, ilustrado con 7 grabados.—Madrid, 1880.....	Agot.
20 Krause y Spencer, por G. Tiberghien, versión precedida de una nueva biografía del autor, por el traductor.—Un volumen de 168 páginas en 8.º prolongado.—Madrid, 1883.—Fernando Fe, editor.....	Agot.
21 Holanda.—(En colaboración con D. J. Muñoz).—Un volumen de 536 páginas en 8.º—V. Suárez, editor.—Madrid, 1883.....	3,50
22 y 23 Constantinopla.—Dos tomos de 354 y 356 páginas, respectivamente, con el retrato del autor; en 8.º—V. Suárez, editor.—Madrid, 1883.....	5
24 Recuerdos de 1870-1871.—Tomo I de las «Obras de Edmundo De Amicis», traducidas del italiano.—Un volumen de 360 páginas en 8.º—E. Guíjosa, editor.—Madrid, 1883.....	3
25 Novelas, por Edmundo De Amicis, traducidas al castellano.—Un volumen de 360 páginas en 8.º—V. Suárez, editor.—Madrid, 1884.....	3
26 La vida militar.—Bocetos.—Tomo II de la colección «Obras de Edmundo De Amicis».—Un volumen de x + 344 páginas en 8.º—Madrid, 1884.....	3
27 La vida militar.—Bocetos.—2.ª serie.—Tomo III de la colección. Un volumen de viii + 344 páginas en 8.º—Madrid, 1884.....	3
28 Páginas sueltas.—Tomo IV de la colección.—Un volumen de 352 páginas en 8.º—Madrid, 1884.....	3
29 Retratos literarios.—Tomo V de la colección.—Un volumen de 336 páginas en 8.º—Madrid, 1884.....	3
30 España.—Tomo VI de la colección.—Un volumen de 472 páginas en 8.º—E. Guíjosa, editor.—Madrid, 1884.....	3,50
31 El vino.—Sus efectos psicológicos.—Tomo VII de la colección.—Un volumen de 95 páginas en 8.º—E. Guíjosa, editor.—Madrid, 1884.....	1
32 Poesías de Ríos Rosas, con su biografía, escrita por el coleccio-	

Volúmenes.	Pesetas.
nador.—Un volumen de 184 páginas, en 12.º—2.ª edición.—Málaga, 1884.....	Agot.
33 y 34 A las puertas de Italia.—Dos tomos.—Volúmenes 8 y 9 de la colección, de 328 y 248 páginas respectivamente, en 8.º—Madrid, 1884 y 1885.....	6
35, 36 y 37 Los Amigos.—Tres tomos.—Volúmenes 10, 11 y 12 de la colección, de 326, 296 y 312 páginas respectivamente, en 8.º—Madrid, 1885.....	9
38 Poesías, traducidas en verso castellano.—Tomo XIII de la colección, con el retrato del autor.—Un volumen de 286 páginas en 8.º—Madrid, 1885.....	3,50
39 Obras completas de J. de Maistre.—Traducción.—Un volumen de 274 páginas en 8.º menor.—Guíjosa y Martínez, editores.—Madrid, 1886.....	2
40 «Corazón».—Diario de un niño.—Con prólogo de D. I. Fernández Flórez (Fernanfor).—Un volumen de xvi + 404 páginas en 8.º menor.—M. Fernández Lasanta, editor.—Madrid, 1887.....	Agot.
41 Portugal.—Impresiones para servir de guía al viajero.—En colaboración con D. F. Giner de los Ríos.—Un volumen de 386 páginas en 8.º—Madrid, 1888.....	2,50
42 Mar de fondo.—Novela del malogrado escritor F. Rebollo.—Borrador corregido y con un prólogo.—Un volumen de xvi + 172 páginas en 8.º—Madrid, 1888.....	1,50
43 Mentiras, traducción de P. Bourget.—Un volumen de 356 páginas en 8.º.—«El Cosmos Editorial».—Madrid, 1888.....	2,50
44 Recuerdos del destierro, traducción de P. Loti.—Un volumen de 312 páginas en 8.º.—«El Cosmos Editorial».—Madrid, 1888.....	2,50
45 Bravías, traducción de A. Theuriot.—Un volumen de 324 páginas en 8.º.—«El Cosmos Editorial».—Madrid, 1889.....	2,50
46 Artículos flambres.—Un volumen de xii + 268 páginas en 8.º.....	2
47 y 48 La vida del Derecho en sus relaciones con la vida social.—Estudio comparado de Filosofía del Derecho.—Traducción del italiano, de G. Carle, en colaboración con D. Germán Flórez Llamas.—Dos tomos de x + 354 y 492 páginas en 4.º mayor.—«El Progreso Editorial».—Madrid, 1889 y 1891.....	12
49 Impresiones de América.—Acuarelas y dibujos.—Tomo XIV de la colección «Obras de Edmundo De Amicis», con prólogo del traductor.—Un volumen de xvi + 288 páginas en 8.º—A. Juhara, editor.—Madrid, 1889.....	3
50 Turín, Londres y París.—Tomo XV de la colección.—Un volumen de 288 páginas.—A. Juhara, editor.—Madrid, 1889.....	2,50
51 Ideas sobre el rostro y el lenguaje, y pruebas fotográficas.—Tomo XVI de la colección, con 4 fotografías y prólogo del traductor.—Un volumen de 242 páginas en 8.º—A. Juhara, editor.—Madrid, 1889.....	3
52 En el Océano.—Viaje a la Argentina.—Tomo XVII de la colección, con una carta-prólogo del autor al traductor y un nuevo retrato.—Un volumen de xvi + 452 páginas en 8.º—A. Juhara, editor.—Madrid, 1889.....	4

Volúmenes.

Pesetas.

- 53 **Curso de Literatura Española.**—Apuntes crítico-biográficos y trozos selectos.—En colaboración con D. Juan García Al-Dequer.—Un volumen de XVI + 768 páginas en 4.º.—Madrid, 1889. Encuadernado..... 9,50
- 54 * **Roberto Helmont. Diario de un solitario,** traducción de A. Daudet.—Un volumen de 224 páginas en 8.º.—Ilustrado con más de 100 fotografías y 15 cromotipias.—Tomo I de la «Colección Jubera» (Casa editora).—Madrid, 1889..... 4
- 55 **Treinta años de París, a través de mi vida y de mis libros,** traducción de A. Daudet.—Un volumen de 372 páginas en 8.º.—Ilustrado con 118 grabados en diversos colores.—Tomo II de la «Colección Jubera».—Madrid, 1889..... 3,50
- 56 * **Nuestros hijos.**—Escenas y estudios de familia.—Traducción de E. Legouvé.—Dos cuadernos folio a dos columnas, de 472 páginas cada uno, y 16 y 11 grabados respectivamente.—«Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1889..... 2
- 57 **Los amigos.**—Nueva edición de lujo, refundida y revisada por el autor, con su retrato.—Un volumen en 4.º mayor prolongado, de 316 páginas y 181 grabados.—Barcelona, R. Molinas, editor, 1889..... Agot.
- 58 **Recuerdos de un hombre de letras,** traducción de A. Daudet.—Un volumen de 288 páginas en 8.º, ilustrado con 88 grabados en diversos colores.—Tomo III de la «Colección Jubera».—Madrid, 1890..... 3,50
- 59 **La lucha por la existencia.**—Drama en cinco actos y seis cuadros, traducción de A. Daudet.—Un volumen de 286 páginas en 8.º.—Ilustrado con 21 láminas en colores diferentes.—Tomo IV de la «Colección Jubera».—Madrid, 1890..... 4
- 60 **Mujeres de artistas,** traducción de A. Daudet.—Un volumen de 240 páginas en 8.º, ilustrado con 102 fotografías.—Tomo V de la «Colección Jubera».—Madrid, 1890..... 3,50
- 61 **Ser Filomena,** traducción de E. y J. de Goncourt.—Un volumen de 346 páginas en 8.º, ilustrado con 92 fotografías.—Tomo VIII de la «Colección Jubera».—Madrid, 1890..... 4
- 62 * **La roca de las gaviotas,** traducción de J. Sandeau.—Dos cuadernos folio a dos columnas, de 68 y 64 páginas cada uno y 34 y 36 grabados, respectivamente.—«Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1890..... 2
- 63 * **De New-York a Grest en siete horas,** traducción (en colaboración) de A. Laurie.—Dos cuadernos en folio de 4 dos columnas, de 72 y 68 páginas, respectivamente, y 13 grabados cada uno.—«Biblioteca moral, científica y literaria».—S. de Jubera, hermanos, editores.—Madrid, 1891..... 2
- 64 * **El secreto de Maston,** traducción de J. Verne.—Dos cuadernos folio de 4 dos columnas, de 62 y 64 páginas cada uno y 29 y 17 grabados, respectivamente.—«Obras de J. Verne».—S. de Jubera, hermanos, editores..... 2
- 65 * **Tartaria de Tarascón,** traducción de A. Daudet.—Un volumen de 298 páginas en 8.º, ilustrado con 112 fotografías.—Tomo IX de la «Colección Jubera».—Madrid, 1891..... 3,50
- 66 **Programa de Retórica y Poética,** para el examen de los alumnos

